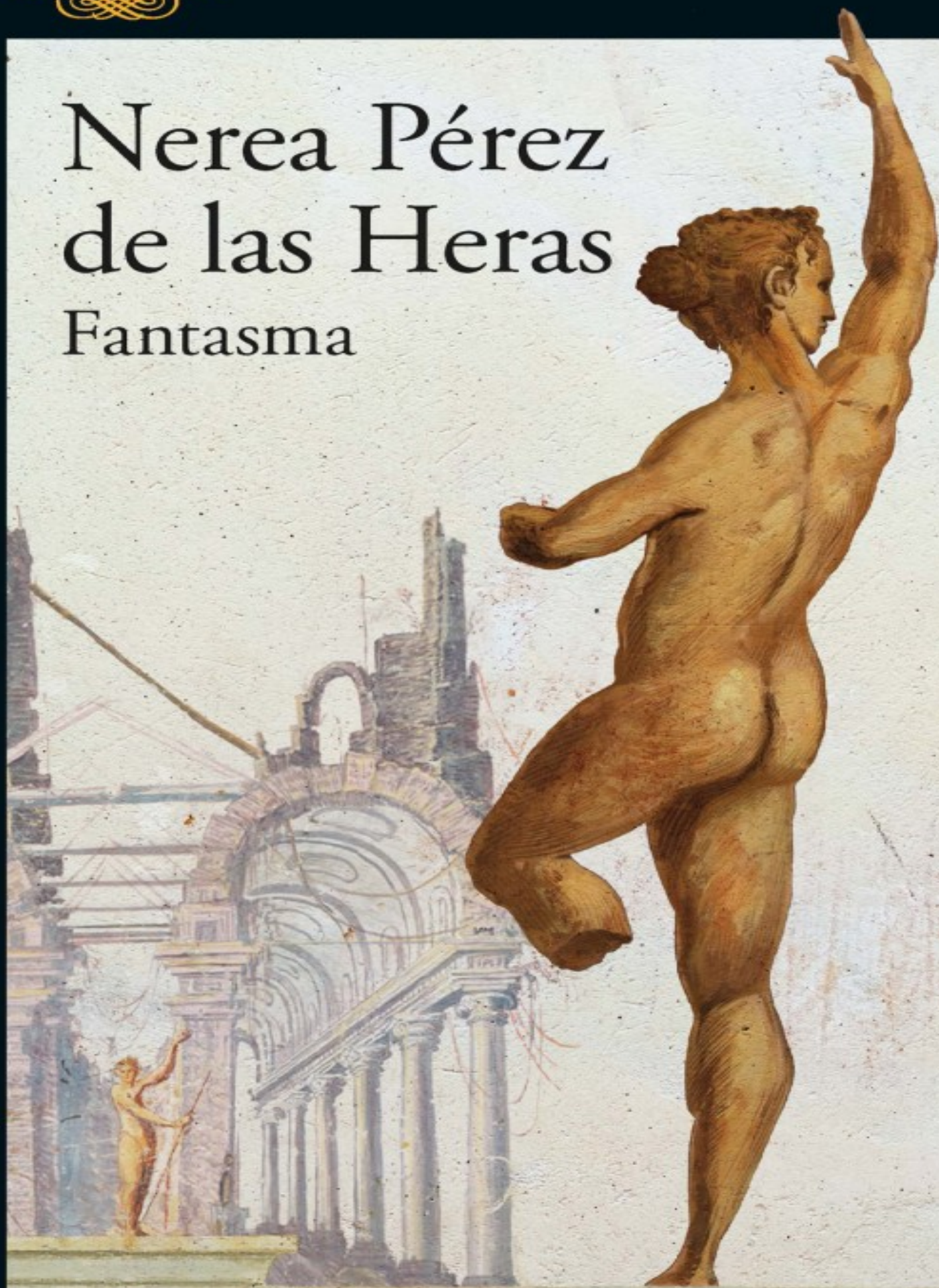


Nerea Pérez de las Heras

Fantasma

Narrativa Hispánica



Nerea Pérez
de las Heras
Fantasma

ALFAGUARA


Para Ana, mi amor

Mi pierna derecha se me adelantó en la muerte. La hélice de un barco nos separó. Parcialmente. En el mar, rodeada del caldo rojo turbio de la sangre arterial, la sujeté con desesperación tratando de no tensar y romper los restos de tejidos que nos mantenían unidas. La sostuve con las dos manos haciendo presa, como una *pietà*, mientras aleteaba con la otra pierna para mantenerme a flote. Por encima del pánico y el dolor se imponía la prisa. La sensación de que toda la sangre que bombeaba mi corazón frenético por la sorpresa se escapaba hacia el Mediterráneo actuaba como un temporizador. Había que ponerse manos a la obra con la tarea de sobrevivir.

Después de seis cirugías, la brecha se hizo definitiva, los tejidos no aguantaron, el baipás no funcionó. Mi pierna derecha acabó muerta y yo viva.

Ahora es muy difícil entender mi cuerpo como un todo. La medicina occidental, la literatura, el cine y el reguetón ya me habían presentado el cuerpo como una realidad frágil y fragmentaria. Llevaba toda la vida conviviendo con hígados y páncreas que pueden matarte, con rodillas poco fiables y con caderas, cinturitas y *booties* capaces de sabotear una vida humana en toda su compleja dimensión. Pero tras mi accidente llegó la constatación de que sí, de que las figuras retóricas sobre la independencia de extremidades y órganos no vitales se daban también en la literalidad, de que una parte del cuerpo podía sencillamente perderse, pudrirse, abandonar

el plano físico y dejar atrás todo lo demás. Y a veces también un rastro propio.

Hablo de ella en tercera persona, es una difunta. La veo en fotos, me veo a mí entera, dueña de la facilidad, ajena al prodigio de un cuerpo que no duele, y siento el mismo encogimiento del corazón que se siente al ver las caras sonrientes de los muertos.

1. El hospital

Un estado de shock es lo que nos ocurre —como individuos o como sociedad— cuando vivimos un acontecimiento súbito y sin precedentes para el que todavía no tenemos una explicación adecuada. En pocas palabras, un shock es el espacio que se abre entre un acontecimiento y los relatos que lo explican.

NAOMI KLEIN, *Doppelganger*

Me había pasado algo grave, lo había observado en cada detalle, había gritado una sola vez al ver mis propios huesos y músculos en contacto con el aire, tan descontextualizados flotando a la vista de todo el mundo, recortados contra el paisaje mediterráneo de acantilados y agua turquesa de Menorca. Un fotograma de terror gore montado sobre un folleto turístico.

Luego no volví a levantar la voz, había un enjambre de gente mojada y nerviosa a mi alrededor y yo no quería que se me notara mucho que me estaba muriendo en la cubierta del barco alquilado. No fue difícil disimular. Justo después de ver la herida, inexplicablemente sentí que disponía de mucha calma, tanta que

podría haberla rociado como un gas narcótico sobre todos los presentes.

Un ente superior agazapado en mi sistema nervioso esperando su oportunidad vino a salvarme.

Era su momento. Esa fuerza perfectamente enfocada me hizo un torniquete con toallas que sirvieron además para camuflar la carnicería y para que nadie tuviera una idea muy clara de la dimensión del daño; me recomendó que repitiese en voz alta —no demasiado alta— mi grupo sanguíneo, me susurró desde dentro de mis cavernas primitivas «bebe agua, no te duermas, bebe agua». Era una torre de control aletargada que se activó en el momento preciso y de la que empezaron a manar órdenes a borbotones. Me mantuvo despierta hasta la ambulancia, luego hasta el hospital. Apartó mi mirada de las tijeras que cortaban mi bañador de lúrex por la mitad, mi precioso bañador de franjas de colores, y la dirigió suavemente hacia las tranquilizadoras bolsas de sangre nueva que colgaban a un costado, hacia las caras flotantes de sanitarios y luego hacia sus doscientas manos enfundadas en guantes de nitrilo que manipulaban mi cuerpo. Pero sobre todo me salvó del dolor. Esa era su principal misión hasta que llegué al avión que me llevaría a un hospital más grande que el de Menorca: no te duele. No te duele de momento. Recuerdo el avión medicalizado como un tubo metálico lleno a rebosar de dolor. El sufrimiento acoraza la memoria, a veces tanto que es imposible acceder a ella pasado un tiempo. Las bisagras se oxidan, las compuertas se bloquean. Adiós para siempre. Aquello nunca sucedió.

Lo que pasó en el traslado solo es visible por una rendija de la conciencia. La entidad mágica que me había protegido durante horas, que me había presentado el mundo y mi hoja de ruta dentro de él con una nitidez deslumbrante me había abandonado. El daño llegó de golpe y con saña, cobrándose la deuda con un interés altísimo. Los numerosos rostros que flotaban sobre mí se redujeron a uno y las manos cubiertas de nitrilo a dos. Dijo que era médico, que se llamaba Bashir, que llegaríamos al Son Espases de Mallorca en una hora y que si lloraba de miedo o de dolor.

—Aguanta.

Era la voz real de Bashir, mi mando interior se había quedado repentinamente desierto.

No sabía a quién le hablaba, no había ninguna persona en el avión capaz de seguir sus consejos. No había en mí voluntad, recuerdos o identidad, no había ninguna mujer allí. Había una herida gigantesca que ardía, pero la herida no pertenecía a nadie en particular y mucho menos a alguien que pudiera aguantar. La sensación de haber sido completamente sustituida por el sufrimiento y de haber dejado de existir no respondía a un estado alterado de la conciencia, era lo que me estaba esperando al otro lado del shock: era la realidad.

En una situación de emergencia, el cerebro sacrifica la percepción en favor de la supervivencia. Lo que yo había experimentado como un sentido del propósito preciso, casi como una posesión, había sido en realidad un paréntesis concedido por mi cuerpo para dejarme actuar sin distracciones. El dolor es una señal adaptativa muy útil

para que quites la mano de la vitrocerámica, pero tiene un mecanismo un poco más complejo que una simple señal de alarma. Hay un proceso de decantado entre el momento en el que, por ejemplo, una hélice de barco te secciona la pantorrilla y el punto en el que tú recibes el aviso a la altura de las circunstancias. Cuando la hélice te atraviesa el cuerpo, se activa el receptor periférico del dolor y la señal sube por la médula, sigue hasta los núcleos del tálamo y llega hasta la corteza cerebral, donde se hace consciente. Esa es la información ascendente, *sube* desde el lugar del daño al cerebro. El contacto con un motor triturador no es un proceso crónico, como por ejemplo una lumbalgia o una migraña, sino traumático, agudo. En estos choques del sistema simpático con el trauma se activa el sistema *fight or flight*, lucha o huye. Para cualquiera de las dos opciones hacen falta muchos recursos y sobra la información sobre el dolor. Para frenarla, nuestro sistema nos da una descarga masiva de hormonas adrenérgicas: adrenalina y noradrenalina. Aumentan la frecuencia cardíaca: la presión arterial y la cantidad de sangre y oxígeno que llega a los músculos son las responsables de muchas estupideces, pero también de perfectos momentos de iluminación. La señal ascendente de dolor pone en marcha los endocannabinoides y los opioides propios; la sensación es que nuestro cuerpo nos droga, básicamente porque eso es lo que hace liberando estos neurotransmisores: drogarnos. No todos los filtros de la señal ascendente de dolor son químicos, también están en el sustrato genético, son psicológicos y culturales. Cuánto nos duele algo dependerá de cómo se exprese en nuestro país o en nuestra familia, de lo que hayamos aprendido sobre él, de las consecuencias que hayamos registrado que tiene ese daño o de si estamos tristes.

La señal descendente es la traducción de todo este proceso complejo en un «me pica», un «me escuece» o un «me muero». Y resulta que es increíblemente personal.

En el avión ya no estaba en peligro, se me habían retirado los dones del estado de emergencia. Bashir me miraba gimotear, sin poder hacer nada. Quizá estaba angustiado, era difícil juzgar la situación a través de la humareda espesa de dolor que lo llenaba todo. Su nombre es el único que recuerdo del enjambre de personas que me atendieron. El sufrimiento físico intenso es un gran organizador de prioridades; hace que nada, excepto su fin, merezca la pena; reconfigura el mundo y sus valores poniéndole un filtro de cobardía extrema.

El día de mi accidente se celebraban elecciones generales en España, así que hasta el instante en que el motor me destrozó la pierna mi mayor preocupación era casi patriótica; estaba viendo a mi país y a medio mundo sucumbir a tendencias ultraconservadoras que hacían pasar el racismo, la privatización de los servicios públicos y la vuelta a roles de género arcaicos por sentido común. Cuando sentí que la camilla a la que estaba atada era arrastrada fuera del avión, tuve un breve momento de conexión con la versión de mí misma anterior al accidente y balbuceé una pregunta al aire.

—¿Se sabe algo de las elecciones?

Un enfermero que en algún momento le había tomado el relevo a Bashir me contestó que no había acabado el escrutinio. La cámara de mis recuerdos está casi completamente acorazada, otra hermosa astucia del cerebro. Solo sobrevive esta pequeña escena y la conciencia de que el dolor duró mil años, me hizo menguar poco a poco hasta que desaparecí en la anestesia de la primera cirugía.

Desperté en un corte abrupto, como si alguien hubiera hecho una mala edición de vídeo. Estaba rodando por un pasillo, cegada por una luz brutal y lo primero que escuché fue la voz del enfermero:

—Hemos ganado.

No supe a qué se refería, no entendí la primera persona del plural. Pero reparé en que estaba entera, no sentía ningún dolor. Ignoraba cuál era la victoria, para quién. Sí fui consciente de que, al menos aquella noche, yo no había perdido.

¿Cómo te despidas de una parte de tu cuerpo? Tras seis días en la unidad de reanimación y tantas entradas al quirófano que apenas me daba tiempo a recuperar la consciencia entre una y otra, un médico me dijo que no había nada más que hacer por mi pierna derecha.

Mi habitación de la REA, la unidad de reanimación del hospital, era una nevera blanca. No se me permitía beber, pero desde el cuello hacia abajo mi cuerpo era solo una zona de tránsito de líquidos: sangre, medicamentos, suero y orina entraban y salían de los tubos que me atravesaban por todas partes y acababan en bolsas borboteantes y aparatos ruidosos. Las cirugías sucesivas, como el vampirismo, suponen una condena a la sed eterna y al frío. Apenas pude moverme para mirar al cirujano vascular cuando me tocó el hombro y apretó los labios en un gesto de decepción, como si el equipo contrario acabara de meter un gol. Pasaba de los cincuenta y llevaba unas gafas pequeñas y modernas con montura gruesa de carey, las clásicas gafas que dan mucha información sobre una persona.

Las zonas de los hospitales en las que se encuentran los pacientes graves siempre son las más solitarias, para evitar las infecciones y el barullo emocional que traen los seres queridos. Los protocolos médicos de urgencias no contemplan la posibilidad de acolchar las malas noticias con compañía, supuestamente esta es una manera de reconocer la agencia de la paciente consciente, de concederle la última palabra sobre con quién compartir la información y cómo. Según el criterio clínico, esa baba narcotizada y temblorosa, muerta de sed y de miedo, ese saco de transfusiones que era yo tenía capacidad psicoemocional para recibir cualquier información y tomar decisiones, aunque algunas ya habían sido tomadas por mí.

—El tobillo estaba muy dañado y te tuvimos que hacer una artrodesis.

El tono del cirujano, que había sido fugazmente empático para darme la mala noticia, se volvió neutro. Me tragué un par de sollozos para intentar adaptarme a la aridez del intercambio de información.

—¿Qué es una artrodesis?

—Es algo así como fundir los huesos de la articulación, de manera que se impide el movimiento.

—O sea, el tobillo estaría bloqueado.

—Sí.

—O sea que en caso de conservar la pierna iba a cojear siempre.

—Sí, también puede ser doloroso.

—Ah. Esta información es nueva.

En realidad la información no era nueva. Era la primera vez que escuchaba la palabra «artrodesis», eso sí, pero llevaba días observando mi pierna derecha y sabía que estaban tratando de sacarla de entre los muertos. La pantorrilla estaba deshecha, las

piezas que quedaban de ella se mantenían unidas por unos tornillos gruesos que atravesaban carne y hueso brutalmente. Más allá de ese amasijo de metal y tejidos, podía ver el pie. Era de un morado pálido. Parecía algo putrefacto y abandonado en el fondo del mar, lo sentía ajeno y durante todos aquellos días no había obedecido ninguna de mis órdenes.

La tradición de relatos de terror, desde *Frankenstein* hasta *Cementerio de animales*, es muy clara respecto a las consecuencias de tratar de hacer volver lo que se ha ido, ¿acaso los médicos no estaban familiarizados con ella? ¿No sabían que forzar el regreso de un muerto con artes científicas o brujería jamás sale bien? El novio o el gato nunca son los mismos después de resucitados, cuanto más se ama y se necesita aquello que se va, mayor es la decepción cuando vuelve irreconocible. Yo sí lo sabía, pero nadie me preguntó si prefería arrastrar un pie zombi o vivir mutilada y, llegado el momento, protetizarme.

En mi cama de la unidad de reanimación, descubrí que era una «mujer joven». Les oía referirse a mí como parte de esa categoría una y otra vez, había algo importante en ese sintagma que me costaba interpretar en el embotamiento de la morfina, algo que hacía de la amputación un fracaso mayor, un desenlace absurdo, medieval, inconcebible para una «mujer joven». Aunque la alternativa fuera mucho más dolorosa y menos funcional, sospeché que les parecía menos fea, porque el del tobillo zombi y bloqueado al menos era un escenario en el que la mujer joven permanecía completa.

—Con una prótesis tu vida va a ser un 95 por ciento normal. Como es ahora.

El cirujano había vuelto al tono compasivo. Él había estado presente cuando una residente me buscó el latido en el pie tras el último intento de baipás, había asentido cuando ella dijo que aquello era tan emocionante como buscar el latido del feto en una ecografía. Mi rabia logró atravesar la bruma de los calmantes para contestarle que la diferencia era que no se podía parir un pie nuevo. No había latido, claro. Me pregunté a qué parte de mi «vida normal como es ahora» correspondía ese 5 por ciento de merma. También si ese porcentaje tan concreto se refería a mi vida con o sin la rodilla derecha, porque el doctor de las gafas originales no podía asegurarme que la fuera a conservar. Cualquiera que haya tratado con médicos sabe que tienen una relación complicada con las certezas. Parte de su trabajo —del de todos los sanitarios— consiste en mantener las expectativas muy bajas para convertir los mínimos avances en grandes noticias, así que no insistí demasiado en preguntar cuán coja me iba a quedar al día siguiente. Estaba demasiado cansada y demasiado drogada para procesar más porcentajes.

¿Cómo te despidas de una parte de tu cuerpo? Cuando el cirujano vascular me dejó sola lloré brevemente y sin fuerzas, la morfina afortunadamente encoge y aleja las emociones, hace que todo parezca un chiste escuchado a medias. Para decir adiós a mi pierna habría bailado, habría buscado una cuesta muy larga para bajarla corriendo y habría chapoteado en la orilla del mar, porque intuía que esas eran las actividades comprendidas dentro del 5 por ciento. Todo aquello era imposible, y por lo tanto quedó probado que una parte de mí ya estaba muerta, así que lo único que hice fue mirar mi pie lila desde lejos y hacer un par de últimos intentos de moverlo que

fueron inútiles. Adiós para siempre. Lo siento. La morfina también facilita un estado de calma y contemplación ante las peores catástrofes, así que solo me puse los enormes cascos con cancelación de ruido que Ana, mi novia, me había traído para evitarme los pitidos constantes de las máquinas que me rodeaban y me quedé mirando mi propia simetría a punto de extinguirse, con el alma encogida, hasta que me dormí.

Las visitas de los familiares a la REA estaban restringidas a una hora al día, media hora a la una y media hora a las siete de la tarde. Ana venía cada día vestida con una bata desechable, gorro y mascarilla; nos besábamos, hablábamos atropelladamente y nos acariciábamos como amantes, porque la prisa impuesta siempre es un poco romántica. Nada hasta ese momento, ni siquiera mi cuerpo lleno de tornillos y tubos, el olor a desinfectante o el frío había conseguido reducir la alegría de vernos y tocarnos.

Cuando me anunciaron que iba a perder la pierna, mi hermana Belén voló hasta la isla para encargarse del papeleo, acribillar a los médicos a preguntas y sostener a Ana durante las horas entre cada turno de visita. Para ella, los días estaban embotados de una espera densa. Mi hermana y ella me contaron que, después del anuncio de mi amputación, habían ido a comer pizza a un sitio muy bueno donde Ana probó el Orfidal por primera vez, que la dejó arrastrando las palabras hasta que cayó a plomo en la cama de la habitación de hotel que compartían, y que le hizo entender de golpe muchas cosas sobre las adicciones. Como mandaba nuestra tradición familiar, Belén escondía la pena y el miedo tras un pragmatismo alegre, cosa que

agradecí porque nada me hacía sentir más en casa y protegida que reconocer aquel ejercicio de generosidad. Convertir cualquier desastre en una serie de gestiones por resolver y hacerlo con energía siempre había sido el estilo familiar de supervivencia. Mi hermana había llegado justo a tiempo para recordarme que las dos estábamos hechas de un material recio y flexible, así que entré en el quirófano pensando en mi pierna como en una de las tantas cosas que se pierden en el transcurso de la vida —porque aquí hemos venido a perder—, y en mí misma como un organismo infinitamente adaptable.

El enfermero que me recibió al bajar del avión medicalizado, el que nos había incluido a los dos en un plural entiendo que sobre todo antifascista y homosexual, venía a tratarme con frecuencia. Parecía contento de tener afinidad ideológica con aquel desastre sanguinolento que había llegado de Menorca.

Después de la cirugía, oí su voz a través de la anestesia. No hablaba conmigo; quería hacerle preguntas, pero la voz no me respondía. Me costaba fijar la mirada, recorrí muy despacio el paisaje blanco de la sábana hasta su horizonte. Había un hueco inverosímil al final de mi cuerpo. Moví los dedos del pie izquierdo, pero la orden para repetir el movimiento en el otro lado cayó en un vacío profundo. Ya no había nada, pero ¿hasta dónde?

Las voces seguían en sus asuntos prácticos, ya estaba acostumbrada a aquello; en pocos días mi cuerpo se había convertido en una zona de obras y las trabajadoras y trabajadores lo manipulaban como si yo no estuviera ahí. No les culpaba: era cierto

que a veces no estaba, pero justo en ese instante lo intentaba con fuerza, zumbaba en un enjambre de órdenes para estar presente, poner el cuerpo en marcha y hacer balance de daños. La figura del enfermero apareció al pie de la cama y me miró a los ojos.

—Ha ido todo bien. Se ha salvado la rodilla.

No encontré las fuerzas para contestarle: «Hemos ganado».

El enfermero se convirtió en un portador de buenas noticias. En una misma semana me había dicho que a la derecha y la ultraderecha no les daban los números para gobernar y que había conservado mi rodilla. Me alivió ver que era él quien venía a buscarme a la unidad de reanimación para sacarme de allí. Me liberaba, por fin, de aquella especie de terrario helado, de la sed previa a las cirugías y del lugar liminal donde todas las emergencias eran posibles. Antes de irse me dio la última buena noticia: la habitación que se había quedado libre para mí era individual; Ana y yo íbamos a estar solas para poder familiarizarnos con mi nuevo cuerpo.

La habitación estaba llena de sol, y aunque solo había pasado una semana sin ver la luz natural, la había echado mucho de menos. Bajo el ventanal había otro elemento familiar, una vieja conocida mía: la butaca de hospital. Una monstruosidad con estructura de metal macizo, pesada como un trono, con un reposapiés dotado de voluntad propia y una palanca en teoría destinada a inclinar el respaldo, pero igualmente temperamental. No me hizo falta manipularla para saber que sus mecanismos funcionarían solo a veces. También sabía, sin tocarla, que su recubrimiento de escay era

durísimo y agresivo: a los tres minutos de contacto la piel empezaría a sudar e irritarse. Cualquier intento de cubrirla con una sábana de algodón era inútil, resbalaría y acabaría en el suelo como si el mueble fuera una serpiente marina.

Ver aquella butaca me reconfortó. Era como toparse con una vecina irritante en la cárcel o en una inundación. Cualquier elemento reconocible, por pobre que sea, siempre sirve de consuelo en una situación de caos. En la REA no había ningún lugar para sentarse a mi lado, así que su presencia indicaba el fin de la soledad. Yo la conocía profundamente, en forma y esencia; se trataba de un elemento permanente en el sistema hospitalario español, destinado al descanso relativo de quienes acompañan a las pacientes. Durante los ingresos de mis padres en varias ciudades había pasado cientos de horas en butacas exactamente iguales, dormitando, trabajando, jugando a las cartas, llorando, viendo capítulos viejos de *Sexo en Nueva York* con auriculares. Las había visto en una variedad de colores otoñales que iban del marrón grisáceo al verde acelga, pero la que tenía delante era azul Klein. Interpreté ese cambio radical de gama como una señal de modernización. Aunque la gestión de los hospitales y todo lo que contienen —enfermeras, enfermas y muebles— es competencia de cada comunidad autónoma, y por lo tanto distinta en Mallorca y en Madrid, no me cabe duda de que esa butaca es el común denominador, el pegamento del sistema sanitario español.

La última que había probado era de color vino, hacía solo unos meses de aquello. En aquella ocasión, yo había reclinado la silla y extendido el reposapiés con la agilidad de un veterano de guerra montando su fusil, pero aun así no podía dormir. Estaba recostada

entre la cama de mi padre, de ochenta y siete años, y la de un hombre llamado Rufino que debía de rondar los setenta. No sabía si Rufino cobraba la pensión mínima o era marqués, solo sabía que tenía el fémur hecho papilla, igual que mi padre, y que ninguno de los dos saldría de esa habitación hasta que se tuviera en pie. Qué poético que fuera precisamente el fémur.

Durante la pandemia se extendió por redes una anécdota atribuida a la antropóloga Margaret Mead. Cuando en una conferencia le preguntaron cuál pensaba que era el primer signo de civilización, ella respondió que un fémur curado. Que un grupo humano hubiera cuidado, transportado y alimentado a alguien que en circunstancias de selección natural o de capitalismo salvaje estaría muerto era la demostración de que sabíamos organizarnos, de que en el centro de nuestra naturaleza no había solo señales explosivas para cazar, amamantar, follar y abrirnos mutuamente la cabeza a pedradas por un salmón: también éramos capaces de ejercer la solidaridad sostenida y la compasión por nuestros semejantes.

Un hospital público es el final del camino cuyo inicio señaló Margaret Mead: un enorme ingenio pensado para curar no uno, sino todos y cada uno de los fémures rotos. Merecía la pena pensarlo con atención, con intensidad: cuidado gratis para cualquiera que lo necesite sostenido por todo el mundo. ¡Una idea extraordinaria! ¡Un rincón del mundo que funciona! Aquella madrugada, en medio de la incomodidad y el insomnio, sudando contra el plástico, encajada entre esos dos ancianos narcotizados, me di cuenta de que me encontraba en la mismísima cumbre de la civilización. Como en un juego de las sillas inverso, en el que el objetivo es que nadie se quede de pie, prácticamente toda la población de mi país tiene

asiento reservado en una de esas poltronas chirriantes y espantosas. Todo en la butaca grita socialismo, todo en su diseño te hace recordar que no está ahí para complacer a nadie, pero que nunca te va a faltar.

La estructura de la que formaban parte Bashir, el avión medicalizado, el cirujano vascular de gafas originales, las bolsas de sangre y la butaca me había salvado la vida, y en su momento había soldado los fémures de mi padre y de Rufino, entre otros miles. Hasta ella se llegó muy lentamente, a trompicones legislativos.

El primer impulso de un sistema de sanidad público en España se dio en 1931, al inicio de la época de caos político, imaginación desbordada y utopía reformadora que precedió a la Guerra Civil: la Segunda República. La Constitución de 1931 recogía por primera vez el amparo a los vulnerables, la asistencia a enfermos y ancianos, la protección a la maternidad y la infancia, y también la garantía de una existencia digna para trabajadoras y trabajadores. No creo que exista un objetivo más inabarcable que el de garantizar una existencia digna al mayor número de gente posible, pero para moverse en una dirección determinada al menos hay que vislumbrar el horizonte.

Un médico y diplomático socialista muy preocupado por la tuberculosis llamado Marcelino Pascua fue tan audaz como para proponer un sistema sanitario preventivo, gratuito y universal con casi todo en contra. Fue nombrado director general de Sanidad en 1931 y ocupó el cargo solo hasta 1933; paradójicamente, su principal enemiga fue la Asociación de Sanitarios Titulares, los médicos, justo a los que más necesitaba en su bando. Gregorio Marañón dijo de aquel hombre: «Para crear las bases de un nuevo

estado de cosas hay que herir o molestar a muchos: a todos los que representan en la organización social la herrumbre de las máquinas gastadas. Es difícil, acaso heroico, asumir este papel. Y más cuando se pertenece a la misma clase profesional de los perjudicados [...] ¡Adelante, pues, doctor Pascua! No hemos venido aquí a honrar una labor terminada. Lo que ahora se empieza tardará decenios en alcanzar su fin, y esta es otra de las glorias de nuestro tiempo».[1] Tenía toda la razón. Llevamos decenios y la labor en cuestión avanza lentamente y la hacen retroceder a empujones. Al fin y al cabo, es un ingenio indigerible para nuestro sistema económico basado en la competencia y el crecimiento sin límite, también un poco peligroso porque contradice su misma esencia al plantear que la vida enferma, herida, no productiva, sigue siendo vida, y que la sociedad entera tiene responsabilidad sobre ella.

El relevo de Pascua fue breve pero explosivo. Federica Montseny era una anarquista de familia de intelectuales y fue la primera mujer en ocupar un cargo ministerial, en 1933. Traía con ella ideas que suenan futuristas incluso ahora: comedores para embarazadas, inserción laboral para personas con discapacidad, centros de rescate para mujeres que ejercían la prostitución y hasta una ley del aborto. También fue la primera en proponer la descentralización del sistema sanitario español. Murió en 1994, pero le dio tiempo a ver que tenía toda la razón en eso: la Constitución del 78 reconoció el derecho a la salud y concedió la gestión de hospitales y recursos a cada comunidad autónoma. Estoy segura de que también le dio tiempo a conocer la butaca española para acompañantes como gran elemento uniformizador.

En el 86, en una España hortera y optimista a las puertas de una gran bonanza económica que aún se andaba acomodando en la democracia, se promulgó la Ley General de Sanidad, que garantizaba la asistencia a todos los españoles y extranjeros residentes y reforzaba las competencias de las comunidades autónomas. Fue este conjunto de regulaciones el que me recogió cuando caí, está pensado para recoger a todos mis compatriotas. Pero está en peligro.

Al sistema económico basado en la competencia le repelen las garantías del estado de bienestar, sobre todo la sanidad pública. Todos los cuerpos son frágiles, tarde o temprano van a romperse o enfermar, no hay un negocio con más garantías que el de la reparación de la vida y el mercado detesta estar perdiéndoselo. La lógica neoliberal consiste en gestionar la existencia de los seres humanos con criterios de beneficio económico. En los años noventa, cuando la sanidad pública alcanzaba a la población española casi en un cien por cien, se dieron también los primeros pasos para desplazar sus coberturas hacia el sector privado, para empujar los derechos al terreno de los negocios. En 1991 se aprobó el llamado Informe Abril (Informe y Recomendaciones de la Comisión de Análisis y Evaluación del Sistema Nacional de Salud), que recogía el germen de todas las estrategias que a lo largo de los años han ido debilitando el sistema público de sanidad a manos de los gobiernos de derechas. Aquí empezó la prestación de servicios por parte de empresas privadas o la laboralización del personal sanitario, entre otras medidas a las que hoy estamos acostumbrados. En su momento causó un rechazo inmediato, pero todo lo que recogía se ha ido aplicando lentamente.[\[2\]](#)

Este prodigio civilizatorio que lleva creciendo en el corazón de las comunidades humanas, desde que un grupo de personas se organizó para que el fémur de un compañero con muy mala suerte soldase, está en horas bajas. Es lento, está esquilado por la avaricia, está cada vez más lejos de ser incondicional.

Sobre la butaca de mi habitación siempre estaba Ana, siempre. No creo que ese mueble hubiera sido ocupado antes por una persona más feliz que Ana. La cercanía de la muerte ilumina todo como un cañón de luz, los contornos de cada cosa y cada relación se extreman en altísima definición, la nitidez del mundo y sus posibilidades casi hace daño a los ojos. Estábamos contentas de poder estar juntas sin restricciones, siempre habíamos tenido la capacidad de montar pequeñas franquicias instantáneas de nuestro hogar en casi cualquier parte: habitaciones de hotel, cuartos de invitados o puestos de bibliotecas públicas. Bromeábamos con frecuencia diciendo que podíamos hacer de cualquier cucarachero una suite nupcial. Nunca pensamos que se nos iba a presentar una prueba tan difícil como aquella. Ana era además muy consciente de que en ese asiento la sostenía un triunfo social. Había vivido ocho años en Estados Unidos, un lugar sin un sistema de sanidad público universal; había conocido de primera mano la ausencia de estado de bienestar, lo que sucede con las vidas cuando el fémur ya no lo cura la tribu ni el sistema sostenido con los recursos de todos, sino las aseguradoras privadas.

Las tres comunidades autónomas españolas en las que la privatización sanitaria avanza más aceleradamente son Madrid,

Cataluña y Baleares; nos había tocado vivir en una de ellas y correr peligro de muerte en otra. Dos de tres. La butaca se tambaleaba, los responsables de mantenerla firme estaban dejando que se la comiera el óxido, pero aún era capaz de cumplir su función. Como sucede con todas las grandes estructuras, en su extremo había unas manos ejecutoras. Las de un enfermero con conciencia de clase portador de buenas noticias, por ejemplo.

Antes de marcharse de la habitación 225, señaló la butaca con la barbilla.

—Si te quedas a dormir con ella pon algo encima del plástico ese —le dijo a Ana—. Vente conmigo y te doy una sábana extra.

2. El amor

La 225 huele a Semana Santa.
ENFERMERA del hospital universitario
Son Espases de Palma de Mallorca

La foto nos la hizo Ana. En ella Olga está de pie junto a la cama, me agarra la cabeza con las dos manos y me besa la coronilla, pero su mirada no acompaña al beso; podría parecer que se dirige a mi muñón vendado, pero tampoco. Está mucho más allá, perdida en algún lugar periférico, o quizá interior, al que se dirigen los ruegos y los agradecimientos. Yo estoy recostada en la cama y le echo los brazos al cuello, los ojos se me cierran cuando sonrío con mucha fuerza. Podría estar borracha, podría ser una foto de alguna de nuestras vacaciones juntas si no fuera por el camisón deprimente lavado un millón de veces a noventa grados, los tubos que me salen de la piel, mi color grisáceo y que ya no estoy entera. En la foto, Olga está asustada y suplica en silencio; yo, sencillamente, justo en ese instante, estoy contenta de estar viva.

Aquella habitación soleada fue el primer hogar de mi cuerpo nuevo, allí tuve todo el tiempo del mundo para observarlo. Tenía la seguridad de que no era mi cuerpo de siempre sin el miembro perdido; no me sentía como el fruto de una reparación sino de una

gestación, de una génesis. Mi peso no era el mismo, mi equilibrio no era el mismo y casi podía notar mi cerebro abandonando antiguos vicios como la existencia de un pie derecho. Los profundos caminos neuronales horadados durante décadas empezaban a difuminarse y nacían otros nuevos.

La novedad más llamativa era el tajo cuatro dedos por debajo de la rodilla derecha. No sé si llamarlo «mi nuevo ombligo» es llevar las cosas demasiado lejos; desde luego era una brutal marca de nacimiento. Como suele suceder con las zonas fronterizas, se agitaba sin parar. Por las noches, el dolor y el hormigueo eléctrico eran tan intensos que parecía que una pierna nueva estuviera a punto de brotar, pero lo que sentía solo era el temblor de la curación. Toda herida es un estado transitorio, está en su naturaleza luchar por desaparecer.

Recién nacido, mi cuerpo nuevo se puso a menstruar en la misma fecha en la que le correspondía hacerlo al antiguo, pero con sangre de otras personas, donantes anónimos. Perdí la cuenta de cuántas bolsas fue necesario vaciar dentro de mí. La vieja rutina del sangrado me puso nostálgica y me hizo recordar que había sido otra. También me hizo pensar que seguramente gran parte de mi sangre donada a lo largo de los años había tenido aventuras similares en sistemas ajenos. Había brotado de heridas por aquí y por allá; puede que hubiera participado de otros renacimientos, lo que hacía del mío un asunto mucho menos trascendental y dejaba espacio para ocuparse de lo cotidiano.

Esterilizar la copa menstrual de silicona en agua hirviendo fue un problema, había que calcular muy bien cuándo y cómo pedírselo a las auxiliares y enfermeras. Ahora estábamos a merced del personal

atareado y agotado que conforma el grueso del sistema sanitario y ya les habíamos pedido unas tijeras; teníamos que espaciar las reclamaciones, hacerlas con paciencia y delicadeza, porque todo hospital está en un equilibrio a punto de colapsar.

Necesitábamos las tijeras para recortar botellas de agua de plástico y fabricar jarrones para las flores que llegaban. Alice envió unos cómics en los que el protagonista tenía una pierna amputada y los colocamos en la ancha repisa de la ventana, encima del *Hola!* y junto a una caja de bombones, una acumulación de frascos de cosméticos y velas aromáticas. La habitación estaba radicalmente habitada, mucho más que ninguna que hubiera visto, yo que pensaba que lo sabía todo sobre la experiencia hospitalaria. Donde mirara había algún estallido de color, un puñado de claveles, un masajeador facial de cuarzo rosa chicle, un abanico arco iris que me aliviaba el sofoco de los medicamentos anticoagulantes. El pequeño armario de la habitación emanaba un aroma a taberna lujosa completamente contradictorio con la peste a desinfectante del entorno, porque Ernesto había mandado un paquete de jamón de Jabugo. De vez en cuando un mensajero llamaba a la puerta cargado con una cesta versallesca de frutas o dulces.

Los grandes impactos emocionales suelen reclamar gestos físicos. Es muy corriente la necesidad de trasladar a actividades u objetos la conmoción íntima, desde pintar un cuadro enorme después de un bombardeo hasta reventarse la mano dando un puñetazo en la pared tras un desengaño amoroso. La horquilla es amplísima, pero el impulso siempre es el mismo: hacer algo. De aquí sale la manía humana de hacer ofrendas y sacrificios en todas las culturas. Nada es tan serio si para conseguirlo una no está dispuesta a

encomendarse a un ser superior degollando un carnero o abandonando la masturbación dos semanas. Deseos y culpas llenan los templos de promesas y cachivaches destinados a rogarle o pedirle perdón a lo divino.

Lo que había en la 225 eran exvotos, en poco más de 48 horas la habitación estaba repleta de esas balizas de afecto. Una de ellas era incluso una persona: Olga había cogido un avión y se había ofrendado a sí misma. Un vuelo a Baleares en temporada alta es dejar un cuenco de plata en el altar, unos pendientes de esmeraldas en los lóbulos de madera de la Virgen; es matar al mejor buey.

La presencia de nuestra amiga asentó la sensación de hogar. La primera tarde en la que le dio un relevo de unas pocas horas a Ana, bajamos las persianas, pusimos un documental sobre Ramsés II y nos echamos la siesta —yo en mi cama y ella en una butaca—, como habíamos hecho miles de veces, en otros tiempos y en otros lugares. Las escenas rutinarias como esta resaltaban el estado de excepción, pero las agradecía. A pesar de lo diferente que era yo, ciertas cosas permanecían imperturbables.

Olga se presentó un día arrastrando sin aliento una maleta de mano. Visitas, sanitarias y paquetes aparecían por mi puerta desde de la nada, como en el plató de una *sitcom*. Yo no tenía ninguna referencia del exterior, lo ignoraba todo sobre aquel lugar al que había llegado ciega de dolor y por vía aérea. Solo sabía lo que me contaban Ana o Carmen y su novia, las amigas que nos habían invitado a pasar unos días en Menorca, que habían presenciado mi accidente y que ahora estaban en shock y atrapadas con nosotras en Mallorca. Por ellas sabía que el hospital estaba lejos de la ciudad y era difícilmente accesible en transporte público, que era casi

imposible encontrar un taxi y que la isla estaba superpoblada de turistas horteras, mal vestidos, muy a menudo borrachos y casi siempre en parejas mal avenidas.

—Has estado a punto de morirte en el sitio más heterosexual de España —me dijo Ana después de una de sus expediciones al exterior.

Llegaba muerta de calor y hastiada. Se había topado con un grupo de hombres jóvenes con tatuajes, camisetas, cortes de pelo y gafas de sol de estética policial que ocupaban toda la calle gritando y empujándose, al filo de la violencia física entre ellos o con cualquier transeúnte. Estaban aprovechando sus vacaciones para performar el género a todo lo que les daban sus capacidades. Solía volver espantada: por los precios de los restaurantes y los bares, por la escasez de transporte público y por la mala educación de los turistas. En la intimidad de nuestra habitación reconocíamos que de alguna manera nos estaba bien empleado; no éramos muy distintas de los ingleses que se emborrachaban y desbordaban el archipiélago año tras año. Aunque nuestro plan para aquellas vacaciones fatídicas era quedarnos en casa de unos amigos, éramos parte del problema.

Baleares es la comunidad autónoma de España en la que la vivienda es más cara, la segunda más cara si hablamos de alquileres. También es la provincia con mayor concentración de viviendas de lujo —las que tienen precios superiores al millón de euros— y de una indecencia llamada «viviendas de ultralujo» —las que cuestan más de tres millones.

La vivienda no es un producto de especulación cualquiera. Primero, porque el suelo no es ilimitado, no se puede fabricar más, mucho menos en una isla; y después porque todo el mundo necesita

una. La oferta es escasa, y en la demanda las personas que necesitan un techo sobre sus cabezas compiten en condiciones de desigualdad salvajes con los fondos buitres y los inversores que buscan un producto financiero atractivo y acaparan sin control. El mercado ha secuestrado la vivienda; ha sido un proceso lento, pero en nuestro país cada día está más naturalizada la transformación de un derecho en una vía de acumulación de riqueza.

Los rentistas no han mutado en parásitos sociales de repente: no devolver nada a la sociedad y aprovecharse de su mejora colectiva está en la naturaleza de su negocio. Ya en 1909, Winston Churchill, primer ministro británico y un señor nada sospechoso de comunista, les dedicaba estas palabras perfectamente vigentes para la situación actual en Baleares:

Se construyen carreteras, se trazan calles, se mejoran los servicios, la luz eléctrica transforma la noche en día, el agua se trae desde embalses situados a cientos de kilómetros en las montañas, y, mientras tanto, el propietario del suelo permanece inmóvil. Cada una de esas mejoras se lleva a cabo gracias al trabajo de otras personas y de los contribuyentes. A ninguna de esas mejoras contribuye el monopolista del suelo, en su calidad de monopolista del suelo, y, sin embargo, con cada una de ellas el valor de su tierra aumenta. No presta ningún servicio a la comunidad, no aporta nada al bienestar general, no contribuye en absoluto al proceso del cual proviene su propio enriquecimiento.

[3]

Desde mi contexto, a esta cita podría añadir que cuando el monopolista del suelo se abre la cabeza es una enfermera precaria que paga un alquiler abusivo quien se la cose, aunque la actividad económica de uno empeore sustancialmente la vida de la otra.

En el archipiélago es difícil vivir con el sueldo medio, sobre todo desde que se ha convertido en un parque de atracciones para millonarios. A Mallorca han ido a divertirse Michelle Obama, Justin Bieber, Oprah Winfrey o las Kardashian. Tienen casa en propiedad Brad Pitt, Claudia Schiffer, Boris Becker y Michael Douglas. Es fácil ver las vacaciones de los millonarios, sus cenas y baños de sol en la cubierta de yates a tiempo real en las redes sociales. No es necesario que un fotógrafo les robe un momento íntimo de hedonismo depredador: ellos mismos lo exponen, inocentes como niños porque saben que la ostentación ya no es combustible para el rencor de la clase media, sino que enciende sus deseos. Mallorca es uno de esos paraísos en los que sucede lo aspiracional; la desigualdad ya apenas enfada: seduce, se exhibe en escenarios como esta isla, en los que el lujo desfila casi al alcance de los dedos. El escaparate a todo color proclama: «tú también puedes permitirte una cena aquí», «tú también puedes rozar la fantasía», «tú también podrías ser un monopolista del suelo», «tú también puedes navegar en un barco en busca de calas recónditas, aunque sea demasiado grande para tu escasa experiencia. Aunque sea de alquiler. Durante un momento, tú también puedes confundirte con los magnates».

Por aquel entonces empezaba a sospechar que la pulsión aspiracional de la clase media acomodada había contribuido a que yo perdiera mi pierna: me había llevado a compartir destino vacacional con Pierce Brosnan y la familia real española, y me había hecho acabar en un barco conducido por un hombre maduro sin ninguna pericia pero un poco más de poder adquisitivo que la media, demasiada autoestima y ensoñaciones de opulencia. En parte fueron

las afiladas cuchillas del gran mal estructural de la aspiración las que me destrozaron el cuerpo.

Aunque fuera como invitada, había llegado a aquel archipiélago para ocupar el lado dañino. Durante las escasas veinte horas previas al accidente fui una veraneante gentrificadora más; parte de la responsabilidad de que las cosas fueran muy difíciles para la gente que vivía allí era mía. En un golpe de karma despiadado, el accidente me lanzó desde la vida vacacional a la vida normal, la que está llena de listas de espera para hacerse una radiografía, carreteras mal asfaltadas y autobuses que nunca llegan. Ocupaba una cama de hospital, pero había que resolver dónde iban a dormir mi novia, Carmen y la novia de esta, que de golpe habían sido catapultadas junto a mí, muy lejos de las vacaciones. Cualquier techo libre tenía precios inaccesibles, así que sin que yo me enterara de los detalles se activó una eficiente red de apoyo lésbico y la amiga de la amiga de una exnovia de Ana acogió a mis tres acompañantes en su casa. Allí formaron un pequeño hogar satélite, una especie de extensión de mi habitación de hospital, con sus tortillas francesas, sus duchas por turnos, sus palabras de consuelo y sus risas nerviosas para camuflar la preocupación.

Nunca tuve acceso a esa rutina, la vida privada de las cuidadoras en cualquier régimen —remunerado o altruista— suele quedar oculta. En ese punto ciego solo resaltaba Irene, que era la dueña de la casa y pagaba un precio abusivo por su piso. Se lo prestó a unas desconocidas siguiendo un código bondadoso que brillaba con fuerza en aquel contexto predatorio. Le conmovió la historia de aquellas pobres bolleras de Madrid, traumatizadas y aturcidas, que necesitaban ayuda. Tarde o temprano en toda vida humana aparece

el proverbial fémur roto y hay que elegir si eres de las que contribuyen a su curación o de las que pasan de largo.

Podemos tender a pensar que las sociedades con mucha distancia económica entre unos y otros se organizan en burbujas estancas, que los humanos de un estrato no se enteran de lo que hacen los del superior, o el inferior o los de tres por encima y por debajo, pero esto no es del todo cierto. Moralmente, incluso ideológicamente, es posible vivir al margen de lo que les sucede a tus semejantes, pero en la práctica, las consecuencias de la desigualdad acaban por salpicar a quienes se consideran a salvo. Es algo que deberíamos haber aprendido en la pandemia.

En una crisis sanitaria de esa escala, la única manera de evitar la propagación del virus era asegurar el acceso de toda la población, toda, a vacunas y cuidados. La emergencia nos recordó que éramos indiscutiblemente interdependientes, que redistribuir la riqueza acumulada por unos pocos para garantizar el bien común no solo era justo, sino una garantía de supervivencia. Pero también nos hizo sentir delicados. La conciencia de la propia fragilidad no siempre es la mejor maestra, asusta y el miedo nos torna egoístas, mezquinos, paranoicos. La sociedad se volvió más permeable a las teorías de la conspiración y los bulos, mucho más receptiva al orden a través de la tiranía. Fueron los movimientos autoritarios los que aprovecharon la desorientación y el miedo, se apresuraron a dar respuestas simples y siempre parciales o falsas a problemas complejos que solo se podían arreglar colectivamente.

El aturdimiento que sucedió a la pandemia nos dejó, además de una internacional ultraderechista asentada en muchos países, un desaliento existencial, un sentido de que si ni eso nos despertaba,

nada lo haría. En lugar de una voluntad por reforzar la solidaridad, el planeta sucumbió a un triste sálvese quien pueda. Y aun así, a pesar del contexto salvaje, una noche, cuando ya llevaba muchas hospitalizada, mientras el mundo se seguía devorando a sí mismo ahí fuera, una de las enfermeras nos ofreció ayuda.

Tenía acento andaluz, como muchas de las que me atendían. Todas habían huido de un territorio en el que las condiciones laborales eran precarias, los sueldos eran bajos y los contratos, siempre de unos pocos meses o incluso unos pocos días; buscando cierta estabilidad había llegado al corazón mismo de la crisis habitacional española. Enseguida detecté que era de Almería. Se llamaba Ana y era demasiado eficiente y seria para su juventud, una seriedad que reconocía endémica de Andalucía oriental: más que seriedad era una contención, como si siempre estuviera pensando algo gracioso y siniestro que tenía que callar. Le recordó a mi novia que no era humanamente posible dormir más de siete días seguidos en la butaca para acompañantes, que no sabía cómo nos las estábamos apañando con el alojamiento pero que, si lo necesitaba, podía contar con su techo.

—Yo pagaba 750 euros por un piso en una zona humilde, mi vecino de abajo vendía droga. Pero después de la pandemia empezó a llenarse de alemanes que querían *vivir bien*, teletrabajar en un sitio en el que hiciera buen tiempo todo el año y la zona se volvió impagable. Entonces me mudé a otro piso, más caro y en un polígono industrial. Es pequeño, pero puedes dormir en el sofá cama algún día si te quedas colgada.

La conversación se abrió paso entre sus movimientos mecánicos para cambiarme la bolsa de suero y revisar los tubos que me salían del cuerpo. Sin grandes ceremonias, nos dejó aquella prenda de generosidad, su perfecta ofrenda, y se apresuró a la siguiente habitación. A ella el contexto la había zarandeado con fuerza. Había tenido que mudarse innumerables veces, los cambios eran siempre tortuosos; los caseros siempre se resistían a devolver las fianzas, siempre tenía que presionar, a veces había tenido hasta que denunciar. Al ser Ana —Ana la enfermera y no cualquier otra Ana—, el maltrato de los monopolistas del suelo resultaba aún más ruin. Durante la pandemia en España se rutinizó el emotivo gesto de aplaudir al personal sanitario desde las ventanas y balcones cada día a las ocho de la tarde. Cuando la emergencia sanitaria se calmó, los mismos trabajadores cuyo sacrificio se había reconocido con esta y otras manifestaciones simbólicas cursis —coreografías grabadas en vídeo, carteles infantiles colgados de los balcones, torpes mosaicos humanos formando la palabra «gracias»— siguieron haciendo lo suyo en condiciones iguales o peores, y la misión privatizadora de la derecha, que acababa de revelarse como asesina, continuó su curso con normalidad.

En las noches reinaba el dolor en la planta de cirugía vascular. Ana y yo cerrábamos la puerta de la 225 y recostadas sobre mi cama, con las cabezas juntas, veíamos, uno tras otro, los capítulos de un *reality* precisamente sobre una inmobiliaria de lujo de Los Ángeles. Nos dejábamos mecer por los problemas de ricos, disfrutábamos viendo discutir, beber Chardonnay y llorar a través de seis capas de

máscara de pestañas a aquellas mujeres tersas como globos. Nos gustaba verlas sufrir, nos lo debían. Nos reíamos. Si llorábamos era por turnos, para que alguien estuviera siempre al mando. Si apagábamos todas las luces de la habitación excepto un pequeño halógeno sobre la cama, el ambiente era agradable; si presionaba el botón que liberaba pequeñas dosis de morfina en mis venas, me iba sintiendo poco a poco blanda e idiota como un osito de peluche. Ana ya se había acostumbrado a dormir en la butaca y solo se separaba de mí un par de horas por la tarde. La vida era aquello. Éramos un naufragio controlado, sabíamos reconocer la ayuda, la ternura.

El ofrecimiento de Ana la enfermera nos emocionó. Una de sus caseras tenía quince casas y una de sus pacientes había muerto ante sus ojos y con mi edad, después de varias amputaciones. Nos contó que antes de la sedación final pidió una cerveza, un porro y poder despedirse tranquilamente de sus hijos. Resultaba increíble que ninguna de aquellas dos experiencias la hubiera endurecido. No era ajena ni cínica, ella que estaba en la horrible intersección entre las vidas tocadas por la opulencia y las vidas tocadas por el desastre. Desde ese punto tenía las mejores vistas de ambas experiencias, no había nadie más consciente que ella de que en la burbuja de la aspiración, la acumulación y las vacaciones, un hombre ocioso e inexperto podía alquilar un barco grande, pero en la vida cotidiana una enfermera experimentada no podía alquilar una casa diminuta.

Cada mañana, durante unos minutos el equipo médico visitaba la habitación 225: hombres y mujeres de diferentes edades, cirujanas, médicos y residentes de diferentes rangos. Si se prestaba suficiente atención, las batas blancas no lograban camuflar las diferencias

económicas. Las pistas podían ser muy evidentes, como unas sandalias de Celine de setecientos euros, o más sutiles.

Durante una de aquellas visitas una residente comentó a uno de los cirujanos, despreocupada, que al final habría que reamputar por encima de la rodilla al chico marroquí de la moto. Igual que había reconocido el carácter de la Andalucía sobria de Ana la enfermera, reconocí en aquella mujer la particular falta de empatía de los pijos, esa especie de soberbia perezosa que solo da el privilegio económico continuado durante generaciones. Era una mujer joven, guapa como un ángel de Botticelli, y había empezado a olvidar muy pronto en su carrera médica que las heridas están pegadas a personas. Al escuchar aquello, una enfermera un poco mayor que yo me miró y pestañeó despacio; usó el mismo gesto con el que tranquilizo a mis gatos para decirme que eso no me iba a pasar a mí.

No era un buen día. Durante la noche había tenido fiebre, había sudado hasta encharcar las sábanas, algo dentro de mi muñón se revolvía como un pequeño animal atrapado. Intentaba contarlo con todo lujo de detalles porque el equipo médico tomaba las decisiones y las enfermeras y enfermeros las aplicaban; unos no me tocaban y los otros sí, mi cuerpo era un campo de trabajo muy jerarquizado en el que capataces y obreros solo coincidían durante unos minutos al día. Una de las cirujanas pidió ceremoniosamente unos guantes de nitrilo, algo bastante insólito, y un quitagrapas, algo bastante aterrador. El despiece de las personas que hace la medicina occidental es el responsable de momentos desagradables —como el comentario de la residente que no reparó en que el resto de mi persona estaba allí—, pero también tiene sus ventajas. La concepción nada holística del cuerpo te permite permanecer

distanciada de la enfermedad y de la herida, ejercer de observadora de lo que sucede en tu cuerpo cuando las cosas se ponen demasiado feas.

La película de esa mañana sin duda se inscribía en el género del terror gore. En la escena, una cirujana vascular severa y guapa, de unos cincuenta años, manipula el final irregular y amoratado de una pierna cortada, dos trozos de carne inflamados y tensos unidos por decenas de grapas. Tiene una especie de pinza de metal en la mano derecha. Roza con el dedo dos de las grapas, frunce el ceño. Buena actuación. Contenida. Con sumo cuidado quita las dos grapas sospechosas, que salen con facilidad, como si estuvieran clavadas en una fruta podrida. Absolutamente concentrada, presiona la carne tumefacta y hace brotar un chorro de pus. Los trozos de carne se abren con violencia, parecen querer huir en direcciones opuestas. La cámara en ningún momento enfoca la cara de la paciente, que no emite ningún sonido, no grita, no habla, no gime. La vascular sigue presionando para drenar la infección, un primerísimo plano muy en la línea de la cinematografía de Julia Ducournau. Pide una cánula y desinfectante, el plano se abre para mostrar al resto de sanitarios curiosos, a la enfermera que busca el instrumental y medio cuerpo de la paciente. De nuevo, plano detalle: la cirujana introduce el tubo dentro de la herida, centímetro a centímetro, y desde un extremo inyecta una solución yodada de color granate que sale a chorros a través del tajo y del resto de las grapas. Repite la operación y vuelve a formar una fuente roja que brota de la carne, empapa las sábanas, salpica incluso la mascarilla de uno de los residentes. La escena es grotesca, roza la serie B. El estilo resulta casi cómico, solo apto para fans del género, solo para seguidoras del cine de Robert Rodríguez

con el estómago a prueba de bombas. La dueña del cuerpo sigue fuera de cámara, pero en mitad de la última secuencia sí se la escucha exhalar de golpe. Es difícil interpretar ese sonido, pero parece una risa de incredulidad.

Me contaron que las hélices de los barcos están sucias y que es extraño que una herida así no acabe por dar problemas, incluso después de varias cirugías. Cuando eso ocurre, hay que liberar la costura y dejar a los tejidos cicatrizar desde el interior, algo que puede llevar meses. Ese proceso tiene el poético nombre de «cierre en segunda intención». Mi herida era como una boca entreabierta de un rojo intenso, estaba siempre protegida por apósitos y vendas, excepto durante las curas. Yo observaba los protocolos de desinfección cada día, prestaba toda la atención que me permitían los opiáceos a los cambios en la carne. Pero, por más que mirara, por más que me doliera, no podía creer que aquello me estuviera pasando a mí. Las enfermeras, los fármacos y mi propio organismo formaban una sala de máquinas funcionando a pleno rendimiento contra la infección, y yo estaba en algún lugar a una distancia prudencial.

Después de la horrible retirada de las grapas, el intenso trabajo de resistencia inmunológica me hizo despistarme durante unos días, tanto que casi olvidé que lo que me había llevado hasta la 225 había sido la fortuna de sobrevivir. Desconecté hasta que en la puerta de aquella habitación apareció una cara que conocía como la mía propia: la de mi amiga Victoria, seguida de la de su mujer, Menchu; la de Candela y la de Rebeca. Todas juntas hicieron florecer un día de playa en mitad del hospital. Tardé en reaccionar. Nadie en el mundo se conocía tanto como nosotras, nuestros recuerdos

compartidos se perdían en la niñez. Allí estaban todas, a mi alrededor, compactas en un abrazo aparatoso en el que se confundían manos, melenas, mocos y lágrimas, pero en el que solo se escuchaba mi voz o mi flujo de pensamiento, no lo sé. Perdón, chicas, perdón. Perdón por haberos hecho gastar este dineral de avión y qué horror que hayáis tenido que venir hasta aquí con lo poco que os gusta un aeropuerto. Perdón por el susto. Por el pie también, claro. Eran un poco vuestros los pies, era por vosotras que corrían entre las higueras, subían a los cerros y se quedaban pegados al suelo de los bares, a saber qué historia habrían tenido sin las ganas de seguiros a todas partes durante tantos años. Y gracias. Qué guapas, qué bien os huele el pelo. Gracias a los cirujanos, a mí, a la suerte, no sé; gracias panorámicas. Ana sí, Ana sí ha estado ahí. ¿Dónde está Ana? ¿La habéis visto? ¿Lo habéis notado? Está cambiada. Rebe, no llores así que se me cae el alma a los pies. Yo no lloro, o sea sí que lloro, pero lloro de contenta. Os lo juro. Gracias y perdonadme, por favor. Casi os hago unas desgraciadas. A lo mejor sí es para tanto. Claro que estoy bien. No lo puedo explicar. No habéis respirado el aire rancio, ácido de la cercanía a la muerte y no podéis compararlo con esta bocanada limpia que es estar con vosotras otra vez.

Desalojamos una pera triste de mi plato de la merienda para llenarlo de la mojama y las almendras fritas que habían traído, mis manjares favoritos, y ellas se fueron colocando a los pies de la cama, en sillas, en el suelo. La auxiliar que entró en la habitación para llevarse la pera descartada se encontró con una fiesta de pijamas mal organizada y un intenso olor a varios perfumes, a flores frescas y a salazones almerienses. Sé racionalmente que el caos

reina, que nada sucede por una razón, pero en aquel momento percibí algo parecido a la armonía. Casi le chillé que habían venido mis amigas, como si no fuera evidente: estaba borracha de alegría. Ella observó la reunión con curiosidad, no era la primera trabajadora del hospital que parecía intrigada por aquella habitación llena de cachivaches y margaritas, a veces llena también de mujeres sin parentesco con la paciente, en la que cada noche se acurrucaban dos amantes. La mirada hegemónica no siempre emite juicios, a veces está incómoda en sus certezas, abierta a ser seducida por lo extraño.

Las chicas bajaron a la cafetería en busca de algo un poco más decente que el descafeinado hospitalario y llegaron a la habitación con cortados demasiado cargados y con regusto a ceniza. Cuando nos sosegamos un poco, brotaron los temas de siempre: la ansiedad ecológica de Candela, el miedo a los aviones de Menchu, los niveles de tolerancia de todas a la cafeína, la belleza celestial de los niños de Rebeca. Dos: Darío, de tres años, y Teo, de uno, al que aún amamantaba y del que aquel día se separaba por primera vez. Rebeca se tocaba las tetas, tensas como tambores en silencio. Pasaría mucho tiempo hasta que alguna de ellas se quejase de cualquier mal delante de mí.

—Rebe, estás fatal.

—La verdad es que voy a reventar, no he venido preparada.

Ella volcó el vasito de plástico en el que me traían las medicinas — solo cayó el Lorazepam que había sobrado la noche anterior—, lo colocó en la mesa, se inclinó sobre el recipiente, se bajó el escote del vestido e hizo una presa con las dos manos sobre uno de sus pechos hasta que salió un chorro de leche con tal presión que hizo

un ruido de siseo veloz contra el plástico. Si alguien hubiera estado fumando habría sido solo una tarde más juntas.

—No tardaremos mucho en irnos, Nere. Era imposible quedarse a dormir, está todo carísimo. Y hay que salir con tiempo, que no hay un puto taxi en esta isla.

Cuando Rebeca suspiró de alivio y volvió a colocarse el vestido, cogí el vaso, que estaba tibio y casi lleno.

—¿Tú la has probado, Nere? —me preguntó Victoria.

—Creo que sí, cuando nació Darío. Es dulce y un poco aguada, ¿no? Como leche de avena.

—Sí. Nos vale. Además está más caliente que esto.

Me quitó el vaso de las manos suavemente y repartió la leche de Rebeca en nuestros cafés cortados. Dimos un sorbo a la vez.

—Mucho mejor.

La leche materna y la sangre son fluidos sagrados, no faltaba nada en nuestro perfecto altar de abundancia. La sangre de otros cuerpos había devuelto al mío a la vida con sus ritmos habituales; la leche de mi amiga fue otro tipo de transfusión. La recibí con la naturalidad de una merienda, me bajó caliente por la garganta, como a una criatura recién nacida, y me dio la bienvenida al mundo por segunda vez.

3. La familia

La anomalía solo resalta contra el fondo proporcionado por el paradigma.

THOMAS S. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*

Un alta hospitalaria puede ser algo aterrador. También es una experiencia suspendida entre dos mundos: el de la curación confinada y el de la curación en libertad. Esta transición es teóricamente deseable, significa que una no está tan enferma, tan herida, que lo peor ha pasado; la alegría y el alivio deberían ser las primeras reacciones naturales. Pero yo sé muy bien que son fugaces. Los médicos autorizan el alta, se abren las puertas del hospital y el cuerpo recién reparado cae a plomo en mitad del flujo de la vida normal, reaparece en su antiguo contexto con un nuevo manual de uso, horarios de medicación y curas, resurge blancucho y con la masa muscular mermada en un corrillo de personas sanas y aturdidas que no saben muy bien qué hacer con él. Estoy familiarizada con todo lo que sucede a la alegría y el alivio de un alta hospitalaria porque mis padres han sido viejos desde que tengo uso de razón.

Fui una sorpresa. Eso es lo que siempre les ha gustado contar a ellos, como si no hubieran tenido nada que ver en el asunto. Fui uno de los pocos fetos españoles de la década de los ochenta que convivieron toda la gestación con un dispositivo intrauterino desplazado, pero no fui una sorpresa desagradable. Mi madre repetía con frecuencia, y sin importarle que el resto de mis hermanos y hermanas estuvieran delante, que hubiera tenido catorce niños como yo. Era un bebé dormilón que se dejaba poner gorritos, una larva gorda y risueña, fácil de criar. En la edad adulta empecé a sospechar que iba en serio con lo de parir catorce bebés. Mi madre quería una familia numerosa, no por programación religiosa ni de género —ella era atea, moderna y viajada—, sino para compensar su propia orfandad de madre a los diez años y la miseria afectiva de su familia desbaratada por la posguerra. Esa posguerra que en el espíritu de los españoles duró mil años, que se nos quedó incrustada en el código genético hasta hoy. Dos generaciones completas arrastramos esta herencia hasta los sillones de nuestras psicólogas, chapoteamos ideológica y emocionalmente en esta herencia, imaginamos el futuro lastradas por esta herencia. Creo que eso que se conoce como las dos Españas, una conservadora con delirios imperiales y otra rebelde, obstinada en llevar luz a todas partes, hasta al subsuelo, contribuyó a que yo acabara por existir. El instinto repoblador de mi madre nació del trauma nacional.

Cuando yo nací, las hijas mellizas de mis padres, Belén y Aurora, tenían trece años; mi hermano Ernesto, doce; e Ignacio, ocho. Llegar a una familia numerosa demasiado tarde es como llegar a una fiesta demasiado tarde: todo el mundo se conoce de sobra, los corrillos se han formado y se ríen de sus bromas privadas, la

borrachera está desacompasada, sube la tuya cuando la del resto baja. Pocos estados más parecidos a la ebriedad que ser un bebé. Como recién llegada, todo el mundo resulta fascinante, desearías haberles conocido antes. Hay que esforzarse por encajar sin destacar, no pasarse de lista, no interrumpir las conversaciones, no ser irritante ni parecer demasiado necesitada. Por mi experiencia en la primera infancia, si juegas bien tus cartas y moderas la intensidad, puedes acabar ganándote alguna que otra simpatía y hasta convertirte en la novedad que refresque la juerga que ya había entrado en velocidad de crucero.

Nuestra fiesta era una buena fiesta: concurrida y en un espacio reducido. Vivíamos en el séptimo piso de un edificio tan parecido al horizonte sin fin de edificios anaranjados y funcionales del sur de Madrid que hoy no sería capaz de describirlo ni bajo tortura. La casa tenía 75 metros cuadrados y no había recibido ningún cariño o inversión: el concepto de interiorismo de mis padres consistía en tratar de mantener la ropa sucia confinada en su cesto. Era un espacio para vivir, y vivir siempre acaba por destruirlo todo. El excedente del único sueldo que entraba en casa, el de mi padre, se destinaba a mandarnos a pasar dos meses de verano, la Semana Santa completa y dos semanas de Navidad a una playita de piedras perdida en la provincia de Almería. Cada decisión estructural de mis padres contribuía a nuestro asilvajamiento: tanto las vacaciones descalzos en la playa o entre las higueras como el ecosistema de muebles destartados y totalmente desincronizados del piso de Madrid.

La nuestra era una casa transitada por las vecinas y las amistades de mis hermanos y hermanas, el ruido de voces se superponía al

ronroneo constante del tráfico. El piso se asomaba a la orilla de la M-30, la autopista de circunvalación que rodea Madrid, y a un río espeso y nauseabundo. Cuando era niña, la carretera separaba los pisos caros de los no tan caros; mi familia y yo vivíamos en el lado humilde. Hoy la carretera está soterrada, el ruido ha desaparecido y la frontera social también. Ahora cualquier techo es impagable en cualquiera de sus márgenes.

En mi casa entraba el rumor de los coches, los mosquitos y algún murciélago muy audaz. Era una casa indecentemente porosa hacia el exterior y también en su lógica interna. Resultaba raro encontrar una puerta cerrada, ninguna llegaba a encajar bien, no existían los cerrojos; la intimidad era imposible, desconocida. Todas las chicas ocupábamos una habitación. Hasta la preadolescencia dormí arrebujada como un cachorro entre las dos camas de mis hermanas idénticas. La mía, que se desplegaba desde un armario, me parecía una estepa fría a pesar de quedar pegada a las de ellas; estaba demasiado acostumbrada a la cercanía, a la superpoblación. Los dos chicos dormían en otro cuarto, un apéndice de la cocina. Era mucho más oscuro y tenía un póster de Freddy Krueger clavado en el interior de la puerta del armario. La habitación era un pequeñísimo y excitante pasaje del terror. No había más misterio en la segregación sexual entre hermanos y hermanas porque todos los habitantes de la casa compartíamos un solo baño. La soledad jamás se daba por supuesta, ni siquiera ahí.

Recuerdo el hogar de mi infancia como un tumulto desordenado pero armónico. Mi padre trabajaba vendiendo material para dentistas y pintaba paisajes en la terraza para no intoxicarnos a todos con el olor a aguarrás. Mi madre nos criaba de manera poco consciente, a

matacaballo, sin manuales sobre el desarrollo del cerebro infantil ni nada que se le pareciera. Se echaba religiosamente la siesta, jamás enfermaba y dejaba los cigarrillos consumirse casi enteros en el cenicero, hasta que un ictus la obligó a dejar de fumar. Yo hacía el camino hacia la escuela cogida de su mano, legañosa y cabizbaja. Siempre odié ir al colegio; estaba convencida de que me estaba perdiendo algo. Tenía la sensación de que la educación reglada me robaba experiencias mejores, que lo que dejaba atrás al cerrar la puerta de casa siempre sería mucho más interesante que lo que me esperaba ahí fuera. Mis hermanos y hermanas me resultaban enigmáticos y perfectos; sus actividades, sus horarios, los amigos que circulaban constantemente por casa, sus primeros trabajos, sus flequillos extravagantes, la música que escuchaban, todo lo que hacían y decían alimentaba mis expectativas sobre un mundo infinito al que todavía no tenía acceso pero que estaba en el exterior y de frente. Esperándome.

Cuando mi madre se enteró de que el diu no había funcionado llevaba casi cuatro meses embarazada de mí. Tenía cuarenta y un años, cuatro hijos y un solo ovario funcional. Tenía la misma edad que yo cuando perdí la pierna y estuve a punto de morirme. A menudo pienso que he dejado atrás todos los años que mi madre pasó sin mí: aparecí a sus cuarenta y uno, lo que me queda por delante es todo el tiempo que ha pasado desde que nos conocimos en el momento de mi nacimiento. Cuando mi vida corrió peligro estaba en el doblez. Nuestras dos existencias, la de mi madre y la mía, quedaron atravesadas por un tajo hacia la mitad.

Me pregunto cómo de pertrechadas estábamos justo en ese momento de la vida, cuán flexibles y resistentes éramos para encajar un cambio tan dramático como la llegada de un quinto bebé a una casa abarrotada o el roce de la muerte y la pérdida de una extremidad. No creo que la edad sea un parámetro útil para evaluar la madurez y el aguante en nuestro caso. Si mi madre y yo hubiéramos coincidido en el pasillo de un hospital imposiblemente suspendido en el espacio-tiempo —ella antes de su último parto, yo antes de mi amputación—, hubiéramos pensado que no teníamos absolutamente nada en común, muchísimo menos la edad. Seríamos dos desconocidas que esperan sus respectivas intervenciones en el pasillo de un hospital cuántico que está a la vez en 1982 y en 2023, que es a la vez el Hospital 12 de Octubre de Madrid y el Hospital Universitario Son Espases de Palma de Mallorca.

Una de ellas es bajita y tiene el cuerpo dado de sí por los partos, por eso recibe las contracciones con resignación y sin sobresaltos. Lleva las uñas pintadas de rojo teja y muchos anillos de oro, entre ellos una alianza con el nombre de Ernesto. Es el único hombre con el que ha tenido o tendrá contacto íntimo hasta su muerte. Lleva su tiempo grabado en el cuerpo, y en su tiempo una mujer de cuarenta y un años con un marido y casi cinco hijos es una señora. Tiene los dedos manchados por la nicotina, una nariz un poco huesuda que les pasará como legado a todos sus hijos excepto a la que ahora le chapotea en las entrañas.

La otra mujer tiene una vía venosa central en el cuello, lo que siempre indica UCI, shock, reanimación, muerte. Sigue pareciendo una adolescente a pesar de estar reblandecida y amarillenta tras varias cirugías en pocos días. Conserva una estructura fibrosa y

elástica, una semana de hospital no puede borrar por completo décadas de trato exquisito hacia el cuerpo, buena alimentación, masajes, cremas caras, caricias, pilates, suplementos alimenticios, sexo, paseos, higiene postural y nueve horas de sueño al día. Tiene los ojos hundidos. Viene de una habitación —más bien una urna helada y llena de aparatos que pitan arrítmicamente— en la zona de reanimación del hospital. Allí se ha despedido de su pie derecho. El cirujano vascular le ha recomendado que se despidiera también de su rodilla, por si acaso.

—No sabemos lo que nos vamos a encontrar, no sé si me explico. La medicina no son matemáticas, no te podemos garantizar nada. En esto es que no hay certezas, ¿entiendes, bonita? Ya lo siento.

Las últimas frases del cirujano, su tono rutinario y casual, se han quedado rebotando dentro de ella como un eco.

Esta mujer con la pierna derecha perforada por tornillos, encajada en un armazón metálico y abierta en canal para dejar espacio al último baipás, está parcialmente ausente gracias a la morfina; la mujer que es mi madre está profundamente presente a causa del trabajo de parto.

Son muy distintas las dos mujeres atascadas en esta paradoja temporal que superpone sus momentos decisivos a los cuarenta y un años. Solo el pelo. El pelo sí. Grueso, abundante, con vida propia, haciendo ondas de dibujo animado que se escapan de sus camillas por todas partes, como culebras de Medusa. El pelo sí que es muy parecido. Y también la resistencia casi maníaca a la tristeza.

Si mi madre y yo interactuáramos en medio de nuestros picos de estrés sanitario a los cuarenta y un años, siendo ella una señora y yo una chica, jamás nos pondríamos dramáticas.

—Oye, si el bebé viene con un pie de sobra me avisas, ¿eh?

—Suelen venir con derecho e izquierdo, ¿tienes alguna preferencia?

—Derecho. Pero estoy pensando que la talla de zapato también va a ser un problema. Oye, ¿qué haces en este pasillo? Un paritorio no es un quirófano.

—Ya, pero esta niña no va a nacer, la van a nacer. Es una cesárea programada. Está aquí de milagro.

—No lo sabes tú bien.

—¿Qué?

—Nada, perdona, no quiero estropear la sorpresa.

El temperamento jolgorioso que compartimos mi madre y yo es como nuestro pelo castaño y espeso: inevitable. Si nos raparan la cabeza, ahí seguirían nuestros folículos robustos animados por el único impulso de crecer otra vez y para siempre. No están equipados para hacer otra cosa. Así se siente nuestro carácter compartido. No se trata de algo aprendido, es como un centro vital fuerte que estimula una pulsión tiránica hacia el bienestar. Como una depresión crónica, pero al revés.

Cuando llegué a la edad en la que estaba en disposición de empezar a enterarme de quién era mi madre, de quiénes eran mis padres, ellos ya eran cincuentones. Solo les conocí siendo unos anfitriones un poco negligentes y cansados que después de mantener el orden durante cuatro hijos empiezan a perder fuelle, a relajarse demasiado y a tirar los cigarrillos encendidos al suelo en su propia fiesta. Mi madre volvió de su cesárea con una niña que entregó a la comunidad para ser criada por la atmósfera de la casa, por el ambiente de la celebración y sus asistentes en permanente

tránsito. Mis hermanas me cambiaban los pañales como a una muñequita, se encargaban de que llevara el aparato que me separaba las piernas —había nacido con una luxación de cadera—, me contaban antes de dormir lo que aprendían en sus clases sobre mitología, nunca cuentos; mi hermano me recogía del colegio y se sentaba conmigo a resolver problemas dibujando los enunciados, porque habíamos descubierto juntos que solo así podía abordarlos. Nadie me disciplinaba nunca, no sé si porque no hacía falta o porque les daba demasiada pereza a todos.

Es difícil localizar el momento exacto de la vida en que el timbre del teléfono detona una alerta que nos cierra la garganta, pero acaba por llegar para casi todo el mundo. Solo los muy afortunados o los extremadamente abandonados se salvan. El automatismo aparece cuando se han recibido unas cuantas malas noticias, y es probablemente una de las fronteras más comunes de la vida adulta; un corte profundo separa los años en los que una llamada trae consigo un cotilleo, los detalles de un viaje o una promoción publicitaria, y los años en los que el mismo sonido basta para anticipar el desastre y la muerte.

Cuando mis padres envejecieron, cuando llegaron los ictus, los accidentes, las prótesis de rodilla y los ingresos hospitalarios largos, todos los que habíamos crecido en aquella casa ruidosa a la orilla de una autopista ya habíamos aprendido que nuestros roles eran móviles, que podíamos actuar como padres e hijos los unos de los otros. A mí ya se me había maternado sin ton ni son. Estábamos muy acostumbrados a cuidar y ejercer autoridad, que es un poco lo

mismo, de forma rotativa. Con los años se hizo necesaria para todos esa crianza rara y desesperanzada de los propios padres que llega cuando envejecen y hay que asearles, vigilarles y echarles alguna que otra bronca triste porque no hacen ni puto caso y siguen comiendo lo que no deben y bebiendo como cuando tenían treinta años y levantándose de noche sin el andador, y ya si te caes y te rompes la cadera nos jodes el veraneo.

En el proceso de matenar a nuestros propios padres, mis hermanos, hermanas y yo empezamos a temer al timbre del teléfono.

He sentido la orfandad acercarse y alejarse muchas veces, he vigilado la respiración irregular de mi madre de madrugada, he presenciado todo tipo de vahídos, ataques y colapsos, he sentido cristalizarse y disolverse y volver a cristalizarse y volver a disolverse esa angustia reservada solo para las salas de espera de los hospitales, he repartido medicamentos de colores en pastilleros enormes divididos en compartimentos para el lunes, martes, miércoles, dejándolos caer en las subdivisiones para el desayuno, la comida, la cena (la camella menos rentable del mundo), he dado parte diario del estado de los enfermos a mis hermanos y he recibido partes informativos de ellos en cadenas de llamadas alarmantes.

Así pasamos años, décadas. Empecé a criar a mis padres cuando ellos apenas habían terminado de criarme a mí. Fueron viejos antes que los padres de cualquiera de las personas de mi edad a las que he visto agobiarse con cada caída, cáncer de próstata, depresión y

demencia. «Se muere mi mamá». La orfandad es un estado congelado del alma en el que nunca se deja de ser niño. Les he podido consolar con arrogancia: «No te preocupes, no se mueren nunca. No se van a morir en esta. Casi seguro que no se mueren tampoco en la siguiente. Antes tienen que ser viejos mil años».

Pero a veces se mueren, obviamente. Todo el mundo se muere. A veces hasta te mueres tú.

Yo había tenido mucho tiempo para familiarizarme con la muerte de mis padres, pero ellos con la mía no. En el momento en que fui yo la que estuvo a punto de morir, esos ancianos eran mis criaturas indefensas, dos personas frágiles a las que había mantenido en una burbuja, aislados de mis problemas desde la adolescencia por mi propia comodidad. Era inevitable que los programas de televisión les perturbaran con la amenaza de la extrema derecha, la crisis climática, los virus y los okupas, pero yo podía hacer pasar mis rupturas horribles por acuerdos mutuos y mis despidos por cambios de trabajo voluntarios, suavizarlo todo, ocultarlo todo, no llamarles jamás para dar una mala noticia. Yo había decidido protegerles del miedo al timbre del teléfono.

Cuando llegó mi casi muerte, la hice pasar por una estancia en una remota casa rural sin cobertura. No es que no quisiera llamar, es que no podía. Mis hermanos y yo montamos una gran travesura funcional. No fue difícil mantener el secreto porque formaba parte de la inercia instaladísima en nuestras vidas de contarles a nuestros

padres los problemas una vez resueltos, o nunca. En este caso, eso sí, y ya mutilada, era un poco más difícil definir cuándo se acababa el problema. ¿Cuando me dieran el alta? ¿Cuando pudiera llegar a su puerta en silla de ruedas?, ¿en muletas? ¿Cuando mi muñón cicatrizara por completo y empezara a usar una prótesis? ¿Cuando pudiera camuflarla bajo unos pantalones largos y acampanados y les hiciera una visita casual caminando con total normalidad después de alrededor de un año incomunicada en una casa rural inventada? En la tragicomedia alemana *Good Bye, Lenin!*, un chico decide ocultarle a su madre —que ha estado nueve meses en coma— el colapso del comunismo. Quiere evitarle el soponcio aunque mantener la farsa le suponga muchísimo estrés. Todo sacrificio compensa por proteger la tranquilidad de la madre. La tranquilidad de los cuidadores y los cuidados está inextricablemente unida, es como un círculo de fichas de dominó.

En mi penúltimo día en el hospital, llamé a mis padres por primera vez en más de tres semanas. Le pedí a Ana que saliera de la habitación en la que llevábamos juntas tantos días; sola me iba a ser más fácil sostener un tono ligero y vacacional mientras estaba tumbada en una cama de hospital, drogada, con una pierna cortada, la otra llena de grapas hasta la ingle y un flujo constante de medicamentos corriéndome por las venas. La voz de mi madre brincó en el altavoz como un perro recibiendo a su dueño que vuelve de la guerra, la de mi padre no. En la voz de mi padre había alivio, pero sobre todo irritación y sospecha. «Perdón, perdón, chicos...», «Iba escribiendo a los hermanos cuando salíamos de excursión y pillaba cobertura, como vosotros no manejaís WhatsApp...», «Un paisaje precioso», «El sitio salvaje total, un sueño», «Con Ana y más

amigos», «Vosotros asados en Madrid, claro, pobres...», «Uf, pues a la que vuelva tengo un viaje de trabajo, ya os contaré», «Papiiis, que os quiero mucho. Qué bien oíros por fin. Muchos besitos».

La primera en entrar en la habitación después de esa llamada jovial y horrible fue una auxiliar que me traía un descafeinado y dos galletas. En las semanas anteriores había conseguido no llorar delante del personal sanitario y me había ganado una fama de dura que me enorgullecía.

—¿Qué pasa, hija?

—Que mi madre no sabe nada de *esto* todavía.

La frase salió mojada, pegajosa y a trompicones entre hipo, lágrimas y mocos mientras me agarraba la rodilla vendada y sanguinolenta para que aquella desconocida, que me acababa de llamar «hija» y a la que le estaba contando lo que pasaba de verdad, no tuviera dudas de a qué me estaba refiriendo yo con *esto*. Eso sí, dije «mi madre», no «mis padres». Mi pie derecho al fin y al cabo era algo que había hecho ella; su adorada, perfecta, artesanía. Me atormentaba la tristeza y la culpabilidad de haber roto su última creación, su bebé sorpresa, justo el bebé al que habría producido industrialmente. Ojalá hubiera tenido catorce como yo; el golpe hubiera sido más leve si le hubieran quedado trece intactas. Fui una niña tranquila, una buena estudiante, una adulta en la que se habían podido apoyar, pero había fracasado en la sencilla tarea de mantener mi integridad física. Yo era a la vez el jarrón hecho añicos y la niña culpable que lo esconde detrás de la puerta.

Qué decepción tan grande y tan barroca la que se acercaba.

A mediados de agosto llegó mi alta. Rodé fuera de mi habitación y fui trasladada en ambulancia al aeropuerto de Mallorca. Ana me desplazó en silla de ruedas por toda la terminal hasta el avión y a primera hora de la tarde caí sobre Madrid como una mala noticia. Yo había sido muchas veces la encargada de las recepciones horribles al otro lado de las puertas del hospital, rígida, forzando un tono tranquilo de buena gestora, así que enseguida reconocí la disposición de los dos amigos que me esperaban en la salida con un cartel casero en el que ponía en letras fosforescentes «Lesbiana, roja y coja». David y Franco, homosexuales, casados hacía siete años, tan altos y guapos que siempre llamaban un poco la atención, mucho más saludando a gritos a una chica asimétrica y parcheada de vendajes que se sostenía sobre una sola pierna para abrazarles. Ellos estaban acostumbrados a destacar a primera vista entre la gente normal; yo, un poco menos. La normalidad es una subcultura con reglas demasiado exigentes de la que una puede quedar excluida en cualquier momento. El servicio de asistencia de los aeropuertos, los ascensores, las rampas o las probabilidades de que una silla de ruedas plegable encaje en el maletero de un determinado coche (del coche de tus amigos, por ejemplo) no son asuntos que inquieten demasiado a la gente normal. O quizá la lógica es la inversa: sabes que eres normal cuando cuestiones como estas no te preocupan, no te consumen un ápice de energía. Es habitual acomodarse en ese lugar, porque lo contrario, abrirse a una idea de arbitrariedad constante, es muy cansado. Tener presente que cualquier cosa puede suceder, en un inmenso espectro que va desde la lotería al cáncer de páncreas, nos enfrenta a un desorden demasiado grande.

Ese estado de despreocupación es agradable pero frágil. La línea que separa lo normal de lo anormal es endeble. Primero porque nosotros somos mutables y no dejamos de movernos, y segundo porque la línea tampoco. La mueve lo que está socialmente aceptado y lo que no, se mueve con el tiempo y con los espacios geográficos, a veces un gran número de personas empuja tanto en una dirección que acaba por moverla por voluntad colectiva. No existe un humano en ninguna parte que no esté haciendo equilibrios permanentemente sobre la línea que separa la regularidad de la excepción.

Yo un día tuve un accidente y caí del lado de la discapacidad. No fui capaz de decírselo a mis padres; y no pude volver a mi casa porque mi novia y yo vivíamos en un quinto sin ascensor, así que un par de maricas muy apenados metieron mi silla de ruedas recién estrenada en su maletero y nos llevaron a vivir a casa de mi hermana y su familia.

Ana me explicó en una ocasión que en el mundo premoderno la identidad no importaba demasiado, importaba la función social. No era tan relevante que fueras Martín como que fueras herrero; importaba tu papel en un pueblo, una abadía, un feudo o una fiesta. En el entramado de convivencia de nuestra familia, y ante la vejez y el cansancio de la que originalmente ocupaba el cargo, mis hermanas Belén y Aurora habían cumplido muchas veces la función social de madres. En aquel momento de mi vida, yo necesitaba una que me cuidara, una muchísimo más funcional y resistente que la biológica para compartir con ella toda la información.

La primera vez que me quité las vendas y Belén vio la herida abierta de mi pierna se tuvo que sentar por la conmoción. Ella nunca me lo dijo, me enteré muchos meses después. Me estaba salvando de su propio dolor, me tocaba estar en la parte hacia la que no circulan las inquietudes, la parte que proteger.

La casa de Belén era muy distinta a la que compartíamos de pequeñas: todo funcionaba a la primera y la silla de ruedas cabía por todas las puertas excepto las de los baños. *Baños*, en plural. Era un piso grande y luminoso, lejos del mugriento núcleo urbano de Madrid. Estaba en un municipio de 52.000 habitantes limpio y arbolado. Cuando mi hermana y su marido anunciaron que se marchaban de Madrid a aquel suburbio-criadero con sus hijos pensé que había tirado la toalla, que su vida real había terminado y se había lanzado a un páramo de aburrimiento eterno. Décadas más tarde descubriría que era un lugar perfecto para empezar a sanar si te cortan una pierna. Aquel sitio al que se exilió fue una de las primeras ACTUR (Actuaciones Urbanísticas Urgentes), ciudades planificadas para descongestionar los coágulos urbanos de Madrid y Barcelona. Ana y yo nos mudamos muy poéticamente a un lugar diseñado para aliviar justo en el momento en el que nuestra vida quedó expulsada de los márgenes de lo normal. Ya hemos resuelto que son márgenes turbios e inestables; una puede tener dudas de si está completamente dentro, pero siempre sabe cuándo está fuera.

Una de las primeras personas en pensar y escribir sobre lo normal —o más bien lo normalizado—, en mirarlo con extrañeza desde la experiencia de la discapacidad, fue la profesora, escritora y activista estadounidense Rosemarie Garland-Thomson. En su libro de 1997 *Extraordinary Bodies*, que plantea ideas vigentes hoy día, presenta la

discapacidad como una identidad social percibida como inferior y, por lo tanto, inevitablemente relacionada con otros grupos sociales devaluados: queers, mujeres, personas racializadas... Ella examina la noción de universalidad y de norma que hace que algunos cuerpos sean deseables y productivos y otros descartables. Así, plantea dos vías que corren en paralelo: la narrativa de desviación que rodea a los cuerpos considerados diferentes y la narrativa de universalidad que rodea a los cuerpos que se corresponden con la noción de ordinario y superlativo. La cultura hegemónica, con su eterna inclinación hacia los binarismos, hace el resto del trabajo de evaluación y dictamina: «Este cuerpo es inferior y aquel es superior»; «Este es bello o perfecto y aquel es grotesco o feo». La autora dice que en esta economía de la diferencia visual «los cuerpos considerados inferiores se convierten en espectáculos de alteridad, mientras que los no marcados se refugian en el espacio neutral de la normalidad».[4]

Estoy segura de que Rosemarie hubiera disfrutado muchísimo viéndome entrar en casa de mi hermana, su marido y sus hijos, en una silla de ruedas empujada por mi novia y acompañada de dos maricas que cargaban nuestro equipaje. Una experiencia de campo redonda para su disciplina académica. Los hijos de mi hermana, para mí aún niños, eran tres adultos jóvenes, guapos, altos, deportistas, heterosexuales, socialmente adaptados y felices que, como ella y como yo, habían heredado de su abuela el fuerte imperativo genético de disimular la pena.

Una tarde de verano Ana y yo nos vimos insertadas en medio de la familia heterosexual de clase media acomodada como dos antropólogas explorando una comunidad indígena remota. Nos

refugiamos en el corazón mismo del paradigma: un entorno estructurado, un matrimonio feliz y unos chavales perfectos. ¿Pero cómo iban a saber ellos que eran perfectos si yo no hubiera existido? Según Garland-Thompson, son los elementos disruptores los que definen la norma. El centro, la autoridad, lo corriente no puede existir sin la periferia, lo subordinado y lo extraordinario. En otras palabras: la norma se sostiene sobre nuestros hombros, los de lesbianas, tuertas, obesos, deformes, paralíticos y amputadas. Somos las incompletas y desviadas las que custodiamos los bordes de la regla y la hacemos brillar. Con nuestra existencia también refutamos que el cuerpo pueda ser universalizado; con nuestra inmensa variedad, con la capacidad de camuflaje de algunas de nosotras, no solo definimos el límite de la normalidad, sino que lo cruzamos constantemente haciéndolo vulnerable, poroso, tan sumamente débil que se vuelve absurdo. Cualquier noción de rareza y discapacidad desestabiliza el entorno, lo generalizable se nos cae de las manos con la imagen del paralizado frente a las escaleras, la sorda frente a la radio y el amputado frente a la máquina de escribir; como dice la autora, «son pruebas de que la miríada de estructuras y prácticas de la vida diaria material imponen el estándar cultural de un sujeto universal con un rango estrecho de variación corporal». Ana y yo, solo con nuestra presencia, ampliamos el rango de variación corporal y afectiva de aquel hogar, expulsamos a la familia de mi hermana de la categoría de nuclear y de unas cuantas más.

Nos dejamos caer en nuestra casa de acogida para cicatrizar. A primera vista parecía que ella se sentaba frente a su ordenador y avanzaba en su tesis y que era yo sola la que convalecía, pero solo había que fijarse con detenimiento para comprobar que las dos

compartíamos un temblor después de la conmoción. Aún vibrábamos violentamente como dos varillas metálicas recién golpeadas.

Nuestro nuevo refugio era una casa tan transitada como aquella en la que mi hermana y yo nos habíamos criado, pero lo suficientemente amplia como para, por ejemplo, llorar en privado. De noche, en la cama usurpada a mi sobrino mayor, con la ventana abierta, expuestas al aire de la sierra de Madrid, perdidas en una de los millones de viviendas unifamiliares de la ciudad aliviadero, Ana y yo llorábamos en días alternos. El duelo todavía no estaba a nuestro alcance, era pronto para cerrar el recuento de daños. Llorábamos de susto, llorábamos de alivio por habernos librado de esta. El lado derecho de mi cuerpo terminaba en una herida que debía cerrarse sola por prescripción médica, pero más que una herida eran dos trozos de carne que se iban acercando cada día a un ritmo imperceptible. Mi sistema nervioso desquiciado se sacudía en calambres que me dejaban paralizada, muda; mi futuro era una zona borrosa que intuía por el rabillo del ojo y hacia la que no quería mirar. Pero estaba viva.

Aunque llorábamos muy discretamente de noche, de día nos integrábamos en la actividad de la familia. Igual que mi pierna muerta me alteraba a mí, yo desestabilizaba la casa entera. Los cambios de estatus repentinos respecto a la normalidad tienen un efecto contagioso: mi accidente y mi amputación habían contaminado a todas las personas que me querían. «Lesbiana, roja y coja». En realidad, era un cartel bastante gracioso. La rima se le había ocurrido a mi hermano Ignacio, y David y Franco la habían transcrito para recibirme en un intento de camuflar la compasión y el

nerviosismo que sentían, tarea a la que yo también estaba entregada gran parte del día.

El propósito del cartel era «normalizar». Qué verbo tan interesante. Me pregunto si es posible normalizar de manera activa y a voluntad. Someter la realidad a una terapia de conversión. Desde luego no tardé en comprobar que sí se puede «desnormalizar». Mis amigos habían empezado a reparar en los bordillos, los ascensores y la anchura de las puertas y las aceras, y solo mi existencia había convertido a mi familia en una familia atípica.

Garland-Thompson dedica muchas páginas de *Extraordinary Bodies* a examinar la imagen que la sociedad ha construido alrededor de la discapacidad. Su propósito es desnaturalizar el papel marginal de los cuerpos tullidos, monstruosos, mutilados, incorporar la discapacidad a la conversación sobre raza, género u orientación sexual, porque como los de las maricas, negras y mujeres, nuestros cuerpos han sido expulsados de la norma de manera artificial. Han sido «desnormalizados», han sido estigmatizados. La estigmatización es el gesto pequeño pero decisivo que le arranca de golpe a alguien la etiqueta de «distinto» y le coloca la marca indeleble de «desviado», y se ejerce desde fuera del cuerpo estigmatizado.

Sé muy bien que este es un gesto forzado y externo porque lo noté sobre mi propio cuerpo una vez traspasada la frontera del alta, cuando empecé a exponerme a los demás. Rodando por las anchas aceras de aquella apacible incubadora residencial, por sus centros comerciales, por las salas de espera de su ambulatorio, la mirada de los demás empezó a devolverme la imagen de una persona a la que no terminaba de reconocer. La reacción natural en ese momento fue tratar de corregir el reflejo distorsionado que me devolvía el mundo.

Según Garland-Thompson, «para garantizarse el estatus de humanos completos ante la “gente normal”», las personas con discapacidad deben aprender a manejar sus relaciones desde el principio. En otras palabras, las personas con discapacidad deben usar «el encanto, la intimidación, el ardor, la deferencia, el humor o el entretenimiento para aliviar a las capacitadas de su incomodidad».[5]

Me lancé al intento desesperado de normalizar lo imposible con muchos trucos agotadores. Hacía ejercicio todos los días sobre una esterilla, animaba con cotilleos y chistes las conversaciones de las visitas de amigas preocupadas que se sucedían en casa, me ofrecía a echar una mano en la cocina —freír pollo, cortar zanahorias, cargar el lavavajillas, planchar— sobre una sola pierna, con las corvas encajadas en el borde de la silla de ruedas para tener un lugar seguro en el que desplomarme si llegaba el caso. A veces un pequeño sobresalto, una lancha a toda velocidad en una película o el ruido de la batidora me lanzaban de un puntapié al estado de terror absoluto; el pánico en términos de estrés postraumático transforma el cuerpo blando y flexible en un sarcófago hermético de paredes de piedra, dentro del que la persona a punto de quedarse sin aire da puñetazos y patadas. De todos mis trucos de normalización este era el más sofisticado: fingir que no tenía miedo para no disparar el miedo de mi entorno.

Los cuerpos desviados, sobre todo los discapacitados, son —somos— un repositorio de ansiedad social, un cuento de terror con moraleja. Para mi entorno inmediato yo era un timbre de alarma viviente; para quienes sencillamente se cruzaban conmigo por la calle, cumplía la misma función que las fotos de pulmones grises y encías podridas de las cajetillas de tabaco: la de advertencia.

Con el alta hospitalaria llegaron muchas miradas externas, pero continuó la ceguera de mis padres. Podía explicarles que no era normal, ya lo había hecho antes. Lo que no podía explicarles es que había fracasado en la sencillísima tarea de mantenerme entera.

4. El fantasma

El cuerpo es un alma libre.

Mensaje directo de la poeta PERLA

ZÚÑIGA tres días antes de morir

—¿Todavía lo sientes?

No dejan de hacerme esta pregunta, la escucho incluso más que la desvergonzadamente perversa «pero ¿cómo fue el accidente?». Se llama miembro fantasma a la sensación de que el miembro desaparecido sigue ahí. Este encantamiento es el tema que más le interesa a mi entorno afectivo y clínico. Nunca antes había tenido un entorno clínico, no lo recomiendo. La relación que se establece con un médico es siempre vertical; si son varios, actúan como una maraña de jefes muy quemados que dan órdenes contradictorias y cuyos subordinados son los huesos, las venas y los marcadores infecciosos, nunca la persona completa —la persona incompleta en este caso—. Me trataban profesionales de varias disciplinas, mi cuerpo se había convertido en un espacio de trabajo multidisciplinar; mi cuerpo, que había sido hasta hace muy poco parque de atracciones, área de descanso, máquina procesadora del mundo y medio de locomoción jubiloso sobre toda clase de superficies repartidas por el planeta, ahora era un problema que resolver por

cirujanos vasculares, enfermeras, fisioterapeutas, rehabilitadoras, neurólogas, médicos de familia y psicólogas. Y todos estos científicos querían hablar de fantasmas.

Una de las primeras explicaciones acerca del miembro fantasma que recibí sin solicitarla fue que la extremidad perdida se siente porque los nervios se han habituado a transportar dolor. Los fantasmas están casi siempre vinculados al sufrimiento. Cuando los intentos de salvar la mano o la pierna se han alargado porque el deterioro ha sido vertiginoso, la analgesia insuficiente, el osteosarcoma feroz, el rescate demasiado lento o la infección insistente, el sufrimiento acumulado reverbera en el tiempo. Es un mecanismo parecido al del rencor entre antiguos camaradas, entre antiguos amantes, o a las heridas que dejan los genocidios y las invasiones entre los pueblos. El surco del tormento es muy difícil de borrar en todos los contextos. Esta es una de las muchas cosas en las que el cuerpo se parece a sistemas más grandes: tanto en los episodios traumáticos de la Historia como en los del organismo, el nervio que ha dolido demasiado, mensajero obstinado que se niega a jubilarse, solo se acuerda de doler.

Mi novia, Ana, es de las pocas personas que después del accidente nunca me preguntó si seguía sintiendo la media pierna perdida, pero no porque no la considerase una difunta legítima. No me lo preguntó porque no me tenía que preguntar casi nada. Pasábamos todo el día juntas y teníamos ritmos acompasados, hablábamos en plural de nuestra lenta cicatrización, de las transfusiones y del accidente. Intuíamos que el duelo no había llegado, que la euforia de haber sentido el peligro tan cerca y haber salvado la vida se prolongaría aún un par de meses. Estábamos siempre alerta, nos sobresaltaba

todo hasta la taquicardia y el llanto, estábamos blandas y siempre apretadas la una contra la otra, como cachorros abandonados en una caja de cartón húmeda. A primera vista parecíamos las mismas, un poco más flacas y sensibles a los ruidos, pero nos habíamos reconfigurado, nos habíamos sincronizado. Las estancias prolongadas en hospitales producen este efecto en los vínculos, la alquimia extrema del hospital hace que los acompañantes de larga duración rocen la telepatía. Nos confundimos en un plural superviviente. Estábamos de acuerdo sin apenas negociación, como los protagonistas siempre aturdidos de las películas de fantasmas, pero a diferencia de ellos no nos separábamos, sabíamos que esa era la manera más segura de recorrer la sucesión de habitaciones en penumbra en la que se había convertido el día a día. Era difícil penetrar en esa asociación que habíamos formado desde el accidente y por eso no nos molestaba demasiado la curiosidad de los demás. Al fin y al cabo, quizá la sospecha generalizada era que yo traía la información más cercana posible sobre la vida después de la muerte.

El miembro fantasma es un espectro que recorre el propio cuerpo como si fuera una casa encantada. También hay espectros inocentes que no quieren atormentar a los vivos, solo se resisten a desaparecer. En algunos casos, la extremidad perdida no pica ni arde, sencillamente está ahí. Por eso hay amputados que se levantan de la cama en medio de la noche sin su prótesis y se estampan contra el suelo. En el estado fronterizo entre el sueño y la vigilia es más fácil que los muertos se cuelen en el plano de

existencia de los vivos. La sensación es tan real que olvidan su mutilación.

Esto lo supe, como casi todo en las primeras semanas, fuera del hospital y gracias a Arancha.

Siempre nos veíamos al final de su jornada laboral. Su clínica está en una calle estrecha y muy transitada donde el tráfico quedaba bloqueado mientras Ana sacaba la silla de ruedas plegable del maletero y yo me bajaba del taxi con las muletas, intentando que mi muñón vendado, todavía cicatrizando, no rozase nada. Cada actividad en el exterior era aparatosa y lenta, iba además acompañada de un flujo de pensamientos e imágenes sobre todo lo que podría salir mal. El accidente abrió las compuertas a un riquísimo mundo de fantasías catastrofistas con el que Ana y yo convivíamos desde aquel día. Si llegaba a la camilla de Arancha y a todas partes sin aliento era porque estaba viviendo a la vez una vida real repleta de gestiones nuevas y otra imaginaria repleta de resbalones, caídas sobre el muñón en carne viva, infecciones, mensajes de ultratumba. Me tranquilizaba ser la última paciente de la tarde, saber que quizá era la séptima u octava persona que se tumbaba en esa camilla con las mismas preocupaciones. Siempre me ha calmado saberme parte de un grupo humano, de un patrón. También me sosegaba la alegría de Arancha. Con el tiempo y las visitas a su clínica, iría aprendiendo que solo la enturbiaba el llanto de sus pacientes infantiles. A uno de ellos, que no llegaba a los dos años, le encantaban los tiburones, así que dedicó tiempo a buscar uno de peluche para animarle a levantarse sobre sus prótesis. Solo encontró un delfín. Yo la imaginaba peregrinando de bazar en bazar en busca del tiburón, pero sobre todo la imaginaba planeándolo. Las

sesiones con sus pacientes siempre estaban en curso en su cabeza. Ella también vivía varias vidas paralelas a la vez.

Arancha es rubia y fibrosa, un poco mayor que yo. Llevaba veinte años tratando a amputadas y amputados, que acudían desde todas partes a su clínica. Siempre colocaba su pierna doblada sobre la camilla, creando un soporte perfectamente ergonómico para lo que quedaba de la mía, y la tocaba con suavidad, evitando las partes que todavía eran heridas abiertas. En su consulta, estábamos rodeadas de fotos gigantes de sus pacientes, y en cada sesión olvidaba que ya me había contado quienes eran, como una madre orgullosa repasando el álbum de fotos, y volvía a hacerlo: a esta le encanta la bachata, aquel tuvo meningitis, lo de ella fue una bacteria, es campeón de España de *snowboard*, tiro con arco, esquí adaptado... Arancha ejercía de sanadora y de relaciones públicas entre la gente hecha trozos, aquel era un *networking* extraño pero útil. Yo le prestaba atención y le hacía preguntas nuevas —o las mismas preguntas— solo porque necesitaba escuchar sus respuestas una vez más. Su masaje iba destensando también mis fantasías calamitosas. Arancha toqueteaba el nuevo final de mi cuerpo, no se alarmaba, no le asqueaba; su actitud rutinaria era un bálsamo, yo leía en sus gestos que no notaba nada fuera de lo normal dentro de su pequeño reino de la anormalidad. Su hija de nueve años hacía los deberes cada día en la planta de arriba y bajaba a veces con el uniforme del colegio sudado y las gafas en equilibrio en la punta de la nariz, detenía la mirada en mis uñas acrílicas con apliques dorados, preguntaba a su madre qué había para cenar y volvía a subir las escaleras como una ciervita hambrienta.

—Cuando llega alguien nuevo me pregunta qué le falta. Para ella es extraño ver a gente con las cuatro extremidades por aquí.

El día que llegué a su clínica, Arancha me presentó a un chico que se refería a su pierna de carne y hueso como «la mala».

—La biónica funciona mejor y me da menos problemas —me dijo.

Por primera vez, durante los minutos en su compañía, no le tuve miedo al futuro. Le había caído un ascensor encima con veintiocho años.

Atropellos, diabetes, tumores, meningitis y bacterias devoradoras: la historia de cada cuerpo incompleto es distinta, pero, como en todas las comunidades, hay protocolos que se repiten. Uno de ellos es la pregunta «¿A ti qué te pasó?». De puertas hacia fuera de la clínica esas palabras serían un dedo ponzoñoso en la herida, pero allí dentro eran casi una cuestión de cortesía.

A H. un chalado la trituyó con su coche contra una verja a los veinticuatro años. H. era altísima, guapísima, parecía sacada de una de esas series de adolescentes bellos y a la deriva sobre las que luego se escriben muchos artículos alarmantes de análisis generacional. Estuvo hospitalizada tres meses en un duermevela de entradas y salidas de la UCI, en una nebulosa de cirugías, sedaciones y despertares parciales. La de H. es una de las respuestas más largas al «¿A ti qué te pasó?» que me encontré en este recinto, y me expuse a ella con compasión y vértigo.

Me asomé a la sima de lo que le pasó a H.

Con el trajín de las operaciones, a alguno de aquellos atareados mecánicos del cuerpo se le pasó el detalle de buscar un momento de

lucidez de la paciente para hablar con ella. Estaría la cirujana vascular tan concentrada en su pierna que se le olvidó que estaba pegada a una persona. La profesión médica tiene muy normalizado el despiece. Como resultado de ese descuido, H. se despertó de la anestesia y se encontró «así». «Así», me lo dijo con un puchero y respondí con un puchero perfectamente simétrico. Cuando coincidíamos en la clínica a veces yo estaba en la camilla y ella en la silla a mi lado, y a veces era al revés. El día que me contó lo que le había pasado ella estaba tumbada y yo acerqué mi silla de ruedas a su costado. Solo quería tomarle la mano como a una niña, pero aún no teníamos tanta confianza. Las dos salimos del puchero a la vez. Me dijo que cuando miró su cuerpo medio cubierto por las sábanas se puso a chillar y tuvieron que dejar pasar a su madre a la habitación. Estaba sola, nadie pensó en que quizá aquella era una buena excusa para hacer una excepción a la regla de no permitir acompañantes en las salas de reanimación. En una inversión siniestra, H. no despertó de la pesadilla, sino que despertó hacia ella. El horror estaba en la vigilia. Nadie la había avisado de que iban a cortarle una pierna.

H. y yo compartíamos algunas miserias cotidianas. Conservábamos, por ejemplo, el impulso de levantarnos cuando sonaba el timbre de casa. Nuestros cuerpos eran como perros que tienen que olvidar años de adiestramiento. También tomábamos la misma dosis de medicación para aliviar el dolor neuropático. A ella la adormilaba y le acolchaba las emociones, «me da igual todo», decía; pero a mí no me hacía nada. La Pregabalina es un gabapentinoide que actúa sobre el sistema nervioso atontándolo para lo bueno y para lo malo, reduce la excitabilidad de las células nerviosas. Se

supone que también debilita la presencia del fantasma. A H. la pierna izquierda se le aparecía retorcida, tenía la sensación de que el tobillo desaparecido estaba en una posición imposible.

Este es el truco más viejo de los fantasmas: manifestarse como una versión grotesca de lo que eran en vida. En las películas de terror clásico es fundamental que los muertos lo parezcan. Freddy Krueger, el asesino que embruja los sueños de un grupo de chicos y chicas, tiene la cara derretida; la niña ahogada de *The Ring* siempre está húmeda y grisácea, se mueve de manera antinatural, como una araña gigante; el hombre torcido de *The Conjuring* está así, torcido; los muertos del Hotel Overlook de *El resplandor* se encuentran en una horquilla de apariencia sobrenatural que va desde la sutil palidez de las niñas gemelas hasta la descomposición radical de la anciana de la bañera. Es cierto que hay propuestas innovadoras en las que los fantasmas son indistinguibles de los vivos, incluso atractivos, pizpiretos, y van por ahí sin saber que son fantasmas, pero estas son solo excepciones. El cometido tradicional del fantasma es el de atormentar, y para eso ayuda ser horripilante. Ser una presencia tumefacta, retorcida y dolorosa que estorba muchísimo en nuestro plano de realidad.

Arancha era generosa con su tiempo, las sesiones siempre duraban un poco más de lo que debían. Yo la exprimía, porque, a diferencia del resto de sanitarios con los que había tratado —la mayoría parcos, hartos, irritables—, ella disfrutaba hablándome de las razones científicas tras las extrañas vidas de sus pacientes. Me contó que el cerebro de algunas personas que han sufrido un

accidente traumático no solo registra el dolor, sino también la posición exacta del miembro en el momento del suceso, como si la mente hiciera una fotografía sensorial del desastre.

—Hay pacientes que me han dicho, por ejemplo, que notan el brazo doblado detrás de la espalda o la pierna atrapada en una posición concreta. Esa sensación se mantiene fija en su percepción.

La niña de *The Ring*, eternamente empapada, atrapada en el instante en el que se ahogó en el pozo. La forma del miembro fantasma también cambia en la percepción. Si a veces se siente más corto o desmesuradamente estirado es porque el cerebro está intentando reorganizar la imagen del cuerpo tras la pérdida, y ese proceso no siempre es perfecto. Arancha me masajeaba y me hablaba, me trataba de obra y palabra.

—Algunos cuentan que sienten cómo el miembro atraviesa la cama, el suelo o flota en el aire, separado del cuerpo. Aunque suene extraño, es una experiencia muy real para quien la vive.

Lo que marca la diferencia entre los contactos con el más allá de los amputados y los de los médiums es que los primeros son plenamente reales, suceden en el cuerpo. Porque el cerebro es cuerpo. Las distorsiones no son imaginarias, sino una reinterpretación del cerebro en su proceso de adaptarse, defenderse e intentar entender un cuerpo que ya no es el mismo.

Otra molesta costumbre de los fantasmas es la de interrumpir el sueño de los vivos. Envidiaba el entumecimiento que los mismos miligramos de Pregabalina producían en el sistema de H. y no en el mío. Yo también quería una existencia acolchadita, quería superar rápido y alelada la transición entre estar muy acostumbrada a ser una persona entera y estar muy acostumbrada a no serlo. Llegaba al

final del día agotada a fuerza de resistirme a abandonar lo obligatorio. Me duchaba, sorteaba la puerta del ascensor con la silla de ruedas, me lavaba los dientes sobre una sola pierna y me servía vasos de agua en equilibrio mientras el peso de la tristeza, el terror, el duelo y los gestos de dolor contenidos actuaban como uno de esos lastres que los deportistas se atan al cuerpo para entrenar, como el mal de altura que oprime los pulmones de los turistas en Perú. Con un movimiento de brazos cada noche pasaba mi cuerpo, consumido de hacerlo todo y a la vez temerlo todo, de la silla de ruedas a la cama, y pensaba: «Ojalá hoy no». Pero siempre resultaba que sí. Cuando por fin podía descansar, justo cuando estaba a punto de quedarme dormida, mi herida empezaba a enviar descargas, un hormigueo que crecía hasta convertirse en un latigazo, a veces tan fuerte que me retorció como un ratoncito de laboratorio electrocutado, atónita por que mi cuerpo pudiera generar una tormenta eléctrica de la nada y por que lo hiciera siempre justo en el momento en el que necesitaba apagar el sistema.

—Imagina una feria. Imagina El Real de la Feria de Sevilla con sus cientos de miles de bombillitas e imagina un pequeño cortocircuito detrás de una caseta, por ejemplo. Ese cortocircuito pasa desapercibido cuando las luces están encendidas, pero en la madrugada, cuando todo está apagado, cuando el cerebro no recibe estímulos, es cuando se ve la chispa del cable pelado.

Su tiene mucho talento para las metáforas. Es neuróloga, dice que los neurólogos quizá sean los médicos más humanistas, los más cercanos a comprender el sistema como un todo, porque su área de estudio es el cerebro, el eje central de lo demás. La conocí antes de la amputación, en el bar del teatro en el que yo actuaba por aquel

entonces. Formaba parte de un círculo ampliado que incluía a amigas, amantes y examantes de mis amigas, todas siempre en alegre o tormentosa rotación de relaciones. Cuando empecé a no dormir por los chispazos y a tener una crisis de fe por culpa de la medicación que les hacía efecto a otras amputadas pero no a mí, acudió al rescate para contarme que los nervios cortados no se apagan simplemente, sino que siguen buscando el miembro perdido. Los calambres que Su describía como un cortocircuito en un gran panel de bombillas yo los percibía más bien como un nombre gritado mil veces en la noche al que nadie iba a responder nunca más.

—Su, dime una cosa, ¿por qué tus colegas de todas las disciplinas me preguntan tanto por lo que siento en el pie perdido?

—Porque es como si estuvieras ante una ventana hacia el misterio de la conciencia corporal.

Me explicó con paciencia que nuestro cuerpo es una maquinita autoconsciente que se chequea a sí misma todo el tiempo. Antigualmente, los médicos pensaban que las sensaciones en la extremidad ausente provenían de los nervios irritados por el corte, pero hoy día sabemos que la historia es mucho más compleja y que implica múltiples niveles del sistema nervioso.

Nuestro cerebro mantiene un mapa detallado de todo nuestro cuerpo, y cuando una extremidad se pierde, ese mapa no se borra ni se reconfigura de forma automática. Es como si mentalmente siempre nos estuviéramos mirando en un espejo, solo que no es el espejo de un probador, sino uno de parque de atracciones, un espejo de feria. Lo que nos devuelve la autopercepción es una imagen deformada en la que el tamaño de las partes del cuerpo es proporcional a su importancia a nivel motor o sensorial. Las manos,

los genitales o la boca ocupan un espacio diferente en la corteza cerebral, dependiendo de lo sensibles que sean y de lo complejos que resulten sus movimientos. A este mapa cerebral de la mujercita que soy yo los científicos lo llaman homúnculo de Penfield y está cómicamente mal proporcionado: tiene unas manos gigantescas y un tronco diminuto, una boca abultadísima de la que sobresale una lengua gruesa como un filete y ojos saltones. Yo, la real, tengo el pelo castaño, ondulado, recio como un jabalí y abundantísimo, es mi seña de identidad, ella es calva, resulta que no hay nada reseñable a nivel sensorial ni motor que mi preciosa melena pueda aportar. Si pasara una trenza de mi pelo sobre el lomo de mi gato, mi cerebro no recibiría ninguna información, y por eso no se refleja en este espejo mental. En cambio, solo con el roce de mis dedos, los *inputs* de temperatura, movimiento, suavidad y hasta estado de ánimo del animal saltarían como palomitas en mi cerebro.

En un largo intercambio de mensajes, Su me acompañó a hacer un recorrido desde el nervio cortado hasta la presencia fantasmagórica del pie.

—Las sensaciones van desde los nervios hasta la médula espinal, por donde tienen que ascender hasta la corteza vía tálamo. Ahí es donde van a ser procesadas y moduladas. Sin embargo, cuando se pierden las señales normales de esa mano o de ese pie amputado, la médula espinal se reconfigura, se da una plasticidad problemática, maladaptativa. Las neuronas que antes recibían una información equilibrada del miembro ahora solo van a recibir señales distorsionadas.

La siguiente parada es el tálamo, que controla la sensibilidad y actúa como una estación de relevo entre la médula espinal y la

corteza parietal. Cuando las señales normales de una parte del cuerpo desaparecen, esas neuronas no se quedan pasivas, empiezan a reorganizarse y pueden generar actividad por sí mismas, pueden fabricar de forma autónoma las sensaciones de presencia y dolor.

Mi parte favorita de toda historia sobrenatural es el momento en el que se revela la explicación: alguien pronunció un conjuro, hizo una invocación, manejó irresponsablemente una ouija o plantó los cimientos de su mansión sobre un cementerio indio y despertó fuerzas y presencias que no habían abandonado este mundo en paz. Si el razonamiento está bien apuntalado, si resulta creíble dentro de la lógica de la historia, experimento muchísimo placer. La ciencia neurológica me regala un cierre sin cabos sueltos para explicar los espectros del cuerpo. El recorrido acaba en la corteza somatosensorial, las áreas S1 y S2, el lugar en el que todo cobra sentido, donde el cerebro es capaz de sentir nuestro propio cuerpo en conjunto de una manera ordenada. Aquí está el homúnculo de Penfield —la mujercita en mi caso—, en este lugar de la conciencia es donde siempre nos estamos mirando al espejo engañoso que, incluso después de la mutilación, nos devuelve una imagen completa hecha de impulsos nerviosos.

Su no dijo que las neurólogas sean las médicas más humanistas solo porque el cerebro sea el centro de control del resto del cuerpo, sino también porque en su campo el dolor es más esquivo, juega más sucio que en otros. El dolor nervioso puede ser refractario a los medicamentos, persistente, insoportable. Y la neurología existe para aliviar el dolor. Un tormento creado por el propio sistema nervioso centrado en un espacio vacío es difícil de asumir.

Según ChatGPT, la sensación de miembro fantasma es «un fenómeno complejo que subraya la increíble capacidad de adaptación y reorganización del cerebro humano». Los chats de inteligencia artificial generativa se están volviendo más imbéciles a medida que aumenta el número de gente que los usa. Teniendo en cuenta que solo son un mecanismo que va poniendo una palabra detrás de otra atendiendo a la probabilidad, su idiotez revela todo de nosotros a nivel estadístico. La IA no solo es el camino más corto para llegar a ciertos datos enrevesados, sino para averiguar cuál es la mirada normalizada, la opinión más extendida. Ayuda a entender las cosas tamizadas por la bruma gris de las oficinas, los gimnasios, los libros de autoayuda, los ciclos estandarizados de la vida heterosexual. La IA es el interlocutor más aburrido, racista, perezoso y pelota al que se puede acceder, pero es útil cuando se pretende llegar a un auditorio amplio. Su respuesta sobre el síndrome del miembro fantasma ya no es que esté edulcorada, sino que es una mentira escandalosa.

De las largas conversaciones con Arancha, con Su y con mis compañeros y compañeras salía convencida de que este no es «un fenómeno complejo que subraya la increíble capacidad de adaptación y reorganización del cerebro humano», sino uno que subraya la tortuosa y romántica capacidad de estancamiento y nostalgia del cerebro humano. ¿De qué otra manera se puede explicar el empecinamiento por revivir una presencia que ya no está?

En las historias de terror, hacia la mitad, incluso si finalmente acaban mal, suele aparecer alguien que intenta solucionarlo todo: una médium, un exorcista, un matrimonio de beatos con aparatos detectores de ectoplasmas. En esta pesadilla que es la vivencia

temprana de las amputadas, como me anticipaba Su, aparece la medicina.

«Tryptizol, Zymbalta, Neurontin y unos parchecitos de morfina» fue la brigada de cazafantasmas con la que un joven paciente de Arancha se fue del hospital. Diecinueve días después de su accidente decidieron amputarle por encima de la rodilla. Cuando salió de la anestesia general gritó de dolor por primera vez: sentía con absoluta nitidez el gemelo cosido en el glúteo, toda la pierna doblada de manera imposible hacia atrás. Consiguieron aliviarle con anestesia epidural y un dispositivo que liberaba morfina, pero no lograron hacer desaparecer aquella presencia infernal.

—A veces sentía un bicho subirme por el gemelo. Me caía al suelo, porque cuando perdía el equilibrio intentaba apoyarme en el pie perdido. Mis amigos se reían cuando me rascaba con urgencia en un lugar en el que no había nada.

El Tryptizol, el Zymbalta, el Neurontin y los parchecitos de morfina no son los héroes de la batalla que se da en la mansión embrujada del cuerpo amputado. La catarsis final siempre tiene como protagonistas a los atormentados, los que sintieron el fantasma desde un principio. El chico me contó que se había acostumbrado a meditar, que se concentraba en las letras de su cantante favorito para domar el horror hasta que acabó conviviendo solo con un hormigueo en la planta del pie que flotaba en el espacio.

Siempre me han parecido despiadados esos finales de película en los que un pequeño detalle deja la historia abierta para una segunda o una tercera parte. La familia disfruta en el jardín, los niños se mecen en un columpio empujado por los padres, todos ríen, la adolescente sensitiva a la que perseguía el rostro putrefacto de una

muerta decimonónica ha recuperado el color, ya no tiene la mirada perdida, ha dejado atrás sus noches de gritos. En primer plano, y solo para los ojos de los espectadores, una puerta se cierra de golpe. No hay viento. El espectro nunca descansa, es imposible zafarlo del todo. En estos casos solo queda la convivencia forzada; al fin y al cabo, no todos los fantasmas son malvados y no todos están vinculados al sufrimiento. Una larga tradición narrativa que va de *Pedro Páramo* a *Bitelchús*, pasando por *La casa de los espíritus* y *El sexto sentido*, muestra a vivos y muertos mezclándose en armonía y sin miedo.

En la mayoría de ocasiones, el dolor intenso de un miembro fantasma acaba desapareciendo o convirtiéndose en ocasional, aunque la presencia persista.

En aquellos primeros días extraños, me tumbaba en su camilla, escuchaba a mis compañeros de duelo y la observaba a ella, que guardaba en su sistema todas nuestras historias de terror. Trataba con cuidado el vacío que había más allá de mi rodilla derecha, jamás se sentaba de golpe en la camilla justo ahí: sabía que era un espacio liminal, místico, reservado a los particulares espectros de sus pacientes. Todos habíamos llegado allí con nuestras sensaciones inexplicables, en estado de viudedad, de orfandad, con cerebros aferrados a una versión anterior de nuestros cuerpos y fantasmas que arrastraban sus cadenas por el sistema nervioso.

—Una de mis pacientes cuenta con los dedos de la mano perdida.

Arancha prefería las historias en las que difuntos y vivos se relacionaban con naturalidad. Pueden ser un poco cursis, pero a veces era hermoso dejarse llevar por la idea reconfortante de que nada se pierde para siempre.

5. La fama

En general preferimos creer que somos los sujetos activos de nuestras victorias pero solo los objetos pasivos de nuestras derrotas. Triunfamos, pero no somos nosotros quienes fracasamos: nos arruinan unas fuerzas que están fuera de nuestro control.

HERNAN DÍAZ, *Fortuna*

¿Qué preferirías: no poder salir nunca de España o no poder entrar nunca en España? ¿Qué preferirías: pillar a tus padres follando o que tus padres te pillaran follando a ti? ¿Qué preferirías: el reconocimiento público por un trabajo que sabes que es mediocre o pasar desapercibida con un trabajo del que te sientes orgullosa? ¿Darías una parte del cuerpo a cambio de dinero? ¿De cuánto dinero? ¿Y a cambio de éxito? ¿Qué parte? El éxito, claro, sería proporcional a la importancia de la extremidad u órgano. Digamos que, siendo escritora, por un meñique venderías diez mil ejemplares; por entregar el útero a partir de los cincuenta años, seis mil como mucho. Ya sé que es relativo, pero te conozco y te conoces. ¿La mano derecha por ser Rosalía? ¿Una mano y un pie por ser Margaret Atwood? ¿La pierna derecha? ¿Y el pie derecho? Sí, conservarías la

rodilla. No, no sabes cuánto te va a doler. Tienes que hacer el trato sin tener esta información.

Como muchos niños, mis amigas de Almería y yo nos entregábamos a estos dilemas durante las tardes de playa. Nos hacíamos elegir las unas a las otras entre dos escenarios casi igualmente horribles o nos tentábamos con grandes premios a cambio de sacrificios descabellados. Este es un pasatiempo común entre personas de todas las edades, también una especie de ensayo para las conversaciones con dios, con el dios que sea, que suelen estar centradas en intercambiar dolor y privación por curación o buenas notas. Por mucho que sepamos racionalmente que no existe un mercado kármico en el que el sacrificio pueda comprar perdón ni en el que la privación de placer lleve al éxito, imaginarse a una misma atormentada por esas transacciones es un *hobby* irresistible.

Se trata de un juego moral antiguo: se llama casuística; los jesuitas barrocos eran muy aficionados y sus dilemas, de los más enrevesados. Disfrutaban de esta especie de gimnasia ética que, según ellos, entrenaba la moral para navegar bien las encrucijadas de la vida y conocerse a uno mismo. La pérdida de una parte del cuerpo siempre aparecía en el menú, era una de las opciones en nuestros juegos de infancia. Frente a ella, colocábamos la vida de un familiar, una montaña de dinero, años extra de vida, un romance o la fama. No recuerdo qué respondía, no recuerdo el valor que le daba a mi pie derecho en los intercambios imaginarios, pero mi vida adulta estaba llena de casualidades afortunadas, primero de pequeñas apuestas que habían salido bien y después de grandes apuestas que también habían salido bien.

Echando la vista atrás, desde el insomnio de los calambres nocturnos y la cicatrización eterna, la atención pública que había despertado mi trabajo en los últimos años se revelaba como una compensación por un trato antiguo que olvidé haber firmado. En el mar, cuando menos me lo esperaba, el destino había venido a reclamar su prenda, como hacen los duendecillos con los bebés en los cuentos de hadas macabros.

Con la mañana se disipaba el pensamiento mágico. La vida volvía a presentarse arbitraria y libre de contratos con la suerte. Afortunadamente —y en contra de lo que dicen gurús del *fitness*, las bitcoins, la mística positiva y la manifestación de los deseos—, solo somos responsables de una pequeña parte de lo que nos sucede; del resto se ocupa el determinismo social o el caos. Que llegada a ese punto de mi vida yo hubiera conseguido vivir de escribir en medios de comunicación y hablar en vídeos de internet o salas de teatro no tenía nada que ver con que me hubieran cortado una pierna.

Ana y yo estábamos escondidas en casa de mi hermana, habían pasado ya varios días de nuestro regreso de Mallorca. La jornada se me iba en explorar ángulos y posturas, en probar y errar hasta automatizar movimientos nuevos para manejar la silla de ruedas en rincones estrechos o para pasar a otras superficies: los sofás, mi cama, las sillas de la cocina, la esterilla de yoga en la que me entregaba a sesiones maníacas de abdominales y pesas —con el objetivo de fabricar endorfinas y reclamar el cuerpo de vuelta.

También había muchas visitas, casi diarias. La gente era la de siempre, pero la pátina de costumbre de nuestras relaciones había desaparecido de repente. Los encuentros eran tan impredecibles y descarnados como si todos estuviéramos participando en la primera edición de un *reality* cuyas normas desconocíamos. I. y yo nos fumamos un cigarro en la ventana de la cocina una tarde. Ella acababa de volver de sus vacaciones, se había ido sola a Vietnam y había vuelto harta de tener conversaciones de ascensor con españoles y británicos en lanchas turísticas bajo la lluvia. Había resuelto los trámites burocráticos de mi baja y me lo contó todo hablando como una metralleta. En el momento en el que paró de hablar las dos nos pusimos a llorar sincronizadamente y casi de inmediato a reír por lo feas que estábamos. Los cigarros se nos consumieron entre los dedos y nos quemaron también a la vez. V. y G. trajeron el ¡*Hola!*!, pasteles caros y un vergel de cotilleos sucios que extendieron sobre la mesita del salón. S. avisó a todo el mundo de que iría a vernos en su coche; se le unieron L. y J. A. Dimos un paseo los cuatro, ellos a pie y yo siendo empujada en la silla de ruedas. Atravesando una zona ajardinada en la que correteaban las familias de las urbanizaciones cercanas, J. A. contó que los organizadores de una fiesta de sexo multitudinario entre hombres le habían afeado un comentario político en el grupo de WhatsApp.

—Qué falta de compromiso con el mundo tienen. Es que se me quitan las ganas de follármelos, os lo juro.

Me quejé de los médicos con E. porque sabía que se lo habían hecho pasar mal durante su proceso de transición, siendo casi una niña. En su caso, también acostumbraban a hacer comentarios como si ella no estuviera en la habitación. Hablé con rabia mientras ella

asentía como una viejecita desengañada de todo. A. trajo el vestuario sobrante de un corto que había grabado con bailaoras de flamenco, y me lo probé todo en la habitación de mi hermana, haciendo equilibrios sobre la pierna restante, contenta, patosa. Ella soltó un puchero al verme las cicatrices frescas y las costillas marcadas.

El contacto con los demás me dejaba aturdida, me agotaba al tratar de explicarles la existencia en el nuevo cuerpo. Ellos y ellas también se habían convertido en versiones distintas tras la exposición al desastre: algunas sacaban una templanza desconocida ante la burocracia para ayudarme, otras levantaban la silla de ruedas a pulso escaleras arriba con unos brazos que durante años me habían parecido frágiles como ramitas. Mi pequeño círculo íntimo respiraba un aire lisérgico de transformación que irradiaba desde nuestra casa provisional en el suburbio.

A veces escuchaba a mi cuñado preguntarle a mi hermana en otra habitación «¿Viene hoy alguien a ver a *las niñas*?». «¿Han comido ya *las niñas*?». «¿Están en su habitación *las niñas*?». Nunca me había gustado que me infantilizaran, ni siquiera en la infancia, pero en aquel momento, las palabras *las niñas* formaban un iglú acolchado de pieles en el que Ana y yo nos acurrucábamos en medio de una ventisca que duraba ya dos meses. Nosotras solo éramos *las niñas*, el núcleo dañado de una estructura humana muy atareada que también tenía algo de sociedad secreta.

Madrid es como una charca con muchos peces y poca agua, la información se transmite por el puro contacto de los cuerpos

resbaladizos. El círculo cercano que participaba de la rotación de visitas o que sabía del accidente trataba la información con cautela, pero a mediados de agosto, durante las Fiestas de la Paloma, con las calles de la ciudad embotadas de gente sudorosa y borracha, el roce había sido intenso. La noticia, más que volar, había sido transpirada por algunos individuos y absorbida por otros. Empezaron a llegar los mensajes y las llamadas y me di cuenta de que me había convertido en una de esas historias espeluznantes que congelan una tarde de cervezas en una terraza.

El aguafiestas cuenta que esa chica de Instagram que hace pódcast, esa a la que vieron en el teatro hace tres o cuatro años, ha tenido un accidente jodido, de moto, de barco... No lo sabe bien, no fue en Madrid.

¿Qué chica?

El aguafiestas, aplicado, googlea.

Salgo ahí repetida cien veces, con diferentes cortes de pelo, contra fondos de colores vivos con los logotipos de radios y programas de televisión, con la boca entreabierta a punto de decir algo. El dedo hace desfilas mis artículos escritos durante años en formación jerárquica de más leídos a más irrelevantes, hay algún titular también: «La ultraderecha española es *kitsch* y cursi», una frase atrapada en un torrente de conversación y petrificada en mi archivo para siempre. Está la portada de mi primer libro, está la imagen panorámica de una mesa redonda en un museo con otras caras conocidas alrededor, pero no hay evidencia de lo que buscan los escroleadores. No hay pruebas de vida recientes, la última publicación en Instagram es del 22 de julio. Suponen que si no he dicho nada sobre la victoria del bloque de izquierdas en las

elecciones, si no hay rastro de los habituales despachos irónicos feministas mirando a cámara, probablemente haya daño cerebral severo, coma, afasia irreversible o quizá deformación facial.

Se entristecen. Imperceptiblemente, el aguafiestas se infla de orgullo.

Las primicias sobre lo que sea —una ruptura, una enfermedad de transmisión sexual— refuerzan la sensación de intimidad y, por lo tanto, aumentan el capital social. Madrid, como todas las grandes ciudades en las que los contactos facilitan el acceso a ciertos trabajos, es el salvaje Oeste del capital social. Hace años que el mariposeo amistoso se ha convertido en un triste *networking* siempre ligado a la supervivencia económica.

El papel del aguafiestas con más o menos datos fue rotando entre personas muy variadas y la escena se repitió por toda la ciudad. Quebraba un poco el ambiente hasta que alguien hacía un chiste, proponía salir a fumar o se imponía un cambio de bar. Yo no era ninguna celebridad, solo lo suficientemente conocida como para que se corriera la voz de que de repente no estaba en ninguna parte.

A nuestro refugio en las afueras llegaban ecos de que el cotilleo había alcanzado a mucha gente que nos apreciaba de verdad. El director de un museo de arte contemporáneo me envió un mensaje de preocupación y aliento en el que acababa diciendo «Vas a ser nuestra Sarah Bernhardt». Resulta que a la divina Bernhardt, la actriz más famosa de finales del siglo XIX y principios del XX, también le cortaron una pierna. Yo no tenía ni idea. Bernhardt fue la primera en acercarse a lo que hoy entendemos por *celebrity*, porque editaba su propia realidad de una manera parecida a la que vemos en redes sociales. Su manejo del equilibrio entre hechos y fabulaciones era

bastante parecido al que tenemos normalizado en la actualidad, y disfrutaba emborronando a voluntad la línea entre su persona y sus personajes.

Sarah Bernhardt y yo solo teníamos en común la cojera. Éramos mujeres de épocas alejadas entre sí, con niveles muy diferentes de falta de anonimato, y además ella estaba mucho más acostumbrada a morir que yo. En escena era apuñalada, desnucada, envenenada, quemada viva o defenestrada según los textos del dramaturgo Victorien Sardou, que estaban al servicio del amor por la tragedia de la actriz. A ella le gustaba acudir a las morgues, hospitales e incluso ejecuciones para observar de primera mano los detalles de las distintas maneras de morir y darles así realismo a sus interpretaciones. Según su amigo, crítico y amante Jules Lemaître, «está tan acostumbrada a las escenas de violencia y tortura de Sardou que poco a poco ha ido perdiendo su capacidad de expresar sentimientos ordinarios. Se convierte en ella misma solo cuando la asesinan o cuando muere».[6]

Un día de trabajo cualquiera en el que estaba representando la *Tosca*, a Sarah le tocó suicidarse, como siempre, al final del tercer acto. Al tirarse del decorado que representaba el castillo de Sant'Angelo, se hizo daño en la rodilla. Diez años después, seguía sin recuperarse y parte de su pierna se gangrenó. El dolor la hacía sufrir tanto que le rogó a uno de sus amantes más duraderos, el doctor Samuel Pozzi, que se la cortara. Realmente no se lo rogó; le dijo que si no lo hacía él por la vía quirúrgica, lo haría ella misma por la vía de la desesperación: se pegaría un tiro.

A Bernhardt la amputaron asépticamente el 23 de febrero de 1915. Por aquel entonces, Europa era una fábrica de cuerpos

mutilados, pero ninguno era más famoso que el suyo. La actriz aprovechó esta identificación con el sufrimiento de sus compatriotas en las trincheras para extremar su relato una vez más, añadirle épica y dar un buen show, como era su costumbre. Aquello le encantó a la prensa, sobre todo a la estadounidense. Un día antes de la operación, varios periódicos publicaron el telegrama que la actriz le había enviado al escritor Maurice Barrès. «Tu último artículo, un alegato por los inválidos de la guerra, me conmovió profundamente, quizá porque me van a amputar la pierna el domingo y por lo tanto voy a unirme al gran ejército de los mutilados».

Bernhardt rondaba los setenta años, intuyo que entendía perfectamente las implicaciones de exponer el cuerpo después de una vida entera sobre los escenarios. Decidió prestarse como símbolo de una Francia herida y le funcionó. La escritora Jane Catulle-Mendès contestó a ese telegrama en una carta abierta en el *The New York Times*: «Como los soldados en el frente, ha luchado por un ideal. Como ellos, ella sufrirá una gloriosa mutilación». El anuncio de la actriz y sus reacciones tienen un sabor tan fresco como una interacción entre influencers de ayer mismo: hay intercambio público de exageraciones entre divas, hay un juego de focos entre el acontecimiento histórico y el suceso íntimo, hay un relato heroico ligado al padecimiento del cuerpo —de un cuerpo que no estuvo ni remotamente cerca del campo de batalla— y, sobre todo, hay mucha conciencia de que todo sucede ante un público atento.

La audiencia, sea del tamaño que sea, siempre lo cambia todo. Cuando empecé a ser conocida por mi monólogo cómico sobre feminismo y por la serie de vídeos que hacía en un periódico

importante, mi madre ya tenía un deterioro cognitivo bastante avanzado. Podía mantener una conversación fluida, pero le fallaba la memoria reciente y se desorientaba con frecuencia; le resultaba imposible retener información nueva. Cada cierto tiempo tenía que explicarle que yo trabajaba en la tele de internet y que lo que hacía en el teatro era como una conferencia pero con chistes. Durante una de esas conversaciones cíclicas me dijo, inquieta:

—Me ha dicho tu hermana que ya tienes cien mil...

En este punto se sumió en un largo silencio para escanear su catálogo de conceptos, como si su archivero interior estuviera buscando en los restos de una biblioteca arrasada por una inundación.

—Cien mil... ¿adeptos?... en...

De nuevo el archivero recorrió las ruinas de su cerebro, sorteando cascotes en busca de algo que pudiera servir.

—Cien mil adeptos en lo de la táblet.

—Sí, mamá. Es mucha gente, ¿eh?

Tenía, efectivamente, cien mil cuatrocientos seguidores en Instagram. Luego fueron ciento treinta mil y, luego, doscientos mil. Adeptos —*adeptas*, más bien— era una manera perfecta de llamarlas, me gustaba mucho el ambiente de secta que evocaba. «Cien mil adeptos». Ella, que era una madre satisfecha y relajada por lo general, no parecía contenta; no lo decía con orgullo, sino nerviosa. ¿Qué intenciones tenía toda aquella gente? Su juicio en este sentido estaba intacto, ella sabía que tener público siempre es un poco peligroso. La fama en todas sus escalas, la de Sarah Bernhardt —mundial, decimonónica y analógica— y la mía —local, contemporánea y digital—, tiene que ver con la vigilancia, supone

estar atascada en la pregunta de si el placer de ser observada compensa el tormento de ser observada. A mí me gustaba la popularidad, pero sigo sin saber si habría apostado una pierna por ella. El director del museo que nos había comparado era muy ingenioso y halagador. Yo, obviamente, no era su Sarah Bernhardt ni la de nadie, entre otras muchísimas cosas porque guardaba silencio.

Se acercaba septiembre, el comienzo de curso. No tenía ninguna oficina a la que incorporarme, hacía años que era autónoma y la estructura de mi trabajo dependía solo de mí. Con septiembre se acercaba el recordatorio horrible de que yo también formaba parte de esa charca superpoblada en la que había que moverse para sobrevivir. Una de las características actuales de la popularidad es que no permite un estado estático ni de reflexión: debe moverse para respirar, como los tiburones martillo.

Como pasaba periódicamente, en aquellos días a una mujer le sucedió algo humillante en un contexto público, podría decirse incluso que fue en un contexto histórico. La selección femenina de fútbol ganó el Mundial y durante la entrega de trofeos el presidente de la Federación Española de Fútbol, que había estado todo el partido gritando y estrujándose el paquete en el palco junto a la reina de España, levantó a hombros a una de las jugadoras y agarró la cara de otra con las dos manos, como un cepo, para besarla en la boca contra su voluntad. Solo un 10 por ciento de las jugadoras de fútbol tiene un salario que les permita vivir de su carrera. Técnicamente, el tipo era su jefe y ellas, unas trabajadoras precarias que habían alcanzado un logro insólito con las condiciones laborales

en contra. Ver aquello en televisión fue como ver a un borracho meando sobre el vestido de graduación de la mejor estudiante de su promoción.

La directora de la edición española de *Glamour* me escribió casi al momento para encargarme una columna de opinión sobre el tema, después de saberse que la futbolista estaba asqueada e iba a denunciar. No le había llegado la noticia de mi accidente. Yo llevaba años colaborando con la publicación, esta y otras revistas femeninas eran el único elemento estable en mi carrera desde el final de la veintena, así que de alguna manera les era leal. Fue trabajando como falsa autónoma en una de ellas, *Marie Claire*, al leer estadísticas sobre la situación de las mujeres en el mundo, cuando caí en la cuenta de que el feminismo atravesaba todo lo que me preocupaba política y socialmente. Desde entonces, se convirtió en la torre de control desde la que observar el mundo.

Aquella revelación me resultó tan excitante que quise compartirla no solo con quien me quisiera escuchar, sino también con quien no. Sobre todo con quien no. Empecé una evangelización suave a través de una obra de teatro, una serie de vídeos y muchos artículos. Todo lo hacía mientras trabajaba en oficinas; no eran trabajos paralelos ni consecutivos, sino superpuestos. Durante las mínimo cuarenta horas semanales que pasaba en aquella revista, después en otra, luego en una tercera y, finalmente, en una galería de arte en la que me ocupaba de la comunicación, trataba de robar toda la plusvalía posible a mis empleadores. Parecía presente y productiva, pero casi siempre estaba pensando en mi trabajo creativo. A veces, al terminar la jornada, tenía que ir a ensayar o seguir escribiendo, pero las mejores ideas, las frases más ingeniosas

y pulidas, siempre surgían mientras estafaba a la empresa que me estaba pagando la nómina.

En *La princesa prometida*, Westley, el protagonista, es secuestrado por el pirata Roberts, que le convierte en su colaborador. Cada noche, el pirata se despide diciéndole: «Buenas noches, chico. Buen trabajo. Que duermas bien. Probablemente te mate mañana». Mi carrera como comunicadora al margen de las oficinas iba creciendo, pero cada noche me despedía de ella con la certeza de que algo o alguien la mataría al día siguiente. En la película, el pirata Roberts no solo no acaba con la vida de Westley, sino que le convierte en su sucesor. El cautivo constantemente amenazado aprende el oficio y se convierte en el nuevo pirata Roberts para que el actual pueda jubilarse tranquilamente.

Comencé a hacer un pódcast sobre actualidad y política que grababa en la pausa para comer de la galería. Mi compañera era mucho más famosa, televisiva, joven y rápida que yo, la competencia fuera era feroz y el público tenía muchos estímulos. Además, opinar de ciertos temas resultaba cada vez más arriesgado, la cancelación parecía siempre inminente, inevitable; era probable que el trabajo no durara mucho. Pero milagrosamente duró. Duró y creció, mi compañera se convirtió en mi íntima amiga, surgieron otros proyectos que me permitieron dejar la oficina, y mi persona pública, la que andaba robando siempre en las horas cotizadas, se estabilizó, respiró y por fin dejó de vivir bajo amenaza diaria de muerte.

Aquel mensaje de la directora de *Glamour* era tan casual y directo, tan carente de preocupación o de drama, que me transportó a una versión anterior de mí misma. En el pequeño universo de aquella

conversación de WhatsApp volví a ser una voz reconocida que denunciaba las injusticias. ¿Cómo iba a estar una voz mutilada? Aquello no era posible. Acepté el encargo. Escribí sobre la socialización de género que hace pasar los gestos de intimidación, invasión o violencia de los hombres sobre las mujeres por automatismos inevitables y sin importancia, como había hecho mil veces antes.

No era la primera vez que escribía desde la amputación. Nada más llegar a mi habitación en planta le había pedido a Ana que me trajera el ordenador. Estaba muy torpe, medicada y dolorida como para escribir a mano, pero tenía mucha prisa por hacerlo. En el primer documento que abrí después del accidente escribí chistes. «Mirad lo lejos que puede llegar una feminista para depilarse todavía menos». «Por fin me parezco a una verdadera *celebrity*, el 15 por ciento de mi cuerpo es de material no biodegradable». Eran bromas burdas y genéricas, mi público imaginario del hospital era muy poco exigente, pero de algún modo necesitaba proyectarlo: por resolver una duda, o quizá por orgullo, o por nostalgia, o por averiguar lo antes posible si iba a seguir siendo capaz de ganarme la vida. No sabía qué era exactamente aquello cuya permanencia quería comprobar, solo que no lo habría apostado en ningún juego de suposiciones.

Escribí el artículo sobre la dignidad de las futbolistas españolas ante su jefe baboso tumbada, con el muñón vendado en alto para atenuar los calambres, y aun así el resultado se pareció bastante a mí misma. Mi hermana, que contestaba *mails* sentada en el escritorio de su hijo, muy cerca de mí, me preguntó qué hacía. Le dije que había vuelto al trabajo. Ella sabía que mis artículos solían

tener una parte testimonial y se alarmó, pensó que iba a salir del armario de la mutilación por esa vía.

—Pero ¿lo vas a contar? Tus padres no lo saben todavía.

No dijo «nuestros padres». Se me heló la sangre. Fui hija única durante un segundo de desorientación, y lo que es peor: les imaginé a ellos padres únicamente míos y no de otros cuatro hombres y mujeres que no solo estaban enteros, sino que habían producido un considerable número de nietos también enteros. Había que encarar el hecho de que, aunque mis artículos fueran parecidos a los que había escrito hasta entonces, yo era otra y seguía sin ser capaz de comunicar la noticia a mis primeros espectadores en este mundo.

El gran daño era solo un rumor que circulaba sin ninguna épica, llegaba a unos sitios y a otros no. Otra de las cosas que me diferenciaba de Sarah Bernhardt es que sus padres estaban muertos y, por lo tanto, tenía cierta ventaja a la hora de manipular el relato. Ella decidió incluir su cuerpo amputado en el contexto de la guerra a pesar de no haber pisado el campo de batalla; quiso ser un símbolo de Francia, pero la sociedad industrial estadounidense acababa de nacer, vigorosa e implacable, y tenía otros planes para ella. La misma semana en la que le dieron el alta, representantes comerciales de empresas estadounidenses de prótesis viajaron a Ardenos, donde convalecía, para presentarle prototipos de piernas artificiales. La prensa recogió la carrera de dos empresas por hacerse con el negocio. La fabricación de extremidades artificiales era un símbolo de la Norteamérica industrializada, del progreso, de la expansión de los límites a los que podía llegar la tecnología, además de un sector con una creciente demanda gracias a la Gran Guerra, que producía a toda velocidad una amplia clientela de

cuerpos destrozados. La actriz se convirtió en la superficie publicitaria más cotizada del momento y en una figura híbrida: era francesa en lo orgánico y estadounidense en lo protésico. En la prensa se la reclamó como «medio americana», el país que sustentaba su identidad nacional en los cuerpos sanos, fuertes y capacitados estaba usando un cuerpo mutilado para presumir de modernidad y de su papel predominante en el capitalismo industrial.

[Z]

Cuando mi madre me dijo que cien mil adeptos podían ser demasiados adeptos y que me anduviera con cuidado, lo que quería decir es que la popularidad te convierte siempre en un cachivache que la gente usa para cosas que no tienen nada que ver contigo. A lo que fuera que hubiese atraído la atención de la gente sobre mí estaba a punto de añadirse la herida.

La herida tiene un gran poder de fascinación. En los cuerpos jóvenes, añade erotismo mórbido al de las mujeres y heroicidad al de los hombres. Hemos crecido rodeados de imágenes de martirio en los museos y de chicas a las que se les notan los pezones a través de camisetas empapadas en sangre en los *slashers*. El cuerpo dañado forma parte de nuestra educación visual y nos apela de una manera compleja, contradictoria; despierta, obviamente, empatía e identificación intensa, pero también sensualidad y admiración. El caso de Sarah Bernhardt es la prueba de que una buena campaña de marketing puede convertir el dolor y la pérdida en éxito comercial. Supongo que ella lo tenía claro, después de haber interpretado a tantas apuñaladas y tuberculosas, pero no es el caso más famoso. El epítome de la mujer herida en la cultura pop de masas es otra amputada.

Frida Kahlo llevaba muchos años hecha trizas cuando le cortaron la pierna derecha, por debajo de la rodilla, para frenar la gangrena. Estaba en la cúspide de una carrera artística en la que la herida se había comido el resto de sus atributos, y para público, crítica y —una vez muerta— historiografía ocupaba el centro de su identidad pública.

Frida había superado la polio de pequeña y, siendo una adolescente, tuvo un accidente de autobús que le dejó secuelas para siempre. Durante su primera larga convalecencia, postrada en la cama, su familia le montó un caballete horizontal para que pudiera entretenerse pintando. Ella empezó a retratarse y ya nunca dejó de hacerlo. Su padre era fotógrafo, llegó a ser el fotógrafo oficial del porfiriato, por lo que la niña obtuvo desde muy pronto conocimientos de composición de la imagen, creció coloreando fotos de estudio y experimentó con la fotografía. En la casa de los Kahlo había libros de Alberto Durero, Lucas Cranach y Hans Holbein, y su padre coleccionaba revistas de la *belle époque* y pintaba al aire libre. Frida se formó en ese ambiente desde niña, pero en su leyenda no hay más maestro que su accidente. La propuesta de esta mujer formada y consciente desarrollada en un terreno creativo propio, entre la recuperación de las raíces indígenas y el conocimiento de las vanguardias, ha quedado reducida a algo instintivo, salvaje, desintelectualizado. Es mucho más sexi y romántico —también muy machista— atribuir todo el corpus de Frida al sufrimiento. Lo único que puede mejorar la imagen de una mujer bella y joven agonizando de dolor en una cama es que tenga un pincel en la mano.

La pintora mexicana además era bisexual y promiscua, según los parámetros de su época —y de la nuestra—. Las responsables de

recuperar su figura para las mujeres de generaciones futuras fueron las feministas estadounidenses de los setenta, y lo hicieron desde el punto de vista del desafío a las convenciones sexuales. Un sujeto que disfruta de su libertad sexual y sublima su sufrimiento en una exitosa carrera artística es irresistible para una opinión pública tan obsesionada con la individualidad como la de los dos últimos siglos. Frida tenía todos los ingredientes para convertirse en un exitoso producto, y sospecho que, si levantara la cabeza, esto no le gustaría nada.

La mexicana es hoy en día un colorido símbolo del feminismo pop. Turistas norteamericanas se hacen selfis en el patio de su casa en Coyoacán, escenario de mucho dolor y de mucha militancia comunista, con coronas de flores de plástico. Su rostro moreno y cejijunto rodeado de trenzas adorna todo tipo de objetos, bolsas de tela, chaquetas vaqueras, tazas y muñecas cabezonas a cuatrocientos pesos producidas en serie en fábricas en las que se desconocen los sindicatos. Confío en que Kahlo odiaría cada una de esas baratijas. Tampoco le gustaría ser el rostro de un empoderamiento femenino decorativo, inofensivo, individualista; un feminismo muy atento a quién limpia el baño en los hogares heteronormales, pero poco interesado en garantizar una renta básica universal, tumbar leyes de extranjería asesinas o abolir las herencias.

Obviamente, la vida adulta de Frida estuvo llena de padecimiento, de cirugías, adicciones y largas temporadas de reposo. Todo está en sus cuadros de manera más o menos explícita, pero también hubo mucho contacto con los artistas de su época y adquirió un inmenso bagaje cultural. La herida es solo una parte de la historia, pero no es

casual que la mirada dominante la haya convertido en la más importante. Un gran talento, un gran hallazgo creativo basado en la experiencia personal es aceptable para una artista mujer; refuerza la idea de que las genias son solo una anomalía, un accidente de la naturaleza, monstruitos raros, no hay que preocuparse demasiado. Este relato de virtuosa fortuita ha sido muy efectivo para alimentar su leyenda, muy cómodo para su inserción en la cultura popular, pero está incompleto.

En 1953, Frida tuvo que volver a ponerse en manos de los médicos. Ella pensaba que solo le amputarían algunos dedos, y preguntó: «Doctor ¿qué me van a cortar ahora?». Pero la socarronería se le heló en la garganta: había que amputar la pierna derecha por debajo de la rodilla. Dejó de hablar la noche anterior a la cirugía. Estaba harta; ni siquiera la mujer más iluminada, juerguista y salida del siglo xx podía aguantar tantas malas noticias en una sola vida. Ese fue el golpe final.

Su pintura derivó hacia la mancha, y escribió en su diario: «yo soy la desintegración». Moriría un año después. No es esta frase descorazonadora la que ha pasado a la historia, sino una que apuntala su carácter de icono vulnerable pero desafiante. Bajo el dibujo de unos pies resquebrajados de los que parecen brotar plantas escribe: «Pies para qué los quiero si tengo alas para volar». Un caramelo reconfortante para consolar a su público, a las futuras generaciones, a los adeptos, a todo el mundo excepto —y de esto estoy segura— a sí misma. Reclamar unas alas poéticas para contrarrestar la mutilación apestosa a desesperación; constata el terror a ser una carga, un muermo, una víctima, una existencia que solo se sostiene alrededor del dolor. Lo sé porque usé esa misma frase para

anunciar que había sufrido un accidente en el que había perdido una pierna, y justo esas eran mis intenciones.

Escribí un largo post de Instagram: gracias a la vida, mi mujer, mis amigas, bla, la sanidad pública, bla, bla, pies para qué os quiero si tengo alas para volar. No quería que la atmósfera se siguiera cargando de compasión en los mentideros de Madrid, porque incluso a mí, que estaba lejos y recluida, empezaba a asfixiarme. Tenía que hablar de la nueva condición en mis propios términos.

La noticia, por llamarlo de alguna manera, apareció en decenas de medios de comunicación: desde el *Marca* hasta el *iHola!* Replicaban mis palabras entrecomilladas y añadían algo de contexto acorde con su línea editorial; algunos eran cursis, otros despiadados. En redes, los comentarios eran un coro de voces que se multiplicaban por minuto, cien, trescientas, cuatro mil. «Todo pasa por algo», «estoy en shock», «a mí también me pasó», «ánimo», «eres muy valiente». Llegaron tantas flores que la casa de mi hermana empezó a parecer la tumba de Eva Perón. Mi teléfono sonaba. Sonaba como en la era previa a las aplicaciones de mensajería instantánea, y al otro lado de la línea podía esperar cualquier cosa. Un día fue un medio balear desde el que querían concienciar a la ciudadanía de los peligros de alquilar embarcaciones sin experiencia. «Hay tantos accidentes como el tuyo». Otro día fue Gertrudis, la secretaria personal de un expresidente del Gobierno al que había entrevistado meses atrás. «Es admirable como lo estás afrontando» (esto lo dijo el expresidente, no Gertrudis, que se limitó a pasarle la llamada). Al cabo de una semana fue la directora de contenidos de la radio más escuchada de España para proponerme, cuidadosamente, presentar una gala de premios de la industria. «Solo si te sientes preparada,

sin ningún compromiso. Si te parece demasiado pronto puede ser el año que viene. Piénsatelo. A nosotras nos encantaría». La atención era tan abrumadora que empezó a despertar mi suspicacia. ¿Qué tenía justo esta pérdida de especial? ¿Hubiera despertado las mismas reacciones un cáncer de mama? De todas las respuestas al anuncio, las que estaban en la línea de «eres muy valiente» eran las que más me inquietaban, por tratar de dotar de algún sentido al golpe de mala suerte. Las sentía muy cerca de los juegos de tratos mágicos: una pierna a cambio de un pelotazo marketiniano y un notable aumento de seguidores. ¿Qué tenía de especial la mutilación que no tenían otros achaques físicos? ¿Qué fantasías o qué miedos despertaba el fetiche de un cuerpo funcional pero incompleto? Las divas rotas del pasado no podían responderme, solo podía observar desde un rincón del mundo digitalizado cómo les había ido a ellas a la hora de incorporar la herida a sus respectivas narrativas públicas.

—Me han escrito ochocientas veinticinco personas preguntándome por ti. ¿Has leído lo del ¡*Hola!*? Dicen que has demostrado *capacidad de superación* y un *deseo de disfrutar de esta segunda oportunidad que la vida te ha brindado*. Venga, nos bajamos a tomarnos algo. ¿Cómo le quito el freno a esto?

Mi amigo Ernesto llegó conduciendo desde Almería el día después del anuncio, con la ropa ligera y manchada de pintura que siempre lleva en el cortijo en el que vive y el pelo todavía ensalitrado. Empujó mi silla de ruedas torpemente hasta un bar cercano, era su primera vez. A mí se me hizo raro verle en medio de una urbanización mesetaria triste, sin el fondo habitual de pared

encalada y buganvillas, pero los dos nos manejábamos bien en el extrañamiento, mucho mejor si estábamos juntos. Siempre nos habíamos insuflado entusiasmo mutuo, una especie de aire de adolescencia.

Años atrás habíamos viajado juntos por Indonesia a maticaballo, sin preparar nada. Alternábamos cuchitriles con hoteles caros y hacíamos planes propios de matrimonio en su luna de miel. Recepcionistas, guías e instructores de buceo nos leían como pareja heterosexual, a los pocos minutos de interacción empezaban a pensar «pobrecita, vaya pedazo de maricón se ha echado de marido. Pero qué bien se lo pasan». Tirados en el suelo del aeropuerto de Yeda me dijo: «Tú reserva los hoteles y yo te hago un moño italiano, ¿vale? Así nos repartimos». Recordar aquella vida, aquella facilidad del cuerpo y del tiempo me abrió un abismo helado en las tripas. Todo había desaparecido para siempre. Al menos Ernesto seguía conmigo.

Me encaramé a una silla alta en la terraza del bar y le pedí un cigarro que no me convenía para la cicatrización pero me apetecía mucho. Había terminado el último ciclo de antibióticos, podía incluso permitirme una cerveza. Le dije que no acababa de entender el revuelo.

—Olga me ha dicho que pasa siempre. Que si saliste en un episodio de *Waku Waku* en 1998 y te suicidas, sale en todas partes —añadí.

Como a los exégetas de Sarah Bernhardt y Frida Kahlo, a Ernesto lo que le interesaba era lo que añadía el incidente al personaje, siendo el personaje una especie de versión amplificada y editable de su vieja amiga.

—Llevas muchos años diciéndole a la gente lo que tiene que hacer, y eso crea una distancia que ahora se ha roto. Era esto lo que le faltaba a tu arco argumental, un giro trágico con el que sea posible identificarse.

Tenía sentido, quizá era por eso por lo que en todos los juegos de suposiciones había que perder algo. Era por eso que las celebridades rotas ponían en marcha nuevos resortes del mercado de la atención. Yo rozaba la conclusión, pero no llegaba a alcanzarla del todo.

La segunda cerveza me sumió en un embotamiento blando y pesado al caer sobre las benzodiazepinas y formar una poción mágica de tranquilidad. Aquellos días me sentía legitimada para consumirlas con abandono, porque, por supuesto, antes de decirles a los adeptos lo que había pasado se lo había tenido que decir a mis padres.

6. El dolor

The only way out is through.

ROBERT FROST, «A Servant to Servants»

Antes de aquellas vacaciones de verano me fui de compras con mi madre, sin sospechar que Menorca me esperaba con las fauces abiertas. Estoy segura de que la frase «me fui de compras con mi madre» evoca una escena costumbrista en la que madre e hija curiosean cada una por su lado, se acompañan al probador; una envía a la otra a buscar una talla más o una talla menos, en bragas, asomando la cabeza por la cortina del probador. Esta rutina ciertamente se dio durante algunos años, pero apenas podía recordarla. Aquella tarde, yo empujaba a mi madre en su silla de ruedas, le preguntaba con frecuencia si le molestaba el aire acondicionado del centro comercial y de vez en cuando colocaba delante de ella, muy cerca, alguna prenda para invitarla a que la intuyera con su aproximadamente 15 por ciento de visión. Fue una buena tarde. Ella estaba contenta como siempre que pasaba tiempo con sus hijos, a pesar de su dependencia, de sus limitaciones. Cuando estaba con nosotros emanaba una satisfacción relajada, un poco soberbia, también; el estado general de alguien que acaba de entregar el trabajo más importante de su vida y puede abandonarse

a la contemplación. Custodiaba en el regazo un bañador que yo ya había elegido, llamativo, con franjas anchas de colores, que acabaría cortado en dos a tijeretazos por una enfermera. Frenamos delante de uno de los burros de prendas rebajadas. Milagrosamente —a veces sucedía, con cierta luz y en ciertos ángulos—, vio el vestido que le enseñé. Era largo y con vuelo, con el escote sujeto por unos tirantes finos al cuello, de gasa negra con algunos detalles en colores pavo real: verde, dorado, rojo.

—Me encanta, pero ¿cuándo te vas a poner eso?

—Uy, a esto yo le doy salida, mami. Una cena, unas cañas... Con el pelo recogido, el labio rojo. Está a mitad de precio, además.

Nunca llegué a ponerme ese vestido para salir a comer y beber en las noches de verano. Lo estrené para ir a decirles a mis padres que me habían cortado una pierna.

Mi estancia en una casa rural inventada se había prolongado a causa de un viaje de trabajo inventado y, luego, de algunas semanas más de ajetreo también ficticio. Les llamaba por teléfono poco y con malos resultados. Les notaba suspicaces y ansiosos, o proyectaba en ellos suspicacia y ansiedad; el caso es que salía de esas cortas conversaciones sucia y magullada como si volviera de la guerra.

Mentir continuamente a los padres, incluso en la edad adulta, es como llevar a todas partes algo pesado y frágil, como cargar con una pecera absurda: siempre estorba, hace que cualquier actividad cotidiana sea el doble de cansada y puede romperse en cualquier momento desatando el caos, la vergüenza, trozos de coral falso por todas partes, pececillos boqueando en el suelo. Conocía perfectamente esa sensación, era parecida a la que tenía antes de salir del armario como lesbiana.

Me disponía a hacerlo por segunda vez.

Nadie debería tener que salir del armario con sus padres más de una vez en la vida, pero lo cierto es que mucha gente ha de hacerlo: las trans, las poliamorosas, las portadoras de VIH, las bisexuales incomprendidas. No se sale del armario de tener una deuda, de haber mentido, de haber sido despedido del trabajo o de mantener un consumo problemático de cocaína. Cabe preguntarse por qué ciertas revelaciones trascendentes y ocultas implican salir de un armario y otras no. Supongo que la idea generalizada es que solo se puede salir de un armario cuando se ha estado camuflando algo tan incontestable como la propia naturaleza. La expresión es perfecta, evoca aire enrarecido, pelusas, oscuridad; no debería estar reservada a una parte tan concreta de la experiencia humana. Si de momento no se puede abolir el armario, debería democratizarse. Armario para nadie o armario universal. De este modo, a todos los regalos que los maricones le hemos hecho al mundo se añadiría una forma perfecta de nombrar la estrechez irrespirable del silencio.

El armario del lesbianismo lo aguanté seis años, de los doce a los dieciocho. El de la amputación, solo dos meses.

Mis hermanos y yo elegimos la media tarde, el momento del día en el que estaban más despejados. Previsiblemente, la misión quedaría cumplida a una hora perfecta para dejarles medicados y acostados, en manos de la cuidadora que hacía el turno de noche y que ya estaba prevenida y alerta.

El comité de crisis lo formaban mis dos hermanas, uno de mis hermanos y Ana. Si hubieran venido también un sacerdote, una

psicóloga, un camello y un cuarteto de cuerda, me hubiese parecido aún mejor. Solo quería diluir la intimidad lo máximo posible, que la desgracia se esparciera como una bomba de racimo.

Dejamos la silla de ruedas en el descansillo para que el primer impacto visual fuera agradable. También por esa razón llevaba el vestido negro, porque era bonito y porque me llegaba hasta los pies. Hasta el pie. Con las muletas no se apreciaba la falta.

Entré en el salón seguida de Ana y de mi hermana Belén. La otra mitad del séquito iba por delante.

—Hoooolaaa, por fiin.

Hacía mucho que no nos juntábamos tantos hijos porque sí. Era una fiesta. Dios mío, estaban contentos. Estaban contentos y orgullosos y tranquilos y era una tarde buena en la seca pendiente, la larguísima pendiente del final de su vida. Solo quería sentarme, abrazarles, decirles que me había hecho un esguince y mantenerles inocentes hasta el día de su muerte.

—Ay, mis hijos. Mi niña.

Mi madre no había registrado las muletas, pero mi padre se alarmó.

—Ahora os cuento.

Mi hermano me había colocado una silla justo delante de ellos, que estaban en sus puestos habituales: un sillón junto a la ventana y el extremo del sofá más cercano a él. Mi madre tenía 84 años; mi padre, 88. Los dos siempre contiguos, durante tantos años. Juntos y rodeados de sus niños; luego, de los niños de sus niños. Todos en un perímetro de seguridad que estaba a punto de colapsar. Todos enteros hasta julio de 2023.

Me senté frente a ellos con la noticia todavía escondida bajo mi falda larga. Las palabras llevaban escogidas mucho tiempo. Había que decir «estoy bien», no «estoy viva». No había que decir «la pierna», había que decir «el pie». No había que dejarles encajar el golpe antes de pasar a proyectar un futuro completamente normal.

—Chicos, no he venido hasta ahora porque quería contároslo en persona, para que vierais que *estoy bien*. En julio tuve un accidente, *voy a estar bien*.

No lloré. A pesar de todo ellos seguían siendo la parte débil, la parte que proteger. Me fui acercando muy poco a poco a la noticia.

—La pierna derecha me quedó muy dañada y me iba a dar problemas siempre.

[Excelente argumento de venta para una amputación. Imposible no verle las ventajas].

—Finalmente, decidieron que era mejor que a partir de ahora lleve una prótesis.

[Las prótesis de fibra de carbono están muy avanzadas, tecnología punta. El único inconveniente que tienen es que antes de colocarlas hay que retirar alguna extremidad y eso puede resultar molesto].

La mala noticia había penetrado en su conciencia, pero tan amortiguada por el consuelo y los eufemismos que no podían llegar del todo a ella.

—Papá, mamá, *estoy bien*. *Voy a estar bien*, voy a poder hacer *vida normal*. Pero he perdido la pierna derecha.

Un diez por ciento de un hijo se les había muerto. Mi madre me subió la falda con delicadeza, acariciándome la rodilla, buscando hasta dónde, hasta dónde faltaba la niña, dónde empezaba la ausencia del cuerpo querido. Los tres, ellos dos y yo, ya

contemplábamos el mismo paisaje arrasado, por fin. Ya estábamos frente a frente con lo que había pasado de verdad.

Mi padre dio un alarido como nunca le había escuchado al ver el nuevo final de mi cuerpo vendado y el hueco inverosímil entre mi rodilla y el suelo. Intuí algo de repugnancia entre la tristeza y el susto, y me molestó; pero tenía derecho a su propio duelo, que, por lo visto, iba a incluir cierta mezquindad.

Para mis padres la pérdida empezó en ese momento. Después de todo, esas dos personas eran accionistas mayoritarios de mi totalidad. Los piecitos que llegaron al mundo mediante una cesárea programada habían sido tan besados, estrujados simétricamente. Eran como buñuelos blandos y calientes contra las mejillas de mis hermanas adolescentes y mis hermanos niños; dos juguetitos, dos focos irradiadores de ternura capaces de endulzar la casa entera. «Tiene los pies tan redondos que no va a poder andar», padres y niños repetían la profecía mimosa que ahora se había vuelto lúgubre. La prenda que le dejé a la muerte había crecido conmigo. Pasó de miniatura rosada a parte funcional, me hizo subir montañas, bailar, acercarme sudorosa y eléctrica de anticipación a unos labios, acercarme a la orilla del mar, a dos mil barras de bar, a la cabecera de la manifestación, al despacho de Recursos Humanos, al borde del escenario para dar las gracias al patio de butacas. El derecho era el de los esguinces, menos mal. Ese tobillo no me volverá a fallar.

Mi pie derecho, ay, mi pie hermoso se me adelantó en el proceso inevitable de desaparecer. Supongo que era horrible para mis padres pensar que tarde o temprano el resto del cuerpo emprendería el mismo camino. Mi madre lloraba, claro, todos los presentes lloraban

con diferente intensidad. Pero ella lloraba distinto, ¿era alivio? Me tocaba las manos y las piernas, y de la fricción brotaba un calor como de cuna, como de aliento; el calor irrefutable de los cuerpos vivos. La muerte podía pasar, pero aquel no era el día en el que pasaba la muerte. Todavía no. Dijo que habíamos hecho muy bien en no decírselo por teléfono. A pesar de estar casi ciega, podía apreciarme, completamente presente, delante de ella.

Entendió mucho antes que yo que todo lo importante estaba intacto.

Hacia la mitad del relato, el protagonista tiene que cambiar. Según *¡Salva al gato!*, el manual de guion cinematográfico de Blake Snyder, en el punto intermedio conviene colocar, o bien un falso cénit, o una falsa derrota. Mi amiga Olga, guionista, conoce esta estructura clásica diseñada para mantener una buena cadencia narrativa y siempre sabe lo que va a pasar según los minutos que lleve una película.

—Sucedre algo que marca un antes y un después. Ya nada volverá a ser lo mismo, no hay marcha atrás. Sería imposible volver a empezar la historia donde se empezó, algo se ha roto irremediablemente. Justo ahí es cuando los antagonistas tienen que ganar terreno. Los malos estrechan el cerco.

Un tiempo después de contarle a todo el mundo lo que había pasado, cuando las heridas estaban casi cerradas y ya empezaba a probar una especie de calcetín de silicona a presión que preparaba mi muñón para la prótesis, Olga, el resto de mis amigas y yo nos juntábamos para ver películas porque no podía moverme demasiado.

El protagonista no sabe que está en la mitad del relato, suspendido en el minuto 47 del metraje o entre dos montones de páginas de aproximadamente el mismo grosor, solo vive en su propio presente. El mío giraba alrededor de un nuevo dolor que apareció cuando las heridas abiertas se cerraron y la inflamación bajó. Intermitente, a veces se desataba con la presión, a veces con el movimiento del muñón, a veces en medio de la noche. Ahí me oía gemir: «No es justo, no es justo lo que me ha pasado», como se deben oír las poseídas desde dentro de sus propios cuerpos, desde la esquina de la conciencia donde las ha arrinconado el demonio. El personaje principal no sabe que está en la mitad del relato, pero yo tampoco podía estar del todo en el ahora. No es cierto que el dolor te ate al presente; más bien te proyecta hacia todas partes, hacia un pasado despreocupado que se hace muy difícil de recordar y hacia un futuro que tiene los dientes afilados y te espera babeando para devorarte.

Después de que los malos estrechen el cerco —y siempre según este esqueleto narrativo de quince puntos ideado por Snyder y relatado por Olga a mi lado, frente a la pantalla y bajo la manta—, llega el comienzo del tercer acto.

—Las fuerzas conjuradas contra el héroe redoblan su embate, su vida está arruinada. Este sería el momento de Cristo en la cruz, así que tiene que haber una alusión a la muerte. El viejo mundo del personaje tal y como era al principio, su anterior versión, está perdido para siempre. En *La guerra de las galaxias* es aquí cuando muere Obi Wan Kenobi. Es un buen momento para matar al mejor amigo, al padre o al mentor.

Mi padre se morirá, sí, pero no en este punto. Hubiera sido conveniente para el ritmo de mi narrativa en su pasaje más oscuro, pero demasiado pronto para él. Antes de morir, tendría el tiempo suficiente para acostumbrarse a mi cuerpo y hasta para hacer un viaje desde el rechazo y la pena hasta la admiración. Llegaría a elogiar en sus propios términos mi insistencia por llevar siempre pantalones y faldas cortas.

Pero todavía no.

—No hay que ser tan explícita. Nos vale casi cualquier cosa: una ruptura, la escena de un atropello en segundo plano, una flor que se ha marchitado en una maceta o un pez flotando en un acuario.

En ese caso sí, Olga. Algo había muerto al principio de mi tercer acto. El compinche del que tuve que despedirme era difícil de identificar. Era un amasijo hecho de obstinación, negación y esperanza ciega, un mecanismo compuesto de muchas partes que le daba fuelle diario a la idea de que aquello que me había pasado no era para tanto. Había apostado por intentar rodear el duelo en lugar de atravesarlo. Estaba saliendo mal. Como había dicho no un psicólogo, sino un poeta: «The only way out is through».[8] *La única salida es a través.*

El horizonte de mejoría lo marcaba la prótesis, pero la primera que probé me produjo un dolor insoportable. Volver a levantarme de nuevo sobre dos piernas se sentía exactamente como lo que era: caminar sobre una herida. Aquí, al comienzo del tercer acto, se intensificó el periplo médico en el que se había convertido mi vida.

La consulta de M. estaba separada de la puerta del taxi por la que quizá era la acera más irregular de España. Paraplégicas, amputadas, parálíticas cerebrales o portadoras de grandes traumatismos tenían que sortear una rampa, un socavón y dos pequeños tramos de escaleras para llegar a la clínica de rehabilitación en la que atendía a sus pacientes tres veces a la semana. Paradójicamente, esta era la manera más fácil de verle; las opciones eran o una cita rápida tras la acera cubista en un centro privado o tres meses de lista de espera en la sanidad pública.

M. me escuchó. Yo ya había pasado varias veces por urgencias, por mi rehabilitadora asignada en el hospital, por mi fisioterapeuta y por dos ortopedas. Había pasado incluso por un veterinario, amigo de una amiga, que una mañana negra en la que estaba convencida de que tenía algo roto me hizo una radiografía en la misma máquina que utilizaban perros, gatos y hasta un cerdo enano. M. miró las pruebas diagnósticas y volvió a hacerme las mismas preguntas que todos los especialistas anteriores. Lo único que le daba acceso a los misterios de mi cuerpo era una resonancia magnética, la radiografía de perro y mi palabra. La relación entre cirujano y paciente es empírica, visual; la relación entre médico y paciente es textual.

Cuando llegué a su consulta ya había elaborado muchas imágenes para describir el dolor: «es como una bolsa de líquido corrosivo bajo el hueso», «es como un ardor eléctrico que se mueve hacia la ingle y hacia el suelo», «es como estar colgada cabeza abajo de una goma forrada de alfileres». A lo largo de mi vida adulta, había pensado mucho en todas las brechas que abría la ausencia de un lenguaje compartido —la brecha entre personas sin estudios y medios de comunicación, la brecha entre inmigrantes y burocracia,

la brecha entre neurodivergentes y neurotípicas—, pero nunca en esta, en la distancia entre la explicación de una dolencia y el diagnóstico, a pesar de ser la más común y la que se desea cruzar con más desesperación. Los intentos de la ciencia médica por estandarizar esa comunicación son tan ridículos como pedirles a los pacientes que le pongan nota.

Como habían hecho antes otros compañeros y compañeras de profesión, M. me pidió puntuar mi dolor, como si mi dolor fuera Miss Bolivia en el certamen de Miss Universo. Tenía que colocar mi sensación en una posición del cero al diez, siendo cero la ausencia total de dolor y diez el dolor más insoportable. Este protocolo estandarizado se llama ENV (Escala Numérica Verbal) y sirve para adaptar la analgesia a la intensidad de la dolencia. Del uno al tres, analgésicos no opioides como el paracetamol o el ibuprofeno; lo que hay en un botiquín casero. Del cuatro al seis, opioides débiles como el tramadol. Del siete al diez, opioides potentes, la joya de la corona: morfina. Al médico le di la respuesta corta: había días de cuatro, aquellos en los que funcionaba el Enamplus, una mezcla de opioides y dexketoprofeno, y días de siete, aquellos en los que no me funcionaba. La respuesta larga era un callejón sin salida, implicaba declararse en rebeldía ante la existencia de una escala numérica del dolor cuyo límite era desconocido para mí. Yo sabía dónde estaba el cero. El cero era despertar bajo el edredón con el aliento tibio de Ana en el cuello y un rayo de sol en la cara después de haber dormido diez horas, pero ¿y el diez? ¿Cómo iba a colocar un grado de intensidad si no sabía cómo se sentía el tope de la escala? ¿Era mi cuatro el dos de otra persona? ¿O mi siete el máximo absoluto

que podía aguantar y por lo tanto un diez de pleno derecho? Ignoraba cuánto dolor era capaz de soportar.

M. tampoco tenía un diagnóstico claro. Sugería en este punto que viéramos a un cirujano plástico de su confianza que había resuelto otros muñones difíciles, nos pondría en contacto con él personalmente. No era barato, pero era el mejor que conocía. M. no podía hacer más por nosotras.

Ana y yo volvimos a atravesar la acera accidentada alternando muletas y silla de ruedas. Para mayor tristeza, se había puesto a llover y salíamos sin respuestas. Los bordes de lo que se extendía ante mí eran imposibles de distinguir, así que no podía esquivarlo.

Mi tercer acto, supongo que como todos los terceros actos, empezaba entre tinieblas.

—Después de «Todo está perdido» llega «La noche oscura del alma». Si «Todo está perdido» se corresponde con la imagen de Cristo en la cruz, «La noche oscura del alma» es cuando el protagonista se lamenta: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

El terreno sobre el que circulaba mi silla de ruedas esta vez era perfectamente suave. Olga empujaba, Ana caminaba a mi lado.

—«La noche oscura del alma» despierta empatía en el espectador. Funciona porque es un momento primario. Todos hemos estado ahí: perdidos, rechazados, sin dinero, sintiéndonos diminutos y humillados.

Rodaba yo y ellas caminaban por los pasillos del área de Psiquiatría, Psicología Clínica y Salud Mental del Hospital

Universitario La Paz. El hospital se caía a pedazos, literalmente: el pasillo estaba salpicado de desconchones y luces fundidas; sus trabajadoras y trabajadores llevaban años denunciando el estado de semirruina del edificio, el colapso en las listas de espera y el maltrato laboral hacia el personal. Para completar lo que ya era un tren de la bruja bastante aterrador, a ambos lados del pasillo había fotos en blanco y negro de sanitarios trabajando durante la pandemia. Las imágenes mostraban caras de enfermeras jóvenes desencajadas por el llanto, con la piel lacerada por las mascarillas; figuras humanas casi irreconocibles envueltas en EPI, primeros planos de manos entrelazadas cubiertas por guantes de nitrilo. En nuestro tránsito suave, las caras estáticas en blanco y negro se cruzaban con las caras vivas a todo color, unas y otras eran bastante parecidas. ¿Eran las mismas? Las batas blancas desvaídas sin duda eran las mismas, seguro que hasta conservaban alguna mancha resistente de los tiempos de la pandemia que el desinfectante no había conseguido borrar del todo. La superposición de las fotos-homenaje con el trajín y el desánimo presente de sus protagonistas funcionaba como un cuento visual en el que la moraleja era que no hay justicia, que al final te jodes. La realidad anárquica en la que una noche oscura del alma puede no ser un elemento de transición, sino una constante sostenida durante años, durante generaciones, contradice siempre la armonía del guion.

El rodar y caminar terminó en una sala de espera. Ellas se quedaron, yo me propulsé un par de metros hasta la consulta de mi psicóloga asignada. Era mi tercera cita con ella; como siempre, nos separaba una mesa de aglomerado gris. De la psicóloga privada que me trataba cada semana solo me separaba la masa de aire

sutilmente perfumado que había entre su cómoda butaca y mi cómoda butaca.

La unidad de Salud Mental del Hospital Universitario La Paz no está para tratar la falta de asertividad o la autoestima baja: este es el lugar de los suicidas, las enfermas terminales y los trastornos de la conducta alimentaria autolesivos. Odiaba esa trinchera, esa zona cero de la desgracia le quitaba toda legitimidad a mi derrumbe. Por comparación con las metástasis y los duelos de la sala de espera, allí no me sentía autorizada a aullar como un bebé y abandonarme a la autocompasión, pero aun así lo hice.

Traté de explicarle a la doctora el dolor sin escala numérica y toda la retorcida vergüenza que sentía por haber decepcionado a mis padres de una manera tan extraña. Ella tamborileó con un boli sobre la mesa y se subió las gafas, muy precarias, sobre una nariz diminuta. Me dijo que lo normal era que una vez pasados los primeros meses estuviera bastante más baja de ánimo. Eso es. En esa escala claramente estaba rondando el cero. Se habían extinguido la obstinación, la negación y la esperanza necesarias para alimentar eso que se conoce como *el ánimo*. Y sin ánimo alguien como yo estaba desnuda, tenía poco que ofrecer.

El ánimo es una de las divisas con las que los cuerpos discapacitados pagan por su existencia. Con ánimo compensamos la deuda con nuestro entorno los dependientes, los ancianos, los obesos, los horriblemente cansados y deformados, los improductivos; también con silencio, contención, sentido del humor o reservando los momentos más oscuros para las consultas de salud mental. En aquel punto, todos los recursos necesarios para *mantener el ánimo* estaban esquilmados. Quizá la última brizna se

me había gastado al salir del armario de la amputación con mis padres muchas tardes atrás. La abstracta fuerza motriz del *ánimo* estaba marchita en su maceta, flotando en su pecera. Muerta.

La psicóloga tomó notas en su ordenador de los medicamentos que tenía recetados. Cuando terminó, se quitó las gafas y me preguntó si tenía planeado irme de Madrid por esas fechas. Luego, me hizo una prescripción inesperada. Su trabajo consistía en asistir a muchas y muy diversas noches oscuras del alma, había visto algunas que no terminaban nunca, algunas en las que nunca llegaba a amanecer. Supongo que, según su experiencia, no había otra opción que tratar de atravesarlas por el mismísimo centro, sin atajos, sin la certeza de que existiera algo al otro lado. Ahora sin gafas, noté que ella también estaba cansada. Veía la exposición de homenaje a los héroes de la pandemia a diario, le debía de parecer un chiste cruzarse con los mismos compañeros y compañeras exprimidos y derrotados para luego llegar a esa mesa de aglomerado gris en la que cada día se abría un abanico enorme de secuelas.

La prescripción consistía en mandarme unos días a Almería con mi novia y mis amigas. Me pidió que aparcara los intentos de usar la prótesis y dejara de buscar la solución durante una temporada. Me daba permiso médico para no mantener el ánimo, el salvoconducto para atravesar la negrura en lugar de resistirme a ella.

—La noche oscura del alma es cuando se da la verdadera transformación del personaje.

En Almería seguimos viendo películas, pero desde el sofá de Victoria y Menchu también se veía el mar. A la zona pavimentada

que rodea la playa de Almería todo el mundo la llama solo «paseo marítimo», pero en realidad lleva el nombre de una mujer que murió gritando: «Muero feliz porque muero republicana. Griten, amigos, conmigo: ¡Viva la República!».

Se llamaba Carmen de Burgos, firmaba como Colombine. Fue la primera mujer redactora de prensa, la primera corresponsal de guerra de España; tradujo a Tolstói, Ruskin y Wilde, y fue pionera en la defensa del divorcio. Su producción literaria roza lo industrial: escribió 100 novelas cortas, 12 novelas largas, unos 10.000 artículos en 140 periódicos de todo el mundo, y tradujo la biografía de Hellen Keller, porque también dio clases a niños sordomudos. Se puede decir que escribió *Bodas de sangre* antes que Lorca: los dos autores se basaron en el mismo crimen, pero la novela de Colombine se publicó dos años antes. Si le flaqueó el ánimo en algún momento, incluido el de su muerte, supo disimularlo muy bien. El monumento dedicado a esta ilustre andaluza es una larga superficie lisa que corre en paralelo a la costa; está hecho para ser transitado.

En aquellos días, yo observaba a la gente aparecer y desaparecer en el tramo de paseo que se veía desde el ventanal de mis amigas, y de vez en cuando me atrevía a proyectar la posibilidad de ser algún día una de ellos. Era Navidad. Algo común a todos los burócratas del cuerpo que me habían reconocido, además de la pregunta sobre la escala de dolor, era el pronóstico de que todo se *asentaría* en un año. Había que enfrentar la novedad terrible de una rotación completa con el nuevo cuerpo: una Nochebuena, unas vacaciones, una fiesta de cumpleaños, un viaje de trabajo, el día más corto del año, el día más caluroso del año, el más ruidoso, el más triste. Tenía sentido, la estructura de guion que ellos manejaban era cíclica, como

lo son los procesos del cuerpo y de la naturaleza. Las transiciones obviamente solo se revelan como tales una vez atravesadas. No sabía si iba a salir transformada al otro lado del dolor. No sabía que existía un otro lado, solo era una idea que aparecía y desaparecía de mi campo de visión, como los transeúntes del paseo Carmen de Burgos.

Los días se confundían entre sí, solo destacaban las fiestas por la comida y la mayor afluencia de visitas. En Nochevieja, en un intento de sostener mínimamente los protocolos navideños, me puse un vestido de gasa transparente verde botella que cubría los laterales de la silla de ruedas de volantes. Victoria y Menchu se habían fabricado unos disfraces de abetos decorados cosiendo a mano bolas de plástico brillante y luces a unos tutús verdes. Salieron bailando con ellos por sorpresa al final de la cena y todas nos reímos descontroladamente. Ana fue la primera a la que se le quebró la risa y se le saltaron las lágrimas; la seguimos el resto. No era yo la única que a base de explotar la mina del ánimo en exceso empezaba a extraer minerales extraños, impuros. Nos desahogamos durante un minuto o dos, y luego algunas se inclinaron sobre mi silla de ruedas para hacernos un selfi, ellas con sus disfraces caseros de árbol de Navidad, yo con los ojos vidriosos por el tramadol y un porro enorme que llevaba en la boca. Me pasaba el día picoteando en cada zona de la escala numérica de la analgesia y a veces combinaba drogas de ocho con drogas de dos, drogas de cuatro con drogas de siete. Publiqué la foto en Instagram con el texto: «Mi único deseo para el próximo año es ver esta foto y pensar "joder, qué mal me encontraba en Nochevieja"». Ahí estaba, una proyección lanzada al futuro. Al posible final de la noche.

Victoria y Menchu nos habían cedido a Ana y a mí su habitación: ellas dormirían en el salón y Olga, en el cuarto de invitados. Todas se despertaban antes que yo, y cuando me desperezaba y me encaramaba a las muletas o a la silla de ruedas la casa estaba viva, llena de luz, olor a café, conversaciones y actividad.

La tradición del 1 de enero era darse un baño en el mar si hacía buen tiempo. Siempre nos habíamos creído muy valientes por aquellos chapuzones en pleno invierno, pero no sabíamos lo que nos esperaba, la osadía que nos iba a reclamar algún día el primer baño del año. El 1 de enero de 2024, el mar se había convertido en algo distinto. La última vez que había estado sumergida en el agua salada me estaba desangrando.

Esto era. Por eso el ambiente de la casa había estado denso y raro. Estaba acostumbrada a que la analgesia me mantuviera siempre un poco al margen de las conversaciones, pero aquella tensión sí había conseguido captarla. Las chicas no sabían qué hacer.

¿Qué hacer con el mar? El mar siempre había sido el calmante para todos los números de la escala, no me podía permitir temerlo. Una pasarela de madera iba desde el paseo de Colombine hasta casi la orilla. Era una mañana de dos, se podía intentar. Me confié a una vida entera de buenos recuerdos asociados al mar, aposté a que iban a ser más fuertes. Aposté a que, a pesar de la mutilación tan visible, el placer se habría quedado más fijo en la memoria que el trauma. Y bajamos a la playa.

Clavé las muletas en la arena compacta. Era muy raro sentir las olas solo en un lado del cuerpo. Ana y Menchu me escoltaban; el agua estaba mansa, helada y turquesa brillante. El muñón entró en el frío y, a partir de las rodillas, en la ingravidez familiar, el

movimiento se hizo más fácil. Estábamos rodeadas de pececitos plateados y frenéticos. Las mujeres amadas que me flanqueaban avanzaban conmigo, éramos un solo cuerpo con un número más que suficiente de extremidades. Cerré los ojos, me sumergí completamente y di una brazada libre. Avancé sin prótesis, el cuerpo nuevo se movía libre, autónomo y asombrosamente sereno. A pesar de todo, no se había imprimado de miedo.

—Poco antes del final, el protagonista da con la solución en un último y definitivo esfuerzo —explicó Olga.

Nos secamos contentas, tendidas en la orilla. El sol de invierno nos lamía desde todas partes. La sensación, por primera vez en mucho tiempo, era bastante cercana a cero.

—El final implica vencer a todos los malos en orden ascendente, desde los sicarios hasta el jefe. Obviamente no tiene que ser un jefe real, ya me entendéis, sino la fuente principal del problema. No basta con que el protagonista triunfe, debe aparecer un nuevo orden. De alguna manera, solventar el problema implica cambiar el mundo, porque este es el camino emocionalmente más satisfactorio.

—Entiendo, Olga, míranos ahora. ¿No te parece que esta sería una buena imagen final? Todas aquí tiradas, secándonos a la orillita del mar.

—Sí, yo cortaré aquí. Pero, claro, la vida sigue. Tú sigues sufriendo; hay que pensar qué comemos, que no han quedado tantas sobras. Ojalá todo tuviera finales tan limpios como algunos guiones, pero siempre es todo mucho más complicado.

—Bueno, Carmen de Burgos se murió chillando: «Muero feliz porque muero republicana. Griten, amigos, conmigo: ¡Viva la República!».».

—Sí, ese es un final bastante redondo.

Nuestro primer baño después del accidente no inauguró un nuevo orden mundial. El cuerpo siguió intermitentemente doliente, pero en el primer día laborable de ese nuevo año recibí una llamada. Una voz femenina, rápida y gestora.

Era la secretaria del cirujano que me había recomendado M. Tenía un hueco para verme, valorar volver a abrirme y establecer una comunicación directa con la fuente del dolor sin intermediarios.

7. El tiempo

La discapacidad pone de relieve algo que es cierto para todo el mundo: no importa lo independientes y lo aptos que nos sintamos, no somos simplemente seres que estén vivos, sino que, más bien, se nos mantiene vivos, en contra de toda una serie de elementos que algunas personas tienen, no obstante, el privilegio de poder ignorar.

JENNY O'DELL, *Reconquista tu tiempo*

El público entra animado y ruidoso en la terraza del museo, la sesión está llena. Algunos vienen a ver la performance; otros, a bailar con el DJ set que hay después; y otros, solo a contemplar el atardecer desde un lugar privilegiado. No es un museo de arte contemporáneo al uso, no está en el centro de una gran ciudad, sino en un municipio con población mayoritariamente de clase trabajadora. Vecinas y vecinos con bocatas envueltos en papel de aluminio se mezclan con jóvenes asiduos a festivales literarios y sesiones de música experimental que han venido en tren desde el centro de Madrid. Estos últimos pasan por sofisticados urbanitas por sus cejas decoloradas, vestimenta en riguroso negro berlinés y

cortes de pelo imposibles, pero tampoco lo son. La mayoría llegaron a Madrid huyendo de sus respectivas periferias de origen.

La audiencia se distribuye en las gradas al aire libre, la figura de la artista se recorta contra un cielo anaranjado animado por bandadas de pájaros. Cuando ella empieza a moverse, las conversaciones mueren y la atención se dirige a su cuerpo. Se sienta y suelta el bastón, se quita los audífonos, se quita las gafas de cristales gruesísimos y el calzado ortopédico.

Se pone de pie.

Sigue llevando una camisa blanca y unos pantalones negros, pero en este momento, despojada de sus prótesis, está más desnuda que si estuviera realmente desnuda. Es ella de verdad, como llegó al mundo; una humana con algunos ingredientes menos de los habituales en el cromosoma seis. Ante decenas de miradas empieza a subir las anchas escaleras de piedra que atraviesan las gradas. La pisada es inestable, uno de los pies está ligeramente torcido. La artista mira hacia abajo con gesto de concentración, cada intento es una minúscula película de suspense. ¿Lo conseguirá esta vez? El público mira los escalones que le quedan, los mismos que al llegar al museo han transitado con despreocupación y que ahora son el escenario de una escalada kamikaze, de una locura.

La artista continúa su misión a un ritmo propio, mientras en las cabecitas del público se libran decenas de batallas. Algunos se debaten entre ayudarla o no: ¿será esto una prueba? Otros, inmóviles, se indignan por que nadie tome la iniciativa de ayudarla. Unos pocos susurran que, conociendo su obra, sería condescendiente hacerlo. Otros se aburren y miran el móvil; también

los hay que miran el móvil porque no son capaces de sostener la tensión. Extrañamente, la mayoría nos reconocemos en ella.

Cuando llega arriba, la multitud contiene un aplauso. El aplauso nace muerto, asfixiado por el conflicto de si será apropiado aplaudir. Después de todo, esta mujer solo está viviendo. Se respira cierto alivio hasta que trágicamente la artista se da la vuelta, emprende la bajada y ahora cada escalón es un precipicio.

Es la primavera de 2022, aún conservaré mis dos pies un tiempo. Yo soy una de las comisarias del festival en el que se desarrolla la performance. En todas las sesiones me he sentado en las gradas para espiar de cerca las reacciones del público. Un chico a mi lado le susurra a su acompañante: «Esto está pensado para pasarlo mal».

La artista que ha tardado casi una hora en completar una actividad aparentemente cotidiana se abandona al abismo de diecisiete centímetros del último escalón. Se llama Costa Badía y en su pieza ha escenificado el *crip time*, el tiempo de la discapacidad, el tiempo de las tullidas. Y en realidad ella se lo ha pasado en grande.

Cada cuerpo distorsiona el tiempo a su alrededor. No hablo de los cuerpos celestes sino de los humanos. No hablo de una estrella, sino de una mano agarrada a una cuchara emprendiendo un viaje por el pequeño y decisivo tramo de universo que va desde el plato hasta la boca. El tiempo de ese trayecto es tan elástico y complejo como el de los movimientos de los astros.

Yo conocía muy bien la inestabilidad del tiempo antes de que mi propio cuerpo empezara a deformarlo. Cuando iba a pasar unos días a la casa a la que mis padres se mudaron después de jubilarse, un

apartamento diminuto en un pueblo costero, siempre dormía en el mismo sofá en el que me había quedado viendo películas hasta la madrugada. Ellos se despertaban temprano y, mientras yo aún dormitaba, empezaban la lenta, lentísima sucesión de tareas que les llevaban al primer ritual familiar del día: el desayuno en el mismo bar con terraza de siempre. «Adelantaos, ahora os alcanzo». Dormía mientras ellos se aseaban, dormía mientras ellos buscaban algo que ponerse entre la ropa borrosa y enredada de los cajones. Mientras se la ponían, dormía en los innumerables lapsos inertes entre tarea y tarea para pensar «¿qué tarea toca ahora?». Su tránsito renqueante por los trescientos metros que separaban la casa del bar era para mí un tiempo precioso de sueño acelerado. Las primeras actividades del día para ellos estaban estiradas como chicles; para mí, concentradas en pocos minutos: lavarme la cara, ponerme un chándal, dar tres zancadas y aparecer en la mesa frente al mar como una viajera en el tiempo que puede transportarse, arrogante, desde un pasado remoto a su mesa del desayuno.

Lo que hacía entonces era saltar sobre el tiempo distorsionado de la discapacidad y la vejez, entrar y salir de la línea de mis padres sin verla realmente. El valor de la propuesta artística de Costa es desbloquear en el espectador capacitado (y probablemente capacitista) otra manera de concebir el tiempo y el espacio, regalarle una visión nueva y radical no solo de los minutos, sino de los bordillos, las sillas y las escaleras que les ayude a convivir con personas diferentes o con sus propios cuerpos en el futuro.

Las primeras personas en teorizar sobre la temporalidad particular de la discapacidad fueron los académicos Irv Zola y Carol Gill. Encontraron una forma común de referirse a la percepción del

tiempo entre personas con discapacidades muy diversas o con diagnósticos de diferentes afecciones. Empezaron a usar *crip time*, algo así como *tiempo tullido* o *tiempo lisiado*, como si fuera una expresión que siempre hubiera estado ahí, en la teoría o en la calle. No obstante, el principal texto de referencia sobre el *crip time* es el libro *Feminist, Queer Crip*, de Alison Kafer. Para Kafer, la temporalidad de las tullidas no es solo una noción flexible del tiempo necesario para completar una tarea por la lentitud de quien la lleva a cabo, sino por muchos factores externos: aceras irregulares, transportes públicos sin adaptar, asistentes con demasiada carga de trabajo, equipos médicos que no funcionan. En otras palabras, el *crip time* es sobre todo un tiempo impuesto por un mundo hostil adaptado solo para unos pocos.

Después de la performance, Costa vuelve a coger el bastón y a ponerse las gafas, los audífonos y el calzado especial para mezclarse con el público durante la sesión de LVL1, le DJ, una presencia colorida que también desafía al tiempo convencional porque parece provenir de un futuro sin dos géneros estancos. El director del museo se acerca a Costa, contento y decidido, para decirle que le ha encantado, que su trabajo siempre le recuerda a Bruce Nauman, a la performance clásica. Se forma un corrillo y la artista recibe la atención con total naturalidad. Es una diva. Ella misma abraza esta identidad, la de diva por encima de todas las demás.

El director y ella siguen hablando: tiene programada otra pieza suya en unos meses para la que es necesario convocar un *casting*. Se llama *Tacón, pie, bastón*. Esta vez, bajará por la escalera interior

del museo vestida con una túnica escotada de raso rosa, peinada con ondas arquitectónicas cubiertas de brillantina y perfectamente maquillada. En lugar de sobre un bastón, irá apoyada sobre dos chicos vestidos de esmoquin; el *casting* se convoca para elegirlos a ellos, tienen que ser altos, fuertes, galanes clásicos. El público la contemplará desde abajo y esperará todo lo que tenga que esperar. En la exploración de su vida y de su práctica creativa, Costa ha descubierto que la temporalidad de las divas y la de las discas tiene mucho en común. Lo que diferencia a una artista cualquiera de una diva es la gestión del tiempo.

Desde Marilyn Monroe hasta Whitney Houston, desde Imperio Argentina hasta Mariah Carey, las actrices, cantantes y presentadoras televisivas solo transicionan de celebridades a divas cuando empiezan a imponer una noción propia del tiempo que no entiende de optimización.

El *crip time*, como el tiempo de las divas, no es productivo: es una bofetada teatral en la cara de la eficiencia. Divas y discas no solo coinciden en un ritmo propio, también en la necesidad de un *entourage*, de un séquito. Solo con algunos retoques superficiales, como cambiar el esmoquin de los chicos por un uniforme blanco, la túnica de raso rosa por un chándal y el maquillaje elaborado por una cara lavada, el público leería a los actores como asistentes y a Costa como una mujer con discapacidad. Con una puesta en escena mínima, *Tacón, pie, bastón* desplaza el punto de vista, hace añicos la idea de que una persona como Costa es unidimensional, e impide a la discapacidad engullir todos los demás aspectos de su existencia. Propone muchas preguntas sobre la asistencia, su uso, su nivel de

aceptación social, quién la necesita y cómo la entendemos los demás.

Desde que se levanta hasta que sale de casa, Costa tarda tres horas en prepararse; probablemente, Lady Gaga también. Si a Costa se le cae un guante y el viento lo arrastra, no saldrá corriendo detrás de él, pero Beyoncé tampoco. Ella propone desde la periferia, no compra la imposición de superarse según estándares que no le interesan. Resulta magnética simplemente viviendo en sus propios términos, jugueteando con el juicio de los demás, igual que sucede con las estrellas del pop o las actrices de Hollywood. Su *crip time* es una experiencia gozosa, impuesta por su cromosoma seis, cierto, pero también conquistada.

Mi *crip time* volvía a ser el tiempo de la cicatrización. De vuelta en Madrid, después de una Navidad blanca de fármacos, Ana y yo fuimos a ver al cirujano que M. me había recomendado y al que yo le había sido recomendada como paciente, como si la operación también fuera un *casting*. Estaba muy solicitado. Atajamos de nuevo por la vía privada, el dinero es otro factor distorsionador del tiempo, puede hacer desaparecer una espera en un pestañeo, la intimidad entre tiempo y dinero gobierna nuestras vidas de manera tan determinante e invisible como el aire que respiramos.

Ana y yo nunca habíamos estado en una clínica así: estaba en un barrio residencial rodeado de colegios bilingües, el personal llevaba manicuras discretas y uniformes que encajaban más con la recepción de un hotel de lujo que con una instalación sanitaria; una de las trabajadoras nos acompañó a una sala de espera cómoda que olía a

jazmín sintético. Sentimos que nuestras imperfecciones, las pelotillas de nuestros jerséis, nuestros peinados descuidados y los poros de nuestra piel se multiplicaban de repente. Tuvimos una intensa conversación con la mirada, en silencio, sobre la otra mujer que había en la sala de espera leyendo en una tablet.

—¿Has visto los mocasines?

—De Prada. ¿Cuánto cuestan esos zapatos?

—Pues igual tres mil euros menos que el bolso.

—Nunca había visto uno de esos *in the wild*, colgado del hombro de una mujer de verdad, con sus gafas de sol y sus clínex dentro.

—Es guapa, eh. Ni una gota de maquillaje, la tía. Cómo son esas caras de las pijas internacionales.

—¿Ves en qué idioma tiene el iPad?

—No. Me da toda la vibra de que su familia es iraní pero tiene una editorial en Francia.

—La verdad es que así es otra cosa tener cáncer de mama.

El cirujano era famoso por sus reconstrucciones de manos, pies o pechos. Arancha también me había hablado con entusiasmo de casos complicados que había resuelto. Ana y yo estábamos esperanzadas con la posibilidad de una solución y también fascinadas por el safari de clase. Aquello no tenía nada que ver con la sanidad privada a la que dan acceso los seguros con una cuota de setenta euros mensuales. Era otro sector, una opción varios escalones por encima: para mí era la última vía desesperada, pero para un puñado de gente era solo atención médica rutinaria. Gente que vivía al margen de la exposición de héroes de la pandemia en los pasillos de La Paz, de la mesa de aglomerado gris de la psicóloga cansada.

Una de las recepcionistas se acercó discretamente a la mujer de aire distinguido y la acompañó a su consulta. Nada de megafonías ni de pantallas con números de turno. Poco después, otra azafata de tierra de la sanidad de lujo hizo lo mismo con Ana y conmigo.

El cirujano era esbelto, tenía complexión de golfista o de corredor, y actuaba como si tuviera todo el tiempo del mundo. Nos enseñó en su ordenador un catálogo de muñones transtibiales reconstruidos que no se parecían en nada al mío, las cicatrices eran solo franjas de piel rosada y tenían formas semicirculares regulares.

—Parecen hechos con Photoshop.

Traté de bromear para parecer menos intimidada. Él solo sonrió, era sobrio y delicado, como un pianista. Igual que la mujer de la sala de espera, emanaba un pedigrí que casi se podía olfatear. Ojeó los informes y observó mi pierna como si fuera un acontecimiento separado de mí. Yo también lo hice.

El muslo había perdido masa muscular, estaba muy delgado. Tenía una cicatriz fresca desde la ingle hasta la rodilla: era el lugar por el que habían sacado una vena en uno de los intentos de baipás. Bajo la rodilla quedaba aproximadamente un palmo de extremidad cerrado irregularmente. Mi muñón parecía un saco cosido a toda prisa. Una de las zonas de la cicatriz, la que había curado libre de grapas —por sí misma, desde dentro, lentísimamente, como una enorme grieta sanguinolenta que cada día se iba cerrando un poco más—, se veía rosada y frágil. Un roce intenso podía volver a hacerla sangrar. El cirujano no me pidió que puntuase mis sensaciones y yo lo agradecí, había demostrado tener muy poco talento como ventrílocua de mi organismo.

Salimos de la clínica escoltadas por otro miembro del ejército de personal uniformado, que nos despidió con cortesía de *spa* de cinco estrellas. El cirujano me avisaría de mi próxima cita en cuanto tuviera un quirófano disponible, era cuestión de semanas. Yo ya no le podía decir nada más a él ni a ningún médico. Tenían que comunicarse directamente con mi cuerpo.

En el tiempo en que el cirujano y yo tuvimos contacto, llegué a hacerle reír al menos en un par de ocasiones. Tenemos un selfi juntos en el que sonreímos abiertamente, yo sentada en la camilla y él haciendo un gesto triunfante inclinado sobre mi pierna. Sería una foto casual de dos amigos si no fuera porque en la mano que no levanta el pulgar él tiene un quitagrapas y porque en el centro de la imagen, iluminada por un foco de quirófano, está mi pierna amputada recién reconstruida. El nuevo final de mi nuevo cuerpo tiene un cierre limpio y redondeado que en un tiempo se parecerá al de los muñones modélicos que había visto en las fotos de la primera consulta.

La reconstrucción se hizo en un hospital privado. Justo antes del ingreso, en un pequeño despacho, volaron dos tercios de mi cuenta de ahorros. Mi habitación disponía de una cama cómoda y limpia para Ana, tenía hasta una pequeña mesa en la que pudo avanzar con su tesis mientras yo me recuperaba de la anestesia. Estábamos física y socialmente muy lejos de la butaca de hierro de Mallorca.

El cirujano se sentó con nosotras en aquel espacio íntimo para explicarnos, con su tranquilidad habitual, lo que se había encontrado en la operación. Nos mostró una foto de mi muñón abierto como un tulipán rojo; junto a él, en una bandejita, había fragmentos de hueso y un pegote grisáceo de tejido endurecido. Era el tejido

cicatricial que yo misma había fabricado durante tanto tiempo, el proceso artesanal al que había estado dedicada durante meses y que mi hermana y yo observábamos con fascinación. Me dio nostalgia pensar que después de tanto trabajo había terminado por ser desechado en un contenedor con la etiqueta de riesgo biológico. Otra despedida más.

El pie había tenido un destino parecido. Un día, en el hospital de Mallorca, una enfermera le dijo a Ana que en administración querían hablar con ella sobre la «gestión del miembro». Fue la misma mañana en la que mis amigas de Almería habían aparecido por sorpresa y todas nos reímos revolucionadas. Estábamos tan sobreexcitadas y nuestro contacto con la realidad estaba tan alterado que ni nos preguntamos por qué en administración querían hablar con Ana y no conmigo, que estaba consciente.

—¿Qué hago, cariño?

—Lo más barato —le contesté.

Resulta que podría haber enterrado mi pie, incluso podría haberlo congelado para que lo enterraran con el resto de mi cuerpo una vez muerta, pero decidí deprisa dejarlo atrás. Toda la nostalgia que no le había dedicado al miembro perdido me la provocaba en aquel momento el pegote de tejido cicatricial que había sido el centro de mis desvelos durante tanto tiempo. Me hacía pensar que quizá hubiera sido interesante conservar el pie, al menos la parte ósea, para disfrutar de una *preview* de lo que me esperaba en el futuro. Un pequeño y privilegiado viaje en el tiempo para echar un vistazo al aspecto que tendría en la tumba.

El cirujano no le prestó mucha atención a las piezas sobrantes que me había quitado. Nos mostró otra foto en la que el tulipán de carne

estaba más abierto y en medio había un cordón grueso y blanco.

—Me lo has puesto fácil. ¿Ves esto? Es el nervio peroneo. Estaba enganchado en el hueso, en concreto en la zona de apoyo. Lo protegía la inflamación. Cuando sometiste la zona a movimiento y presión, y la hinchazón bajó, el nervio quedó expuesto. Cómo no te iba a doler, criatura.

Había estado tratando de caminar sobre un nervio atrapado. Ninguna de mis metáforas había llegado tan lejos. Hubo que volver a abrirme para encontrar la imagen definitiva que explicase el dolor que sentía. Efectivamente, era como tratar de caminar sobre una muela que necesita una endodoncia. En la misma cama del hospital pijo, repetí despacio y con miedo los movimientos que antes me provocaban descargas insoportables. No sentí nada, solo el familiar entumecimiento que sigue a las cirugías. Nada más.

En el horizonte, la larga noche empezaba a clarear. Estaba decidida, esta vez sí, a abandonarme a la cadencia temporal que imponía mi nuevo cuerpo. Había aprendido que era inútil resistirse a ella.

En su ensayo *Reconquista tu tiempo*, la artista y docente estadounidense Jenny Odell reflexiona sobre el tiempo, el de las vidas humanas y el de la naturaleza; las cuentas atrás de los cronómetros industriales y la gran cuenta atrás del cambio climático; el tiempo productivo y el tiempo de ocio.

El primer capítulo del libro está dedicado a desentrañar la idea de que el tiempo es oro. El mayor triunfo del sistema económico actual es haberse hecho pasar por irremediable, casi por un fenómeno

natural. El tiempo se asimila popularmente al dinero porque estamos obligadas a venderlo para sobrevivir, pero el chantaje *tiempo de trabajo = renta = supervivencia económica* es relativamente reciente e indiscutiblemente artificial. Odell se pregunta a quién le hizo falta un reloj mecánico que midiera el tiempo y para qué, ya que durante la mayor parte de la existencia humana no había sido necesario dividir el día en unidades iguales. Durante generaciones, las horas que ahora tenemos naturalizadas eran tan extrañas como la medida numérica del dolor. En el siglo XVIII, un libro de referencia chino tildaba los relojes occidentales de extravagancias que no satisfacían ninguna necesidad básica.^[9] Según cuenta Odell, nuestras horas medibles surgieron con el desarrollo de las horas canónicas cristianas, sobre todo bajo la regla de san Benito, en el siglo XVI. La regla, que dictaba que la ociosidad era enemiga del alma, dividía el día en siete momentos marcados por la oración. Cinco siglos después, los monjes cistercienses fusionaron la empresa devocional con la económica: el tiempo compartimentado les era útil para dirigir granjas y minas, y la sociedad burguesa recogió estos aprendizajes cuando empezaron a concentrar poder y producción en las ciudades. Los relojes, como dice Odell, «no solo prestaban servicio en la actividad comercial, sino que también señalaban los límites que acotaban el valor del día de trabajo que se compraba a una clase trabajadora que no disponía de más cosa para vender que su tiempo de trabajo». ^[10]

En la empresa imperialista los colonos no solo exportaron enfermedades infecciosas, también la concepción del tiempo. No es que en las sociedades nativas no hubiera modos de medirlo, sino que no resultaban útiles a la idea europea de civilización. En

resumen, el tiempo es dinero, sí, pero muy a nuestro pesar. Ha hecho falta imponer una sucesión de sistemas de dominación en muchos lugares distintos para convencernos de que el tiempo es oro.

La enfermedad, la discapacidad y la herida tienen el inesperado beneficio colateral de que el tiempo humano deja de ser el tiempo del oro y empieza a ser el tiempo de no estar muerta. El presente, desde este punto de vista, puede ser valioso siendo a la vez improductivo, una combinación casi inconcebible desde los tiempos de la regla de san Benito. A quienes somos públicamente críticas con el capitalismo con frecuencia se nos tacha de poco realistas, algo paradójico, porque lo que hacemos precisamente es señalar el absurdo, la estúpida quimera de que un sistema basado en el crecimiento y la competencia infinitos es posible en un mundo con recursos limitados. A medida que la discusión avanza y el interlocutor queda acorralado, normalmente llega el momento en el que nos invita a irnos: si no te gusta, declárate en rebeldía y deja de intercambiar dinero por bienes y servicios; si no te gusta, lárgate, pero ¿a dónde? Son precisamente los tecnomagnates los que se quieren ir a Marte para continuar con la fiesta de la explotación del planeta sin los inconvenientes de habitarlo.

El capitalismo, replicamos con convicción las que nos hemos criado al calor del pensamiento de Marc Fisher y Žižek, no tiene un afuera, por eso nos resulta tan asfixiante. Sus lógicas, además, nos espolean desde dentro a través de nuestros propios objetivos de productividad en todos los ámbitos de la vida: ejercicio, alimentación, lectura útil, meditación obligatoria, tiempo de ocio *instagramable*, experiencias que aporten, amistades que aporten,

viajes que aporten. Hemos cambiado la vigilancia del Dios interior por la del jefe interior. Por una cuestión de virtud, necesitamos llenar el tiempo de ganancia. Sencillamente, vivir no es suficiente.

Pero el tiempo no solo es un recurso intercambiable, el tiempo no es solo oro.

Posiblemente, el público que acudió a ver una performance en la azotea del museo de arte contemporáneo periférico aquella tarde de 2022 esperaba una experiencia vistosa y fotografiable, esperaba ganar algo de capital social o quizá generar una opinión. Lo que encontró fue un relleno nuevo e inesperado para aquel momento preciso de su vida, se les regaló una hora robada a la eficacia y también al ocio productivo. Lo más seguro es que muchos recordaran los meses de pandemia, tan cercanos, en los que la gente capacitada se vio expuesta a su propia mortalidad, a su fragilidad, a la conciencia de lo mucho que dependemos unos de otros; verdades indiscutibles con las que conviven a diario quienes tienen discapacidad.

Aquella tarde, Costa me dijo que le incomodaba bastante esa idea bienintencionada de que todo el mundo es discapacitado en algún grado. No es cierto, existen cientos de brechas —de comunicación, de movilidad, de relaciones sociales— entre personas sin discapacidades y con ellas, pero la vulnerabilidad y la interdependencia son realidades humanas a las que las capacitadas viven de espaldas.

—Todo está adaptado, no solo lo que se adapta a nosotras —me dijo—. Claro que lo está, ¿o acaso los cuadros de los museos están a

cinco metros de altura? Todo está adaptado, pero solo para algunos.

Con la segunda etapa de cicatrización empezaban a asomar intuiciones claras que poco a poco se irían convirtiendo en certezas: mi condición no era algo que resolver, mi nuevo cuerpo sería mi cuerpo para siempre, no había una forma de vivir a una velocidad distinta a la que marcaran sus procesos, y, por último, todo aquello me había pasado a mí, pero estaba muy lejos de ser un asunto personal. Mi circunstancia se ramificaba dentro de una pareja, una familia, decenas de vínculos de afecto y una sociedad con cuyas reglas y ritmos iba a tener que seguir negociando cada día y hasta el día de mi muerte. Me preguntaba entonces si esto no había sido así siempre, si esto no era así para absolutamente todo el mundo en todas partes y yo solo me había dado cuenta entonces, con la claridad y la calma que llegaban después del dolor. ¿Era *crip time* el tiempo de mi entorno cuando se adaptaba a mí? La teoría desde luego habla constantemente de asistentes y cuidadoras.

Después de la última operación, Ana y yo nos refugiamos bajo el ala de su madre, Pino. Aún no podíamos volver a nuestro quinto sin ascensor y mi sobrino regresó a la habitación que habíamos estado ocupando durante meses. Necesitábamos seguir siendo las niñas de alguien. Mientras yo me curaba, Ana terminaba la tesis y su madre se ocupaba de asegurar nuestra supervivencia como antes se había ocupado mi familia. El tiempo tampoco es un recurso individual: no solo lo intercambiamos y lo vendemos, también tenemos la capacidad de liberar el de los demás.

Cada cuadro que cuelga en un museo, cada ópera que se representa en un teatro, todas y cada una de las piezas que componen la cultura humana se han creado empleando horas que el autor no tenía que dedicar a hacerse unos huevos revueltos, lavar su casaca o criar a sus hijos. El tiempo dedicado a sostener la vida, tiempo perteneciente casi en exclusiva a las mujeres, nunca es oro. El sistema económico en el que cada minuto es cuantificable en términos de valor se construye sobre un andamiaje de trabajo invisible y gratuito, de tiempo robado a las mujeres o entregado por ellas después de un largo entrenamiento para convencerlas de que este es su destino natural.

Toda sociedad civilizada debería sostener por definición los tiempos de la discapacidad con la misma naturalidad con la que sostiene los de la crianza, la convalecencia o el duelo. El tiempo, como el dinero, necesita ser revisado con lógicas redistributivas y dejar de considerarse un asunto doméstico y privado, porque está muy lejos de serlo. En mi pequeña comunidad se había dado una reorganización cronológica, un nuevo reparto en el que mi *crip time* se expandía como el musgo por varias vidas.

Había vuelto a trabajar, escribí un largo reportaje sobre un consultorio para mujeres en el franquismo, participé en una mesa redonda, di una charla en Valencia, hice colaboraciones para la radio con un pequeño equipo que me enviaron a casa. Cada semana me desplazaba a la redacción para grabar con mi compañera Inés nuestro pódcast. Ella incorporó a su rutina el tiempo de recogerme en casa, bajar la silla de ruedas a pulso por los cuatro escalones del portal —que yo salvaba con muletas—, meterla en el maletero y hacerme rodar hasta nuestro estudio. Todos esos nuevos protocolos

eran insólitos para las dos, pero los automatizamos de prisa. Nuestras conversaciones durante todo el proceso empezaron muy rápido a ser las mismas que teníamos antes del accidente.

En nuestro primer trayecto en taxi juntas de camino al trabajo, sin perder el hilo de la conversación, Inés le dio unos toques ágiles a la pantalla de su móvil para cambiar la configuración del calendario. Un gesto de diva. Reservó una hora más cada semana para la grabación, ensanchando el espacio reservado a la actividad para dárselo a su labor de cuidadora. De sujeto condicionado por el *crip time*. De sujeto contaminado, damnificado, enriquecido, elevado por la idea de un tiempo no condicionado por el trabajo, sino indistinguible de la vida.

El tiempo dedicado a los cuidados es mucho más imprevisible y difícil de acotar. En algunas ocasiones, el cuadrado estanco del calendario dedicado a mí se desbordaba.

Después de una de nuestras grabaciones, Inés tuvo que trastocar su agenda para acompañarme a una revisión con el cirujano. Los espacios de autoridad y contención la ponían juguetona, todavía más expansiva y arrolladora de lo que era en estado de reposo, así que le hice jurar que iba a mantener un perfil bajo, porque el cirujano era todo un señor e íbamos a lo que íbamos. Mantuvo su promesa durante gran parte de la consulta, hasta que preguntó discretamente por un procedimiento estético invasivo. El cirujano, irónico, le echó ocho años más de los que tenía y ella, que tan diligentemente había mantenido las formas por su amiga, se cagó en sus muertos. Él lo encajó con elegancia, quizá no era la primera vez que le pasaba. Después de todo, una consulta de cirugía plástica y

reconstructiva es otro punto de encuentro natural entre discapacitadas y divas.

Yo también estaba en esa intersección, mi estado era de interés público, así que hice algunas entrevistas en las que me hacían fotos de diva y yo daba respuestas, aún muy torpes, de disca. A pesar de los meses que habían pasado, seguía noqueada y temía que los dolores intensos volvieran. Cuando intentaba explicar mi proceso, aparecía una y otra vez el adverbio de tiempo que reina en las transiciones: *todavía*.

Una de aquellas entrevistas me la hizo un célebre comunicador y escritor, Roberto Enríquez —conocido como Bob Pop—, usuario de silla de ruedas. En *Feminist, Queer, Crip*, Alison Kafer también analiza la querencia del campo médico a hablar de la discapacidad en términos temporales: fatiga crónica, síntomas intermitentes, recaída, remisión, episodio, desarrollo. «Degenerativa» fue el adjetivo que recibió Bob Pop cuando le dieron su diagnóstico de esclerosis múltiple. Degenerativa: que empeora con el tiempo. Al terminar la entrevista, le pregunté sobre su relación con el tiempo, con ese *todavía* que para mí implicaba ignorancia, incertidumbre, y que para él probablemente tenía tono de amenaza. Ese *todavía* en el que estábamos subidos como dos jinetes dirigiéndonos hacia alguna parte. Rápidamente, desechó la imagen mental del tiempo como un sendero. Me contó que en su proceso le había ayudado cambiar la concepción occidental del tiempo como una línea horizontal en la que estamos colocados, con el pasado detrás y el futuro por delante, por una vertical, propia de filosofías como el budismo o el taoísmo.

—Imagínate los instantes cayendo uno detrás de otro encima de ti.

Era difícil salir de esa línea tan larga en la que si miraba hacia atrás me veía con dos piernas sanas y si me proyectaba hacia delante me veía con una prótesis, pero también estaba deseando encontrar alguna estrategia para hacerlo. Agudizar la mirada para intentar adivinar lo que había al final de la línea horizontal de la que Bob me sugería liberarme siempre era doloroso. ¿Respondería el cuerpo? ¿Aguantaría la piel cosida y recosida la presión de una prótesis? ¿Volvería el dolor?

El porvenir no solo era incierto en términos individuales, también en los comunitarios. Ana entraba y salía de mis letargos conmigo; a veces escribía su tesis o leía en la cama a mi lado, como si ella estuviera también esperando una prótesis. Todo el mundo manipulaba sus calendarios a mi alrededor. A base de pedirme que descansara, mi entorno empezó a observar su propio cansancio. Mirábamos atrás y veíamos que habíamos sido ridículamente ajenas a nuestra propia vulnerabilidad y que el tiempo era algo distinto a una mina de la que extraer valor en soledad.

Me gustaba esa verticalidad de los instantes, les daba profundidad. Hacía desvanecerse el *todavía*, con sus temores y promesas, y me permitía imaginar cada momento cayendo sobre mí. Pero sobre todo me permitía imaginarlos atravesando al mismo tiempo a varias personas de mi entorno en su trayectoria, como finos chorros de agua clara.

8. La prótesis

*El barquito de vapor
Está hecho con la idea
Que en echándole carbón
Navegue a contra marea.*

CAMARÓN DE LA ISLA, *Bahía de Cádiz*

Matter never leaves meaning
untouched.

JAMES I. PORTER, *The Origins of Aesthetic
Thought in
Ancient Greece: Matter, Sensation, and
Experience*

Los picos de innovación en prótesis suceden a las guerras. Después de cada gran ciclo de destrucción, el mismo genio humano entregado a segar miembros los vuelve a hacer brotar como una cosecha. Uno de los países líderes en su fabricación es Estados Unidos, otro es Alemania: sus empresas de ortopedia son las más innovadoras y las que llevan en marcha más tiempo. Una de ellas, hoy llamada Ottobock, se fundó en 1919 para atender a los amputados de la Primera Guerra Mundial y se desmarcó de la competencia cuando empezó a producir piezas en serie.

El ortopeda al que confié mi reparación era alemán. Cada vez que aludía a este dato hacía un gesto casi imperceptible, un encogimiento diminuto. Era un hombre meticulado, infinitamente paciente, bondadoso y grande hasta ocupar todo mi campo de visión cuando maniobraba en mi muñón. El ademán milimétrico con el que su corpachón acompañaba la palabra «Alemania» era difícil de interpretar, pero con el tiempo y el contacto fui sospechando que aquello que lo provocaba se escapaba y se escondía trepando por las generaciones, aunque jamás conseguía ocultarse del todo. Claro. El cuerpo siempre habla. La ortopedia era el oficio familiar, y, a pesar de que él la ejercía en una pacífica zona residencial de Madrid y aunque por sus manos no pasaban soldados sino principalmente diabéticos y accidentados como yo, puede que Müller fuera consciente, en alguna parte recóndita de su ser, de la cantidad de cuerpos destrozados por minas, metralla y fantasías nacionalistas que habían sido necesarios para afinar los ingenios de su sector.

Este ortopeda, gran intermediario entre mi voluntad y el mundo, vio mi nuevo muñón como una pieza perfeccionada. Estábamos en la era de las prótesis biónicas controladas por una aplicación en el móvil, pero el trabajo de ensamblaje entre mi cuerpo y mis nuevas piezas sintéticas tenía que ser artesanal. Manipuló encantado mi nuevo muñón ya completamente cicatrizado, tan redondeado y uniforme que parecía fabricado por la naturaleza. Ahora sí, ahora sí era funcional. Funcional. Nunca como en aquel espacio escuché tantas veces el adjetivo «funcional»; era un atributo fuerte, destacaba entre otros que llevaban una vida entera pegados a mi cuerpo, como «suave», «respingón», «limpio» o «deshidratado». Era

el más importante. Era el calificativo que condensaba mi capacidad de acción.

La tarea crucial en manos de Müller no había cambiado en su esencia en un mínimo de tres mil años. La primera prótesis encontrada en una excavación data de aproximadamente el año 900 antes de Cristo y se desenterró en la necrópolis de Sheij Abd el-Qurna en Luxor, Egipto. Es el dedo gordo del pie de la hija de un clérigo, hecho de madera y cuero. Los egipcios dejaron el legado arqueológico más espectacular del mundo antiguo por su obsesión con la vida después de la muerte. Cuanto mayor era el rango dentro del orden social egipcio, más equipadas estaban las tumbas, siendo las de los faraones y sus familiares directos alucinantes cámaras del tesoro, pero también archivos exhaustivos de la historia y las costumbres de cada dinastía. Los museos arqueológicos de todo el mundo están plagados de unos simpáticos muñequitos de pocos centímetros llamados *ushebt*i que se colocaban por decenas en las tumbas. Los *ushebt*i son pequeños trabajadores encargados de abrir zanjas con diminutas azadas, moler cereal, pescar y ordeñar por toda la eternidad. Su nombre significa «los que responden» y su función es atender a los muertos. Una sociedad enfocada en asegurar una vida cómoda después de la muerte y obsesionada con momificar el cuerpo para preservarlo no podía consentir que alguien pasase al otro lado con la incongruente cifra de diecinueve dedos. Este fue el primer pensamiento de los arqueólogos de la Universidad de Basilea y el Museo Egipcio del Cairo,[\[11\]](#) hasta que un análisis más profundo reveló que la prótesis tallada en forma de dedo había sido diseñada y ajustada en varias ocasiones para resultar estética, pero sobre todo funcional. El artesano ortopeda de Luxor,

exactamente igual que el mío, no paró hasta que la hija amputada del cura egipcio estuvo cómoda.

Al menos relativamente cómoda. Müller me enseñó a ponerme a presión una especie de calcetín de silicona hipoalergénica que actuaba como barrera entre mi cuerpo orgánico y el miembro mecánico. Sería lo primero que me pondría cada mañana durante el resto de mis días. Una de las dificultades para rastrear los primeros vestigios históricos de prótesis según Katherine Ott, comisaria de Medicina del Smithsonian, es que cada cultura tiene sus propias ideas sobre lo que es una persona completa. Lo que quedaba de mi pierna protegida por la funda de silicona entraba en una pieza de plástico termosensible transparente llamada «encaje» que Müller había fabricado a partir del molde. Con un movimiento de perfecta Cenicienta, al acoplar el muñón al encaje hecho a medida, válido para mí y solo para mí de entre todas las asistentes al baile, salía todo el aire y la prótesis quedaba fundida por succión al resto de mi cuerpo.

En la ortopedia descubrí que los tobillos no sirven prácticamente para nada. Recordé con ternura los esfuerzos que habían hecho los cirujanos cardiovasculares por salvar el mío, y agradecí tener una articulación mecánica con un rango de movimiento aceptable en lugar de un tobillo zombi. Conservaba la rodilla, la rodilla sí era importante: una bisagra robusta y sofisticada cuya versión biónica hubiera encarecido la prótesis en unos veinticinco mil euros. Mi nueva pantorrilla era una barra de titanio desnuda que tenía la misma tecnología que una barandilla.

Müller dio los últimos retoques. Para ajustar la postura de mi pie derecho ahora hacía falta una llave Allen. Con un gesto me invitó a

alzarme mágicamente, como un brujo, como un profeta.

Me levanté.

Me miré por primera vez en el espejo. Un espejo grande y vertical, de esos que se suelen llamar «de cuerpo *entero*».

La mitad izquierda se parecía mucho a la antigua, la derecha terminaba en una pieza metálica con brillo de faca, como los ojos verdes de la canción. Partes del cuerpo con destellos de navaja; a la luz de mi experiencia, la copla de repente se revelaba plena de metáforas ciberpunk.

Emprendí la misión extraordinaria de dar un paso liberando el peso de mi lado orgánico para apoyarlo en el sintético. Del sintético al orgánico y vuelta a empezar. El cuerpo quería ir deprisa, lanzarse al automatismo, repetir los trucos entrenados durante décadas, pero no podía. Todavía no. Todo estaba demasiado descompensado, andar era un proyecto demasiado ambicioso. El lado humano se sentía sobrecargado y el lado cibernético estaba lleno de estímulos desconocidos, presión en lugares nuevos, zonas de apoyo que nunca lo habían sido.

Di tres pasos, tres pasos verticales completos. Al cuarto, el cuerpo empezó a perder la memoria de lo que era caminar con facilidad, inconscientemente. Caminar ya no iba a ser como respirar o como reírse, sino más parecido a escribir, una tarea difícil e imprevisible. Me solté de las paralelas que atravesaban el espacio de la ortopedia para probarme por completo solo unos centímetros. Müller asintió, al sexto paso me dijo que *caminaba* muy bien. Por lo visto, caminar iba a ser aquella labor extenuante.

Salimos juntos a la calle y miré hacia arriba, erguida. Estaba a la misma distancia del cielo que antes del accidente. Con cada paso se

iba estrechando la relación entre el tejido orgánico y el material protésico; con la repetición, se fabricaba una nueva memoria que iría quedando impresa en el sistema. De nuevo, había que confiarlo todo al cuerpo.

«Tranquila, el cuerpo se acuerda». Cuando trabajaba en el teatro, mi compañera me decía esta frase si me veía nerviosa justo antes de entrar a escena, cuando estábamos las dos a oscuras, agazapadas detrás del telón esperando a que el público terminara de entrar. El cuerpo se acuerda, almacena y, en el momento oportuno, comunica. Haciendo teatro había aprendido que el texto se queda en las rodillas, las manos, el ceño, en las sinapsis neuronales chisporroteando con intenciones que nunca llegarán a convertirse en frases, pero que aun así llegarán al público como una bala. Durante mis primeras funciones me había entregado a una confianza ciega en la palabra, pero aprendí de las actrices profesionales que a eso se le llamaba «estar en el texto», es decir, declamar, no transmitir. Si el cuerpo no acompaña a la palabra, nada sucede en escena. Lo comprendí de la peor manera, olfateando yo misma el aburrimiento del auditorio, su desconexión total con todo lo que les estaba tratando de decir solo con el deficitario vehículo del lenguaje.

El cuerpo se acuerda hasta de aquello de lo que preferiría no acordarse. Para cuando leí en mi ortopeda alemán un pesar antiguo, yo ya estaba muy familiarizada con esta intuición. El cuerpo recuerda y después habla, sobre todo cuando no hablas tú. El cuerpo muta y en ocasiones es capaz de adaptarse en seis pasos a una realidad desconocida. Por mis gestos de fastidio y mi manera de moverme, Müller, lector profesional de cuerpos vivos, ya sabía en qué puntos me hacía daño la prótesis antes de que yo se lo dijera y se la llevó al

taller para adaptarla, como seguramente habría hecho su colega de Luxor tres mil años antes.

El punto más crítico del humano modificado es la intersección entre el tejido orgánico y el artefacto. La ortopedia olía a garaje, metal, goma quemada y soplete. Con el tiempo, ese olor me sosegaría como si fuera el de un salón de masajes. Después de muchos años de lecturas sobre la teoría cibernética, de tratar de entender la propuesta de Donna Haraway acerca de un organismo que trasciende el género —poshumano, cruce de máquina y animal—, yo misma encontraba el consuelo en los vapores químicos de taller porque auguraban el ajuste de mis nuevas partes artificiales. Al poner en marcha mi versión híbrida, las sensaciones se concentraban en el encuentro de mi piel con la prótesis; los nervios recolocados se sacudían, ardían, sentía que los músculos trenzados en el quirófano iban a estallar de la presión como si justo ahí, en aquella frontera que era medio soldadura medio cicatriz, explotara todo el canon teórico cibernético.

La academia adora las prótesis. Los miembros artificiales se prestan a metáforas irresistibles para el pensamiento filosófico, han sido sus juguetes favoritos desde que Donna Haraway escribió su oscurísimo *Manifiesto cibernético* en los ochenta. Aquellas imágenes me habían seducido mucho cuando me las topaba en lecturas transfeministas y poshumanistas, en películas sobre futuros distópicos, en instalaciones artísticas ciberpunk. Todo aquel universo estético y teórico pasó a resultarme mucho menos intrigante ahora que era mi piel la que empezaba a recalentarse atrapada por la

silicona y mi rodilla derecha la que se resentía por tener que cumplir súbitamente la función de talón.

Las pensadoras contemporáneas que hayan experimentado la prótesis en sus propias carnes —es decir, amputadas— no abundan. Una de las pocas que hay, la teórica del cine y crítica cultural estadounidense Vivian Sobchack, tiene con las metáforas sobre prótesis una relación parecida a la que yo había desarrollado alrededor del mortificante paso número veinte de mi primer paseo con la pierna nueva. Dice que por la mañana, cuando se coloca su pierna para ir a dar clase y luego quizá al supermercado, no se siente como el «héroe cosificado» de Barthes, el «jet-man»: un «semiobjeto» mitológico cuya carne, mejorada prostéticamente, se ha sometido sacrificialmente a «la singularidad glamurosa de una condición inhumana».[\[12\]](#) Ella solo pretende ser funcional. Sobchack analiza cómo la academia recurre al comodín de la prótesis para hablar de toda interacción entre la tecnología y nosotros, en cualquier área de pensamiento: ciencia, filosofía, territorio, género.

En un mundo en el que la visión, la memoria, el círculo social e incluso el razonamiento y el sentido crítico están ampliados (muchas veces sustituidos) por internet y las herramientas de inteligencia artificial generativa, la metáfora de la prótesis es omnipresente. Aunque para mí hubiera perdido un poco el misterio a unos metros de la puerta de mi ortopeda, me seguía resultando estimulante y pude comprobar que nunca se iba a romper de tanto usarla. En aquel primer paseo me crucé con varias personas, un matrimonio de mediana edad saliendo de un coche, una anciana y un niño que se habían quedado pasmados mirándome, un grupo de adolescentes. Estaba en la calle, algo parecido a un escenario involuntario. El

cuerpo protetizado moviéndose en el espacio público habla demasiado alto, sugiere una historia demasiado intrigante, no solo de la persona que la lleva, sino del mundo al que pertenece. A pesar de estar molesta, concentrada en la marcha, exhausta y eufórica a la vez, me di cuenta de que mi nueva prótesis tibial era un pequeño espectáculo que excitaba la imaginación de cualquiera que se cruzaba con nosotras, conmigo. Conmigo y mis piezas nuevas.

La segunda prótesis histórica famosa es la llamada «pierna de Capua». Estaba hecha de hierro, madera y bronce, y databa aproximadamente del 300 antes de Cristo. Hoy solo se puede ver una réplica de ella en el Museo de Ciencia de Londres: la original, desenterrada en una tumba del sur de Italia, estaba en el Real Colegio de Cirujanos, también en Londres, y fue destruida en un bombardeo de la Luftwaffe, como si la guerra, empachada de miembros de carne y hueso, hubiera empezado a engullir también los protésicos.

Extremidades artificiales, guerra e imperios forman un íntimo baile histórico. Las naciones se construyen o se desintegran en las contiendas, las guerras destrozan cuerpos y las grandes potencias demuestran su poderío tecnológico reparándolos.

El cuerpo amputado habla. A lo largo de los siglos ha contado muchas veces la historia de una población de hombres heroicos capaces de entregar hasta los brazos y las piernas como sacrificio en el altar de la guerra o el de la industrialización. Lo ideal para la imagen del imperio, de cualquier imperio, es que el relato acabe con

la reparación a través de la tecnología nacional, como le sucedió a la divina Sarah Bernhardt.

Este vínculo entre hegemonía y prótesis seguro que no les pasó desapercibido a los visitantes de la Exposición Mundial Colombina, celebrada en Chicago en 1893 para conmemorar los cuatrocientos años de la llegada de Colón. La conquista estaba representada de manera muy poco sutil por tres réplicas a tamaño real de la Niña, la Pinta y la Santa María, que España y Estados Unidos financiaron conjuntamente. En otro punto de las 256 hectáreas de la megaexposición había una llamativa construcción efímera coronada por una cúpula dorada y una pierna colosal. Era una especie de templete neoclásico, con sus columnas y capiteles y, en el friso, bajorrelieves con brazos separados del cuerpo que escribían por sí solos. Lo que se exhibía en el espacio acristalado entre las columnas eran miembros artificiales, más de cincuenta piernas, brazos, caderas, hombros, manos y dedos, todo el catálogo. La responsable de la instalación fue la compañía A. A. Marks, que recibió el más alto reconocimiento y no por falta de competencia: otras nueve fábricas de prótesis se presentaban en la exposición. Como cuenta el historiador Stephen Mihm en su libro *Artificial Parts, Practical Lives*:

Además de vender prótesis, el monumento de la compañía conmemoraba silenciosamente el sombrío impacto de la era industrial. Los volantes y poleas de los nuevos molinos y fábricas cercenaron brazos y piernas con una frecuencia alarmante a lo largo del siglo XIX, al igual que las ruedas de las locomotoras de ferrocarril, sobre todo en los peligrosos pasos a nivel de las zonas urbanas. Sin embargo, la más destructiva fue la Guerra de Secesión, que marcó el primer uso sostenido de armas de fuego precisas de retrocarga. A diferencia de las armas anteriores, estas disparaban las llamadas balas Minié, balas expansivas que se

deformaban al impactar con el objetivo. Solían destrozar de cinco a siete centímetros de hueso y arrastrar trozos de piel.[\[13\]](#)

Quedaban por delante dos guerras mundiales, la construcción del Canal de Panamá y varias intervenciones militares en todo el mundo para que la población estadounidense rentabilizara aquellos primeros avances en ingeniería biomédica del siglo XIX .

Hasta aproximadamente mediados de siglo, las prótesis de miembro inferior consistieron en meros cilindros que hacían ruido y se ajustaban precariamente al cuerpo. No eran cómodas ni fiables ni bonitas, no eran mucho mejores que el dedo de Luxor. Los fabricantes empezaron a reparar en que lo importante no era tanto que los miembros artificiales se parecieran a los orgánicos, sino que se movieran igual que ellos. En 1858, el médico neoyorquino Douglas Bly patentó un sistema que emulaba los tendones y una articulación de tobillo formada por una bola de marfil que se movía en un encaje de goma: la pierna Bly inauguró una nueva generación en el diseño de prótesis. La floreciente industria de los miembros artificiales creció a causa de la guerra y la industrialización, pero Mihm añade un factor más: la consolidación del orden social burgués.

Solo me había separado unos metros de la puerta del ortopeda, pero sentía agotamiento de peregrina. Me giré para volver a la seguridad del centro y su atmósfera de fábrica. Iba apoyada en el brazo de Müller, que me repetía que probase y volviese todas las veces necesarias para hacer ajustes. Nos rodeaban mis hermanas, Ana, Olga e Inés, que habían observado toda la escena festivas y

llorosas, abrazándose rotativamente y grabándome vídeos. Me sentía novata en el manejo de mi propio cuerpo, pero triunfante gracias a Müller y a mi pequeña comitiva de mujeres contentas. Sin embargo, cada vez que levantaba la vista fuera de mi perímetro de seguridad me encontraba con miradas totalmente nuevas para mí. En aquellos primeros pasos por una zona peatonal poco transitada durante una mañana laborable solo me dio tiempo a percibir pena y curiosidad; los matices irían llegando con el tiempo. La lástima era el primer impulso instintivo. Luego, en los ojos de la gente, incluso en sus notorios esfuerzos por no mirar fijamente, iban asomando las preguntas como cabecitas de tortuga en un estanque negro: ¿por qué? ¿Accidente de moto? ¿Cáncer? Diabetes no, ¿no? Algo más emocionante, quizá. ¿Periodismo de guerra? ¿Tiburones? ¿Un ajuste de cuentas? Solo la compasión me escocía, pero era demasiado pronto para evaluar los daños. La curiosidad no me molestaba tanto.

La curiosidad es ineludible, imprescindible para la supervivencia y bella. Aunque parezca mentira, el juego de observación para evaluar y clasificar a los humanos que se cruzan en nuestro camino y que hoy tenemos tan naturalizado empezó a intensificarse de verdad en las ciudades decimonónicas. Los núcleos urbanos de finales del siglo XVIII y principios del XIX fueron concentrando una gran masa de gente desconocida que estaba acostumbrada a vivir en comunidades relativamente cerradas, y los medios habituales por los que los individuos se reconocían y categorizaban cambiaron dramáticamente. Es difícil imaginar la ansiedad que debió de suponer ese incremento de la exposición a cientos de extraños.

Con el nacimiento de la clase media urbana se abría un pequeño resquicio para el acceso a los negocios y la consiguiente movilidad

social. La pertenencia ya no solo se basaba en el derecho por nacimiento, sino que se podía forzar con buenas maneras, una dicción cuidada, un buen traje, una dentadura razonablemente completa y, por supuesto, todas las extremidades. Navegar hacia la prosperidad entre una gran masa anónima pasaba por dar una buena imagen. El intrusismo social —que era una oportunidad para muchos— se convirtió en una fuente de angustia para aquellos que tenían el estatus garantizado por herencia. Los métodos de cribado de clase iban desde el análisis de cualquier mínima inflexión en el acento hasta la frenología, una pseudociencia que estudiaba la forma del cráneo y su relación con el carácter y la psicología. Leer a los demás se había vuelto más importante y más difícil que nunca.

En su ensayo sobre las nuevas prótesis decimonónicas, Mihm cita un artículo del *Atlantic Monthly* en el que se hablaba de un lisiado joven y atractivo que sin embargo enfrentaba grandes obstáculos:

Justo en la época en la que el encanto personal es más valorado, una buena presencia es un cheque en blanco en el Banco de la Fortuna, con la firma de la Naturaleza en el fondo, se vio convertido en un ser repugnante [...]. En una época en la que las apariencias son realidades [...], cobra importancia proporcionar al lisiado una extremidad que sea presentable en la sociedad educada. Las desgracias de cierta intrusión pueden ser compadecidas pero nunca toleradas bajo las lámparas de araña.[\[14\]](#)

A la funcionalidad se añadía la invisibilidad como motor de innovación en el sector de las extremidades artificiales. La mejor manera de existir en el espacio público como amputado en aquel contexto era fingir que no lo eras. Todavía quedaban años para ese mundo en el que los cuerpos protetizados de los veteranos de

guerra se exhibirían como ejemplos de superación y masculinidad; el cuerpo discapacitado aún no era fiable ni digno de presentarse en sociedad. Los panfletos publicitarios de A. A. Marks, la compañía responsable del gran escaparate de miembros en la expo de Chicago, no prometían solo movimiento, sino también la ilusión de un cuerpo completo. Camuflaje.

Mi prótesis contemporánea está hecha de fibra de carbono, plástico flexible y titanio. Un botón permite desbloquear el tobillo y colocar el pie de puntillas, como el de una Barbie, y el margen de inclinación me daría la posibilidad de seguir usando algunos de los zapatos de tacón que me destrozaban los pies orgánicos antes de la amputación. Ahora solo me destrozarían uno. Volví a ser una persona funcional incluso en términos de roles de género.

En mi nuevo taller además estaba recibiendo el mensaje de que podría ser más que funcional, más que productiva. Allá donde mirara en los dominios de Müller había fotos dedicadas de deportistas paralímpicas mucho más cercanas al ideal de híbrido entre humana y máquina que yo, perfectas en su dimensión anatómica e ingenieril. En las imágenes saltaban y corrían con el gesto apretado, los ceños fruncidos como pistones funcionando a pleno rendimiento, la piel de los cuádriceps tan brillante por el sudor que parecía del mismo material pulido que las prótesis. Mi pierna no estaba cubierta por ninguna funda cosmética que escondiera su estructura, las cabezas de los tornillos y las juntas interrumpían abruptamente la barra de metal y un número de serie perfectamente visible rodeaba mi tobillo de titanio como un tatuaje. Las extremidades de las fotos iban

mucho más allá, brincaban y corrían en el terreno de lo poshumano, eran semicírculos de fibra de carbono más flexibles y resistentes, más aerodinámicos y eficientes que cualquier músculo. Arrogantes, daban la espalda a toda referencia anatómica. La habían olvidado.

En mi pierna nueva sí había una concesión ridícula al cuerpo anterior: una cubierta de goma rosada horrorosa con sus cinco dedos esquemáticos cubría mi pie mecánico. Desvaído y con rebabas del molde de plástico del que había salido, parecía el pie de un maniquí en unos grandes almacenes abandonados. Ese pie de muñeca espantosa aparecía abruptamente después del encaje de fibra que rodeaba mi muñón y de la elegante barra de metal. El ortopeda me explicó que era necesario para proteger mi carísimo pie protésico. Me molestaba la falta de coherencia estética: si mi mitad derecha iba a ser industrial de rodilla para abajo, que lo fuera con todas las de la ley. Estaba preparada para confrontar con la mirada de mis semejantes y empezar a navegar en un mundo lleno de juicios sin ningún camuflaje.

Acabé el primer paseo aturdida y dolorida, pero llena de anticipación, eléctrica. De pie, pude darle un morreo largo a Ana sin hacer equilibrios, reprocharle que tenía un fetiche con la verticalidad, que qué poca vergüenza, y reírme pegada a su oreja, las dos abrazadas casi a la misma altura.

En parte rechazaba el pie mimético por coquetería. El teatro también me había dado una dimensión nueva de autopercepción: siempre me estaba viendo a mí misma desde fuera. En mi experiencia del mundo también había una especie de homúnculo de Penfield escénico, un flujo de información constante sobre mi postura y disposición en la sala; sobre cómo me estaba moviendo,

qué revelaban mis gestos y cuál era el estado de mi maquillaje o mi ropa, una habilidad que aparece cuando hay que empezar a pensar en el público y en los datos visuales que recibe, y que se queda contigo incluso cuando no hay nadie mirando. Aunque los primeros paseos eran torpes, inestables y molestos, lo que veía desde fuera era una imagen muy sugerente, una mujer salida de una fantasía posapocalíptica, una villana de cómic tullida en contacto íntimo con algo que podría haberla matado. La historia andante de un cuerpo tocado por la catástrofe.

El irresistible encanto de las prótesis ha pasado de la academia a la cultura pop y vuelta; el tránsito entre una y otra es constante. El cine de ciencia ficción especulativa, de acción y de superhéroes está repleto de manos mecánicas, implantes cerebrales, exoesqueletos y todo tipo de experiencias orgánicas transformadas por la tecnología. La ciencia ficción tiene una fascinación obsesiva no solo con las prótesis, sino con la discapacidad. En los futuros imaginados, los cuerpos tullidos pueden estar proscritos, segregados o sencillamente no existir por mecanismos eugenésicos. En *Gattaca* (1997), la sociedad está dividida entre los humanos perfeccionados genéticamente en su concepción y los que no lo están; en *Elysium* (2013), entre aquellos que tienen acceso a una tecnología capaz de curar las enfermedades y revertir cualquier discapacidad y los que no la tienen. En ambas películas, la brecha que separa a los grupos humanos no es solo económica, sino también sanitaria; las dos sociedades futuras son el resultado del paroxismo de órdenes imperiales. Así como los futuros utópicos hacen desaparecer los

cuerpos discapacitados o los segregan porque no tienen cabida en una sociedad perfeccionada, controlada y uniforme, las distopías los multiplican. Mi ejemplo favorito de este truco es la película *Mad Max: Fury Road*, la prueba de que el cine comercial puede ser un vehículo perfecto para desplegar narrativas contrahegemónicas.

Fury Road es la cuarta película de la saga Mad Max, la primera es de 1979 y todas están dirigidas por el australiano George Miller, un abuelito ecofeminista que a lo largo de más de cuatro décadas de cine nos va mostrando la decadencia de una sociedad dividida que se enfrenta al agotamiento de los recursos. La protagonista es Furiosa, una mujer interpretada por Charlize Theron que tiene un brazo amputado. Fue raptada de niña y es una de las terratenientes del caudillo Immortan Joe, que mantiene un régimen autoritario imponiendo el fanatismo sobre sus soldados y la escasez de recursos sobre los civiles. La gente sobrevive en un desierto rocoso, pero la ciudadela de Immortan Joe está llena de huertos verticales y él controla el agua. Cuando abre la espita, la población, desesperadamente sedienta, corre a colocarse bajo el chorro con la boca abierta y recipientes mugrientos en las manos. El tirano les grita que no beban demasiado o se harán adictos, igual que los líderes anarcocapitalistas actuales le dicen a la ciudadanía que los subsidios les harán vagos y poco competitivos. Después de unos pocos segundos, el dictador cierra el grifo.

La película es básicamente una larga y atronadora persecución de vehículos por un desierto posapocalíptico, y también una de las más bellas fábulas feministas de los últimos años, donde el cuerpo

mutilado y protetizado está constantemente presente. Furiosa reúne a su alrededor un pequeño grupo de forajidos formado por Mad Max, por un soldado fracasado y por cinco esclavas sexuales y reproductivas del dictador que han huido. En el universo de *Fury Road*, todos los personajes secundarios y protagonistas, malos y buenos, se mueven en el espectro de la discapacidad: a Furiosa le falta un brazo, lleva una prótesis que se fabricó ella misma; los soldados novios de la muerte sobreviven a base de transfusiones; Immortan Joe depende de una máquina para respirar, y Mad Max sufre un estrés postraumático agudo e incapacitante. Por un lado, los cuerpos cuentan una historia de destrucción, son la extensión de un mundo esquilado; por otro, despliegan una narrativa alternativa del cuerpo lisiado. La discapacidad no es el final, ni un estado transitorio que superar; no siempre implica debilidad, está integrada en la vida. Incluso la manera en la que la encaran los personajes ensancha el relato: mientras que la protagonista y sus amigos la aceptan, el tirano está obsesionado con engendrar hijos enteros y sanos, y muy dispuesto a confinar y violar a todas las mujeres necesarias para conseguirlo.

Las mujeres a las que Furiosa ayuda a huir son las más perfectas en este mundo de desechos, han sido raptadas y encerradas en una cámara acorazada para engendrar junto con otras mujeres lactantes conectadas a ordeñadoras mecánicas. En *Fury Road*, los recursos naturales, el cuerpo de las mujeres y el de los soldados se confunden, todos son de igual manera fuentes de extracción, recursos que explotar. Antes de escapar, las esclavas sexuales de Immortan Joe le dejan escritos mensajes en las paredes: «Nuestros bebés no serán señores de la guerra» y «¿Quién mató al mundo?».

En esta última pregunta está la esencia de gran parte del cine sobre distopías futuristas. La respuesta suele ser el imperio. Si no es explícitamente un imperio, es la lógica imperialista de colonización, avaricia, extracción de territorios y cuerpos. Este mundo tan lejano en el que hasta el lenguaje es casi irreconocible es el resultado de la depredación capitalista que engulle recursos naturales, fronteras, agua, leche materna, libertad y miembros.

El relato de posguerra alrededor de los cuerpos protetizados suele ser de esperanza y superación, de orgullo ingenieril: hay destrucción, pero después hay progreso. *Fury Road* proyecta un momento de colapso de esta lógica en el que la devastación es tan irreparable que la mutilación y la discapacidad son la norma.

Los sujetos subalternos de la historia, los andamiajes sobre los que se sostiene el acelerado asesinato del mundo en esta ficción y en nuestra sociedad, no solo son mujeres: también son hombres, la mano de obra barata y fanatizada para la guerra. La ciencia ficción es una estilización de la realidad, y en el mundo real el hombre, carne de cañón, es imprescindible para la dominación en todos sus niveles: la guerra, la colonización y el tejido productivo.

A. A. Mars, aquella compañía que fue premiada por su monumental escaparate de miembros artificiales en la exposición de Chicago, publicaba en 1911 un lujoso folleto para publicitar sus prótesis. El reclamo principal era que habían enviado más de cuatro mil a todos los lugares del mundo y que se usaban en todos los climas, desde el Ártico hasta los trópicos.[\[15\]](#) Las condiciones de calor y humedad estaban más que probadas sobre el terreno, ya que la compañía se había hecho con el negocio del siglo: reparar a los

miles de amputados que provocaba la construcción del canal de Panamá.

El grueso del proyecto se realizó entre 1904 y 1914, y fue la culminación de la Big Stick Diplomacy de Roosevelt —algo así como la diplomacia del gran garrote—, que consistía en negociar con los países de América Latina con un metafórico palo enorme en la mano levantado sobre la metafórica cabeza del interlocutor. El canal conectaba la costa este y la costa oeste, convirtiendo a Estados Unidos en una potencia económica que se movía del Atlántico al Pacífico y vuelta con una rapidez nunca vista.

Para gestionar el canal, los estadounidenses establecieron tribunales y policía propia en suelo panameño, una colonia en toda regla. Durante los años de construcción, el flujo de mano de obra fue masivo: unas doscientas mil personas a lo largo de diez años, la mayoría migrantes de Barbados, pero también muchos europeos, entre ellos unos ocho mil españoles. La rotación de personal fue constante, porque las condiciones de trabajo eran prácticamente suicidas. Muchos morían o perdían miembros por los frecuentes desplazamientos de tierra, las cargas de dinamita que no explotaban cuando debían, los enormes arados de acero y los atropellos del tren de la muerte con el que se transportaban los desechos. La Comisión del Canal Istmico (Isthmian Canal Commission o ICC, por sus siglas en inglés) era el organismo encargado de surtir de piernas y brazos a los heridos, y A. A. Marks los fabricaba. El objetivo, obviamente, no era compensarles su sacrificio al imperio, sino que volvieran al trabajo lo antes posible. Las prótesis, igual que las pagas o la

peligrosidad de las labores, respondían a la jerarquía del momento en Estados Unidos y a su racismo. Los miembros artificiales hacían más profundas las diferencias entre inmigrantes europeos y estadounidenses, blancos y negros, inocentes y culpables de su suerte. En el escalafón más bajo estaban los italianos, españoles y afroantillanos, a los que se les proporcionaban piernas poco más sofisticadas que una estaca, por la creencia de que no eran lo suficientemente listos como para cuidarlas. Los intentos sucesivos de adaptación y malos ajustes eran incompatibles con las lógicas productivas: el imperio pierde la paciencia muy rápido. Algunos de estos hombres, al no poder volver a ser productivos, eran deportados a sus países de origen hechos pedazos.

El del canal de Panamá es un buen ejemplo de lo que sucede cuando la velocidad de depredación del sistema es demasiado rápida, cuando el ciclo de destrucción y reparación colapsa, cuando se ha apostado y perdido el cuerpo al servicio del imperio, cuando la metáfora se deshace por el puro peso de la realidad. Quizá aquí mismo comenzó la distopía a la que nos dirigimos con paso firme, seguro que esta obra fue al menos uno de sus muchos indicios tempranos. Por fortuna, en el momento en el que empecé a usar un miembro artificial la pregunta clave seguía conjugándose en presente continuo: ¿quién está matando el mundo? Yo formaba parte del grupo privilegiado de la humanidad que tiene acceso a la reparación.

La imagen de Charlize Theron mutilada, aunque estuviera generada digitalmente, me acompañaba en mis primeros paseos con

la prótesis como la de una santa patrona. Me quedaba por delante una larga adaptación. La parte de plástico termosensible de mi pierna, la que rodeaba mi frágil muñón, aún era provisional y estaba llena de irregularidades y pegotes parecidos a las cicatrices de quemaduras. Empecé a armonizar todo mi aspecto con la estética de futuro fallido de mi prótesis: llevaba mucho negro, tejidos tecnológicos, minifaldas rasgadas en los bajos, vestidos asimétricos. Tratar de completar en mis propios términos lo que estaba contando con mi cuerpo me ayudaba a lidiar con la mirada de los demás. De alguna manera infantil, el cuento de Furiosa me resultaba bello y reconfortante, era una heroína rota en un mundo aún más roto. Pero cómo no se iba a romper el mundo si había estado en manos de caciques avariciosos, explotadores, hambrientos de tierras y de carne humana. Las miradas de la ciudad no sabían que mi mutilación había sido solo una fatalidad, así que quizá mis paseos funcionaban también como una advertencia móvil de lo que trae el futuro y una propuesta sobre cómo encararlo.

Ser narración viva y metáfora andante es nuestro destino, el de todos; cuando caminamos por el espacio público encorvados, renqueantes, con la mirada perdida o casi imperceptiblemente estremecidos ante la palabra «Alemania», la palabra «guerra», la palabra «entero», la palabra «hélice». Mi nuevo cuerpo parchado por la tecnología estaba saturado de información, ahora más que nunca.

De todos los relatos posibles que podía sacar a escena a partir de aquel momento no elegí el de la superación perfeccionada de las fotos paralímpicas, tampoco el del camuflaje burgués, mucho menos el cuentecito triunfante del imperio que te muerde y te escupe para

que vuelvas a tu puesto como rueda dentada en la cadena de montaje. Elegí el relato de ficción de una tullida cojeando por una escombrera futurista que había sabido separar lo que iba a aceptar y lo que iba a resistir. Una mujer renqueante a la vista de todos como una advertencia viviente, una *preview* del aspecto que tiene el imperio dando sus últimas dentelladas por sobrevivir, y cómo los cuerpos siguen transitándolo a pesar de todo, siempre animados por la posibilidad de un nuevo comienzo.

9. Lo extraño

Dicen que no necesitan símbolos o mitos. Dicen que el tiempo en que ellas partieron de cero se está borrando de sus memorias. Dicen que a duras penas pueden referirlo. Cuando repiten, este orden debe romperse, dicen que no saben de qué orden se trata.

MONIQUE WITTIG, *Las guerrilleras*

Estaba perdía y ahora anda en tos laos

FEID, *Perro negro*

SE BUSCA COJA EN MADRID Y ALREDEDORES. EN CONCRETO, BUSCO A UNA AMPUTADA CON UNOS QUINCE CENTÍMETROS DE TIBIA RESTANTE POR DEBAJO DE LA RODILLA, DE MÁS DE TREINTA AÑOS, QUEER, PREFERIBLEMENTE LESBIANA, TRANSFEMINISTA, VIAJADA PERO QUE NO BASE SU PERSONALIDAD Y CENTRE TODAS SUS ANÉCDOTAS EN LOS VIAJES, CULTA PERO NO PEDANTE. LEÍDA PERO NO CONSUMIDORA Y EVALUADORA DE LAS NOVEDADES LITERARIAS, AMANTE DE LAS PELÍCULAS DE TERROR Y CIENCIA FICCIÓN. CRÍTICA CON EL CONSUMISMO PERO HEDONISTA. FUERTEMENTE IDEOLOGIZADA. SON BIENVENIDAS TODAS LAS OPCIONES DE IZQUIERDA ANTICAPITALISTA. SE VALORARÁ LA CAPACIDAD DE FRIVOLIZAR SOBRE TEMAS COMO LA MUERTE PROPIA Y DE LOS SERES QUERIDOS, EL FASCISMO, LA DISCAPACIDAD O LA IZQUIERDA ANTICAPITALISTA. IMPRESCINDIBLE CONOCIMIENTO ACTUALIZADO DE LOS CÓDIGOS HUMORÍSTICOS DE INTERNET. CON ESTILO PERO NO SUPERFICIAL. DE CARÁCTER INCONFORMISTA PERO NO QUEJICA. POSITIVA PERO NO INGENUA. ACTIVA

PERO NO OBSESIONADA CON EL DEPORTE. ABIERTA AL USO OCASIONAL DE DROGAS RECREATIVAS
PERO NO YONKI.

SE PROPONE QUEDAR PARA HABLAR DE QUÉ TAL LLEVAMOS LO NUESTRO.

Cada mañana cubría mi pierna amputada con la silicona, todavía no era un gesto automático pero ya le faltaba poco. Con el paso de los meses se apagó la novedad del cuerpo nuevo, se fue asentando como la versión definitiva. Mientras la media extremidad se adaptaba a la presión del cilindro de goma, antes de encajarla en la prótesis —y en contra de todas las recomendaciones de las expertas en bienestar— escoleaba en mi móvil arrebuja en la cama, poniendo en marcha la producción de las hormonas equivocadas y exponiendo al cerebro, aún blando y aturdido por el sueño, a estímulos adictivos. En mis redes ya no quedaba nadie con todas las extremidades, tampoco en las de Ana ni en las de mis hermanas o de las amigas a las que veía regularmente. La propagación de mi circunstancia entre algoritmos era una prueba más de que pocas cosas se viven realmente en soledad, casi todo es contagioso. En mi pantalla las imágenes circulaban a toda prisa. Una chica enseñaba lo que tiene que llevar en la maleta cualquier usuaria de prótesis de miembro inferior: una llave Allen, crema hidratante, apósitos para las rozaduras...; otra hacía sentadillas búlgaras en el gimnasio; un hombre canadiense mostraba su nuevo coche adaptado. Una mañana, justo antes de ponerme la pierna, tomé la decisión un poco suicida de mover los dedos del pie derecho exactamente como hacía cuando se me llenaban de arena de playa. La orden de mi cerebro se perdió. El cuerpo quedó tan inmóvil y en silencio como si le

hubiera dado la instrucción de mover las alas que no tengo, las antenas que no me brotan de las sienes.

La conciencia de la irreversibilidad no es inmediata, se nos resiste, se parece demasiado a entender la muerte. Cuando se me cruzaba por la mente que esta era mi *versión definitiva*, trataba de acorralar la idea para inspeccionarla bien, la manoseaba con la razón y con la imaginación cada día, y una vez a la semana la lloraba amargamente en la consulta de mi psicóloga, que a veces se sentía como una balsámica visita al exorcista. Nunca me había referido a mí misma en términos de versiones, como si fuera un sistema operativo, pero el algoritmo que se empapa de la vida también la contamina y a veces se me colaban formas de hablar de aquellas amputadas de internet a las que me exponía a diario. Usaban un lenguaje un poco infantil y un poco empresarial, robótico, carente de ironía. Mis aplicaciones solo me mostraban los perfiles más populares, los elegidos por el mercado de la atención, que son siempre los menos complejos, los más vistosos, los de atractivo físico y moral más consensuado, los más aburridos. Yo andaba buscando otra cosa. Una vez vencida la muerte y la infección, cicatrizadas las heridas, una vez superada la salida del armario, atravesada la larga noche sin luna, reconstruido el cuerpo con piezas sintéticas y explorada una nueva estética posapocalíptica, había que encontrar un grupo de gente parecida. Lo que buscaba en el *scroll* matutino era compañía.

Ya lo había hecho antes refiriéndome como «el colectivo» a cualquiera que compartiera heterodisidencia o no conformidad de género conmigo. Las LGTBIQ+, las cuirs, las siglas, mi variopinta y destartalada comunidad repartida por todo el globo y toda la historia de la humanidad. Candela, mi primera amiga en el mundo, me contó

cuando éramos niñas que le gustaba su profesora de tenis. Sin saberlo, resolvió en una tarde lo que a otras personas les lleva años de búsqueda solitaria. Fue valiente, con once años el rechazo de una mejor amiga significa la muerte, pero se arriesgó con inocencia y entrega. El premio fue poder crecer sin esconder ninguna parte de sí misma —ni siquiera aquella que no entendía del todo— y permitirme a mí lo mismo. Nos hicimos unas niñas felices la una a la otra, unas adolescentes a salvo de la vergüenza, unas adultas que dicen que son amigas desde hace más de treinta años como si fueran dos ancianas con raíces milenarias hundidas muy profundo en el terreno firme del amor de la otra. La confesión infantil de mi amiga supuso el primer paso para la formación de un colectivo: ser dos. Quizá fue la perfecta y temprana afinidad con Candela, y poco después con mis otras amigas lesbianas y bisexuales, lo que me hizo tener tanta manga ancha con el resto de las siglas. En la vida me había tocado la lotería de la pertenencia, pero la búsqueda de mi sitio dentro de la discapacidad no estaba resultando tan sencilla.

La dinámica dentro del colectivo LGTBIQ+ es parecida a la que se da en esas películas corales en las que muchos personajes muy distintos, cuanto más antagónicos mejor, se encuentran en un mismo espacio del que no pueden salir. Cuando todos se han enterado de lo diferentes que son les sorprende un acontecimiento extremo: una invasión alienígena, el asesinato de uno de ellos, un desastre natural, la presencia de un fantasma, da igual; justo cuando todos estaban de acuerdo en que lo mejor es largarse de allí y no volver a ver jamás a esa purrela, la diva histriónica tiene que ponerse de acuerdo con la mosquita muerta y el detective taciturno se ve obligado a entenderse con el exmilitar que todo lo resuelve a

la fuerza. La vida es mucho más compleja que el espacio narrativo confinado de una película, nuestro colectivo se desborda por todas partes, sus supuestos integrantes se repelen y friccionan constantemente por razón de procedencia, edad, raza y clase social. En él hay especuladoras inmobiliarias, integristas religiosos, asesinos en serie, explotadoras, magnates ultracontaminantes, banqueras. Pero por alguna razón, el mínimo común denominador de experiencias compartidas que une a esta gran masa humana transhistórica de maricones, transexuales y lesbianas me sigue resultando reconfortante. Tanto el empresario hotelero ultraliberal Kike Sarasola como la escritora argentina Gabriela Cabezón Cámara tienen pluma. Tanto la estrella internacional comprabebés Elton John como yo tuvimos una conversación incómoda con nuestros padres demasiado pronto. En el Congreso de los Diputados de mi país, dos hombres homosexuales que se intercambian reproches desde bancadas opuestas recibieron exactamente el mismo insulto en el colegio. El colectivo no parece cumplir los requisitos más básicos para serlo. En esta gigantesca película de asesinatos, nos miramos unas a otras con recelo y con hartazgo desde los dos extremos de la mesa, pero estamos unidas por una experiencia compartida y lo que tenemos en común puede ayudarnos a salir vivas de esta.

—Nosotras hemos aprendido que más vale lo malo por conocer que lo bueno conocido.

Me lo dijo mi amigo Christo Casas en una conversación a distancia, invirtiendo el refrán como insistimos en invertirlo todo. En uno de sus libros, el ensayo *Maricas malas*, habla de todos los conflictos de nuestra comunidad con la quimera de la normalidad y

de las estrategias que nos hemos ido inventando para navegar nuestras diferencias.

—Tú has hecho pesca de arrastre de lesbianas para atrapar a un montón de gente y volverla conocida porque tenías que hacerlo. Nuestro entorno de socialización temprana —ya sabes, la familia, el colegio, el vecindario...— es el que, desde un punto de vista heterosexual, se supone que nos va a acompañar toda la vida. Tristemente, la estadística demuestra que la mayoría de las violencias que recibimos vienen de ahí, así que nos lanzamos a la pesca loca de gente para fabricar una incondicionalidad de cero. No sé si estás dispuesta a repetir este trabajo una segunda vez en la vida.

Cuando la exposición a los demás me volvió a marcar como anormal de una manera nueva e inesperada, busqué la complicidad precaria del colectivo; siempre me ha resultado reconfortante. Aunque sea con cientos de matices y décadas de literatura académica para definirlo, «queer» significa «extraña». Al menos no iba a tener que desplazarme de categoría.

Después del paréntesis de *scroll* se imponía empezar con el día, otro día en el que incorporar las disidencias pasadas y presentes de manera práctica en lugar de pensar sobre ellas. A Ana y a mí nos invitaron a una fiesta multitudinaria e hiperproducida, la más rotunda confirmación de que la vida sigue. Era una de esas entregas de premios a las mujeres del año que organizan todas las publicaciones de moda, y la propia revista se encargaba de prestarnos ropa para la ocasión. El almacén de la revista era una extensión enorme llena de percheros y espejos hasta donde alcanzaba la vista; Ana y yo nos pusimos en manos de las estilistas,

algunas viejas conocidas de trabajos anteriores que nos abrazaron y nos empujaron hacia el montón de ropa (la «selección de piezas») que habían elegido para nosotras. Mientras Ana forcejeaba con un top de marabú como si fuera un animalito de la selva, una de las chicas me deslizó un vestido de noche de satén verde esmeralda con cortes que dejaban al descubierto un hombro, la espalda, mis costillas y mi prótesis.

—Hay que meterle una media. A mí me gusta la mezcla de metales, pero yo creo que los anillos hay que buscártelos color acero.

El titanio de mi pierna, como el castaño de mi pelo, era en ese momento solo un asunto estético por resolver. Siempre me había gustado la interacción con las estilistas, su manera de tratar a los humanos como muñecas o como centros de mesa, composiciones de colores, texturas y volúmenes. Le dije que por el tope de inclinación de mi pie artificial no podía ponerme tacones de más de seis centímetros.

—Ni tú ni nadie, cariño.

Me contestó distraída. Estaba cortando con cuidado unas medias para colocármelas de manera que solo cubrieran la parte del encaje y dejaran al descubierto la barra de metal de mi prótesis que armonizaba con los grandes anillos de plata y acero que me había colocado. Se apartó dos pasos para comprobar su obra.

—Tía, estás guapísima.

Estaba guapísima.

Brillaba como un regalo de Navidad y la cremallera del vestido se había cerrado sin esfuerzo. Una sorpresa. Los almacenes de moda están repletos de una enorme variedad de ropa, pero de una sola

talla, la «talla de *showroom*». Siguiendo una lógica disparatada, actrices y modelos tienen que adaptarse a la tela y no al revés, como si los cuerpos fueran más fácilmente maleables que las costuras. Aquel día entré sin esfuerzo en una talla de *showroom*; parecía que el truco para llevarla era haber pasado por una larga y traumática hospitalización. Iba a volver a pisar una alfombra roja tras una pérdida drástica de masa corporal, como hacían muchas *celebrities* cada cierto tiempo. Se me podría aplicar el lugar común de la reaparición con unos kilos de menos, no era imprescindible especificar que el peso correspondía a un pie y gran parte de la pantorrilla. Traté de sacar adelante —con malos resultados— este chiste con los medios de comunicación que me preguntaron sobre mi accidente en la alfombra roja. Odié interiormente a las amputadas de internet entre las que había buscado mi comunidad, era culpa suya haber impuesto un aburridísimo ambiente de solemnidad cursi en el que era difícil hacer funcionar una broma macabra.

Las alfombras rojas, incluso en circunstancias no tan extrañas como las mías en aquel momento, son entornos de una hostilidad retorcida única en el mundo. Los cuerpos se exponen durante unos segundos a los focos y los flashes como en un vivario; después, esas imágenes son amplificadas y diseccionadas. Todo aquello que es perceptible a la vista se analiza: pelo, ropa, resultados de los últimos retoques estéticos, maquillaje. Pero el juicio también es moral, metafísico, se impone desentrañar cada mensaje oculto en la elección de diseñador, la postura o el gesto. Esta parte es estresante, pero el tramo realmente pesadillesco es el pasillo de cámaras y micrófonos. El abanico de preguntas posibles puede

referirse a cualquier conflicto armado en curso, la última noticia sobre abusos en el cine, las casas reales europeas o virar hacia el terreno del realismo mágico: si tuvieras que elegir comer una sola cosa el resto de tu vida, ¿qué sería? Entre las asistentes a la fiesta, ¿con quién te intercambiarías el *outfit*? ¿Y a quién elegirías para ayudarte a encubrir un asesinato? *Fuck, marry, kill* con las tres activistas camboyanas por los derechos humanos premiadas esta noche. Los trabajadores y trabajadoras de los medios tradicionales o digitales, hastiados y agotados de estar de pie, recurren a estrategias cada vez más ingeniosas para sacarles a las *celebrities* unos segundos que den cortes virales en redes. Son los encargados de ordeñar la atención que después alimentará los informes para los anunciantes. El sistema es disparatado y un poco maligno, pero aquella noche lo estaba disfrutando. Había viejas conocidas entre las periodistas, estaban contentas de verme: intercambiamos cumplidos, me preguntaron delicadamente cómo me encontraba, me divirtió ver a Ana rodeada de un halo de plumas, bellísima y aturdida por las cámaras.

—Me han preguntado qué personaje histórico creo que lideraría mejor el espacio político a la izquierda del Partido Socialista.

—Y una mierda, ¿y qué has dicho?

—¿Qué voy a decir? Pues santa Teresa.

Al otro lado del tren de la bruja de la alfombra roja había una sala rodeada de espejos. Ya con un vino en la mano, miré mi reflejo para chequear qué había quedado registrado en las cámaras y trasladado a mi eterna huella digital. Si les ofrecía a los espejos mi lado izquierdo, cubierto de satén verde hasta el suelo y con un índice de masa corporal cuatro o cinco kilos por debajo de mi media, podía

pasar por una más del rebaño glamuroso. Pero aquella era una ilusión momentánea, no solo porque mi mutilación no fuera visible desde ese lado, sino porque mi voluntad de pertenecer a la norma estética estaba extinta, muerta. Justo la entrada a ese club, de todos los posibles, requería una convicción casi fanática que el feminismo me había curado años antes del accidente.

La belleza es importante para todos los humanos; condiciona nuestras vidas, aunque no seamos conscientes de ello. Estamos ahogadas en estudios sobre cómo hasta el cerebro de los bebés reacciona de manera entusiasta a los rostros bellos, sobre las ventajas que tienen a la hora de conseguir un trabajo, ser escuchada en clase o en una asamblea, ascender socialmente o tener razón. Para las mujeres, la belleza es una fuerza reguladora de primerísimo orden. Durante siglos el feminismo la ha puesto en cuestión y ha conseguido salvar a muchas almas de esta esclavitud, pero solo ha podido obstruir y boicotear el régimen, sin llegar a derribarlo jamás. Nadie puede ignorar la belleza y es difícil dejar de desearla. Solo estamos en posición de resistirnos a que el ideal estético nos domine por completo, y en el caso de las mujeres esa resistencia ha sido un trabajo político de generaciones.

Aquella noche, yo misma hacía vascular mi pierna cortada sobre una inclinación antinatural de seis centímetros. Perfectamente maquillada, peinada y cubierta con un carísimo vestido prestado, con toda mi revisión feminista al día y toda la distancia que me separaba de las actrices y modelos que me rodeaban, me sentí satisfecha y en paz solo porque algunas personas me habían dicho que estaba guapa. Generaciones de mujeres se han quebrado los pies para hacerlos diminutos en China, en Myanmar se han aplastado las

clavículas con aros de latón para lograr la ilusión óptica de un cuello larguísimo, y hoy mismo, en el apartamento contiguo al tuyo, una treintañera que ha pagado para que le perforen la piel con cientos de agujas levanta la última costra de tejido cicatricial para descubrir un rostro nuevo. La variedad de autoflagelaciones es infinita y crece cada día con nuevos tratamientos de carnicería dirigidos a cada pliegue, sobrepigmentación o rugosidad del cuerpo. Pero el sistema de presión estética sobre las mujeres encierra su propio colapso; resulta tan excesivo, tan atosigante, caro y violento que es una fábrica de despertares feministas. La pertenencia al ideal de belleza femenino tiene unos requisitos de entrada exorbitantes y la estafa se hace evidente una vez reconocidos los recursos de tiempo, dolor, restricción y dinero invertidos en formar parte de un colectivo del que la edad acabará por expulsarte.

Uno de los grandes marcadores de género es el cansancio, el cansancio de los cuidados, el del trabajo emocional y de contención y el que produce la terrorífica rueda de hámster en la que se persigue la belleza. Me divertía jugar a ese juego de vez en cuando, pero era muy consciente de que resultaba imposible ganar. Pensaba también que lo tenía controlado, que todas mis alertas en el viejo jueguecito del género estaban perfectamente afinadas, que no me iba a volver a pillar por sorpresa jamás. Y lo creí hasta que con la cuarta copa de vino me levanté de la silla sobre mis precarios tacones prestados y atravesé la sala. Al otro lado me esperaba el más violento campo de batalla de la segregación sexual.

Las puertas de los aseos eran de cristal rosado al ácido, parecían hechas de neblina. El espacio estaba rodeado de cortinas de terciopelo rojo y la música que pinchaba la DJ sonaba amortiguada. Las tres puertas estaban marcadas y había que elegir, como ante el acertijo de una esfinge. Entre la señalada con la figura de un hombre y la que tenía una de mujer, había una tercera que no llevaba falda esquemática ni pantalón esquemático: lo único que tenía bajo la cintura era una silla de ruedas. Las puertas de los extremos se abrían y cerraban con una cadencia regular; la del centro permanecía quieta, esperándome. El símbolo que me correspondía era el de la criatura centauro sobre ruedas, la categoría que estaba buscando me había encontrado a mí.

En su libro *El cuerpo deseado*, Andrea G. Santesmases analiza la compleja relación entre el feminismo (un movimiento social y político que en su versión más *mainstream* está centrado en hacer, poder, ser independiente y producir) y la discapacidad. Enfoca las fricciones como una conversación pendiente, una bastante incómoda. Performar la masculinidad o la feminidad, participar del aparatoso teatrillo del género que identificó Judith Butler es un trabajo a tiempo completo. En la puerta de la derecha, los requisitos son dulzura constante, fertilidad, sumisión, amor a raudales, trabajo de cuidados no remunerado y belleza; en la de la izquierda se requiere fuerza bruta, liderazgo, potencia sexual y capacidad de sostener económicamente a toda la familia. ¿Y en la puerta del centro? ¿Está vacía o absolutamente saturada de una variedad desordenada de maneras de estar en el mundo sin hacer lo que les toca a los hombres ni lo que les toca a las mujeres? ¿Es quizá una zona de

paso para gente que desea desesperadamente atravesar las otras dos?

G. Santesmases ofrece algunos ejemplos de personalidades con discapacidad a las que se celebra consciente o inconscientemente por cumplir con los roles tradicionales de género, como Madeline Stuart, la modelo con síndrome de Down que comparte fotos trabajando perfectamente maquillada, en la peluquería, de viaje con su chico o vestida de novia. O el autor de *best sellers* motivacionales Nick Vujicic, el deportista Alex Roca o el actor Peter Dinklage, todos felizmente casados con mujeres normativas.

A su regreso del frente, los veteranos de la Segunda Guerra Mundial se encontraron no solo traumatizados, mutilados y desfigurados, sino también desplazados de su rol tradicional. En su ausencia, se había producido una invasión del terreno que les era propio: sin dejar de limpiar sus casas y criar a sus hijos, cientos de miles de mujeres se habían incorporado al mercado laboral. La reconstrucción de los cuerpos de los amputados pasó a ser también una reconstrucción de la masculinidad perdida, era necesario calmar la ansiedad desde todos los frentes y volver a cimentar el orden. Los medios estadounidenses publicaban imágenes de jóvenes amputados y los presentaban como héroes de guerra saludando a la estatua de Lincoln, leyendo la sección de deportes del periódico, sacando a una chica a bailar o mostrando una *pin-up* pintada en su prótesis, como si fuera el fuselaje de un avión. En definitiva, haciendo cosas de hombres. Estas imágenes reforzaban los estereotipos de género, pero al mismo tiempo probablemente hacían a los hombres amputados sentirse como parte de la sociedad.

La conversación entre los estudios de género y el anticapacitismo está en curso y es compleja. Como explica G. Santesmases cuando habla de Madeline Stuart en sus clases, «las estudiantes tienden a concebir a Madeline como un ejemplo más del “capitalismo de la diversidad” que exotiza la diferencia e hipersexualiza el cuerpo femenino». Sin embargo, cuando comparte sus imágenes y su historia con mujeres con discapacidad intelectual, encuentra una respuesta positiva, identificación y admiración. No es lo mismo renunciar de manera voluntaria a algunos requisitos molestos para llegar a ser una mujer como Dios manda que verlos desvanecerse de un día para otro o sencillamente no haber tenido acceso a ellos jamás.

Hacía poco que había descubierto que el paso ligero era lo menos molesto para mí; el paso lento me resultaba doloroso, y estar de pie, firme, mortificante, así que elegí la puerta del centro sin pensar demasiado y la atravesé. Una vez dentro, más allá de la música ensoñadora me llegaron voces de hombres desde una pared y de mujeres desde la opuesta; de repente me encontré en un puesto de control vigilando dos barracones perfectamente segregados. «Mujer joven. Es una mujer joven». Habían pasado tantos meses desde aquello... Ya no estaba tan drogada como en la REA ni tan en shock como en los meses posteriores, solo un poco borracha. Entendí con claridad aquel sintagma que tanto me había inquietado en los primeros días de hospitalización. Mujer joven. Quienes lo repetían sabían que el tiempo me acabaría expulsando de la juventud y que la discapacidad ya me había expulsado de la feminidad.

Antes de aquella noche, el mundo exterior me había dado pistas sobre mis desplazamientos de categoría. Ana y yo habíamos vuelto a

nuestra casa en un quinto sin ascensor, un piso diminuto y lleno de luz. Era en nuestra cama de siempre con nuestros gatos donde cada mañana me entregaba a los pensamientos sobre la pertenencia. Las salidas todavía requerían su logística, tenía que llevar muletas e ir acompañada; aún estaba frágil y poco acostumbrada a la prótesis, y los trayectos tenían que ser en taxi o estar perfectamente calculados para no incluir transbordos largos en el metro. Todo seguía siendo un lío agotador, pero cada vez que lograba bajar mis escaleras e ir a alguna parte me sentía como una nación entera celebrando su día de la independencia. Me ponía la música muy alta y me iba aplaudiendo por dentro.

Un día que empezaba a hacer buen tiempo me puse el mismo vestido que había elegido un par de años antes para seducir a Ana, uno azul grisáceo hasta los pies con tirantes espagueti y un escote profundo, hasta más allá del esternón. Me pinté los labios de rojo oscuro y me puse unos pendientes de metacrilato del tamaño de platos soperos. Iba a ver a Arancha, la fisioterapeuta; después de tantos meses de dolor y miseria sentí que nadie más que ella merecía ligereza, golpes de melena y un perfume de niña con olor a bronceador. Ella era el centro de una pequeña comunidad de amputados, la suya era otra manera de formar un colectivo. A veces propiciaba encuentros para que actuáramos como vasos comunicantes de ánimo y para que las que estaban en un buen día proporcionaran algo de consuelo a las que estaban pasando por un bache anímico, tenían heridas o no conseguían librarse de los dolores neuropáticos. Yo quería estar preparada si me tocaba interpretar el papel de fantasma de las Navidades futuras con otros amputados, presentarme ante ellos y ellas como una posibilidad de

armonía vital que deja espacio incluso a la coquetería. Me acompañaba Olga, cuando subimos al autobús me senté en el asiento reservado y ella se quedó de pie sosteniendo mis muletas. Dos señoras ocuparon los sitios restantes, y una de ellas se dirigió a mí para informarme de que esos asientos eran para «embarazadas, personas mayores y *disminuidos*». Lo dijo a grito pelado, como varias generaciones de españoles acostumbran a dirigirse a la gente que toman por extranjera o por idiota. Saboreando el momento, me levanté el vestido para mostrarle mi prótesis. Ella se deshizo en disculpas, que yo encajé bien. Olga no tanto. Arrastrada por el nerviosismo y el bochorno, la señora exclamó:

—¡Es que te he visto tan mona!

—Pero, señora, ¿y qué tendrá que ver? —le respondió Olga.

La respuesta a esa pregunta era evidente pero difícil de desarrollar. A pesar de los esfuerzos de los influencers con discapacidad para mostrarse atléticos, canónicamente bellos, heterosexualmente emparejados y fértiles, en el inconsciente colectivo la imagen desgenerizada de la persona con discapacidad era muy fuerte, ocupaba un espacio muy concreto, una tercera puerta en la que no cabían los vestidos vaporosos ni los accesorios llamativos, pero sí una posibilidad de emancipación.

«Si en realidad tiene usted toda la razón —debería haberle dicho yo a la señora—. Si ya le puso Donna Haraway el cascabel al gato en su *Manifiesto cibernético*, proponiendo un sujeto utópico que trascendiera los géneros y que a través de la hibridación con la tecnología desestabilizara todo lo que hasta ahora damos por hecho del sexo, los cuerpos y los roles. Y esa podría ser yo hoy mismo, no se crea. Ayer estaba totalmente en ese rollo, ojalá me hubiera visto. Le

puedo jurar que la mayor parte del tiempo trato de encarnar un ideal muy alejado de la mirada hegemónica. Pero con la fisio, la verdad es que me apetece ponerme mona de una manera que se entienda, ¿sabe?».

Una chica a veces necesita un respiro en la interminable tarea de impugnar la tiranía del género. Sobre todo una chica coja.

Ruby Grant, investigadora en la Universidad de Tasmania, ha escrito sobre cómo hombres y mujeres amputados afrontan de manera distinta el uso de las prótesis.^[16] La diferenciación entre roles se sustenta sobre un reparto imaginario del mundo entre hombres y mujeres que se ha hecho pasar, con bastante éxito, por un orden natural. Razón frente a emoción, cuidados frente a fuerza y, la que más nos interesa, naturaleza frente a tecnología. Según Grant, y también según la señora de los asientos reservados del autobús, el ideal femenino se sitúa en el extremo opuesto de la tecnología, y por lo tanto chirría con la presencia agresivamente metálica de las prótesis. El referente visual de Furiosa, un cuerpo femenino en el que la parte mecánica está completamente a la vista, es muy excepcional. En cambio, hay muchos híbridos de hombre y máquina en el cine comercial: Ironman, Robocop, Darth Vader, los ejemplos son infinitos. Los perfiles de mujer máquina en películas como *Las mujeres perfectas*, *La acompañante* o *Ex Machina* presentan su naturaleza tecnológica camuflada por una carcasa de material suave y redondeado de apariencia completamente humana. Esta cultura visual ha terminado por filtrarse en nuestra autopercepción y nuestro amor propio. Grant cita varios estudios que revelan que el grado de aceptación de las prótesis en personas amputadas es menor entre las mujeres, que ellas presentan mayor

incidencia de depresión y ansiedad relacionada con su imagen corporal y que es más frecuente que sus relaciones amorosas se rompan tras la amputación.

La creencia de que el aspecto físico es el principal valor de una mujer y que la protetización disminuye o directamente aniquila ese atractivo es falsa. Afortunadamente, yo había llegado a mi inesperada versión cibernética tan acostumbrada a desobedecer esos mandatos que ya casi los había olvidado. Pero yo no era una mujer, claro. Yo era —yo soy— una lesbiana.

La primera vez que leí a la filósofa lesbiana Monique Wittig sentí que alguien me arropaba con una manta justo en el momento en el que me sacudía un escalofrío otoñal. Me acoplé confortablemente en su idea, formulada en los años setenta, de que la heterosexualidad no es un orden natural, ni siquiera una orientación sexual, sino un régimen político obligatorio del que las lesbianas somos desertoras. Siempre había intentado explicar, con torpeza, que lo menos relevante de ser lesbiana era el hecho de acostarse con mujeres, que sentía que mis amigas, amantes, exnovias y yo formábamos parte de unas lógicas distintas a aquellas en las que veía desenvolverse a las mujeres heterosexuales. Wittig expresaba esta idea de manera clara y explosiva.

¿Qué es la mujer? Pánico, zafarrancho general de la defensa activa. Francamente, es un problema que no tienen las lesbianas, por un cambio de perspectiva, y sería impropio decir que las lesbianas viven, se asocian, hacen el amor con mujeres porque «la-mujer» no tiene sentido más que en los sistemas

heterosexuales de pensamiento y en los sistemas económicos heterosexuales. Las lesbianas no son mujeres.[\[17\]](#)

La noche en la que, engalanada y visiblemente mutilada, me planté frente a las tres puertas de los baños públicos no solo estaba acostumbrada a vivir al margen de los mandatos de mi género, a recurrir a ellos de tarde en tarde para jugar, para corretear en el disfraz; también conocía la inmensa alegría de hacerlo, sobre todo en unos tiempos en los que se habían vuelto tan peligrosos.

Perseguir el ideal de belleza, tonificación y delgadez se ha convertido en un asunto moral. Comencé a alarmarme de verdad por este tema cuando un buen amigo me contó que se había comprado un dispositivo para medirse la insulina en sangre y que había empezado a atender su flora intestinal como el que cuida los geranios de un exuberante patio andaluz. «Cuidado —le dije—, la microbiota es la antesala del fascismo». Realmente me dio la sensación de que había trascendido el individualismo capitalista: ya no solo se fijaba en sí mismo, sino que se estaba mirando las vísceras mientras el mundo ardía, y lo hacía ante la amenaza de que la enfermedad, el sobrepeso o cualquier debilidad del cuerpo fuera responsabilidad suya. La cultura del culto al cuerpo ha conseguido hacerse pasar por algo parecido a un dogma centrado en la salud, con más autorrestricción, puritanismo, promesa de virtud, vigilancia y castigo que ninguna religión. La conciencia de esta nueva tiranía, de cada una de estas pertenencias forzadas a través del chantaje, solo hacía más placentero el acto de desobedecer.

Pero una vez identificados los órdenes de los que había logrado más o menos emanciparme, ¿qué había del colectivo?, ¿dónde estaban mis cojas?, ¿por qué me había vuelto tan quisquillosa de

repente, yo que conocía los peligros de unas adscripciones y las alegrías de otras?

Christo ya me había adelantado esta pereza de iniciar un nuevo proceso de identificación.

—Si yo te entiendo. Ya sabes que yo no soy activista, soy *pasivista*. Pero nosotras, en nuestro momento, también pensábamos que habíamos descubierto la irreverencia y la rebeldía, y alguien tuvo la paciencia de acogernos con nuestras diferencias.

Para Christo, la conversación sobre la pertenencia era mucho más grande que nosotras dos enviándonos audios de WhatsApp entre Madrid y Barcelona.

—Yo creo que esto que te pasa tiene que ver con el sentir de los tiempos. La crisis democrática que atravesamos —te juro que esto se va a enlazar con tu movida, sigue escuchándome— es una crisis de desconfianza en el desconocido. Las sociedades y los valores que surgieron después de las dos guerras fueron modelos de confianza ciega en los desconocidos. Me refiero a las socialdemocracias, incluso los modelos comunistas o marxistas que se basan en que tú, como persona trabajadora, arrimas el hombro porque confías en que toda esa gente que conforma la sociedad contigo, que no conoces de nada, también va a hacerlo. De alguna manera, el estado de bienestar se basaba en la confianza en el desconocido. Ahora estamos en medio de un clima opuesto, en el que surgen fobias que creíamos superadas. Un mundo securitista, racista, de guerra, en el que el modelo de civilización es un país en el que le puedes pegar un tiro al vecino si pone un pie en tu propiedad.

Sí, Christo tenía razón. Quizá a los veinte años yo había sido una pizpireta socialdemócrata de posguerra dispuesta a darle la espalda

a la tiranía para imaginar un orden nuevo con las mías, pero ahora me había aburguesado. No estaba del todo dispuesta a explorar la tercera puerta.

—Nosotras tenemos una relación distinta con los desconocidos. Tuvimos que confiar para construir un presente y un futuro mejores, pero pasa el tiempo y te bunkerizas, te haces vaga. Hay que recuperar la confianza. Nos tenemos que trabajar la incondicionalidad y la paciencia.

Vaya. Así que tenía que dejar de preguntarme qué podían hacer las cojas por mí y empezar a preguntarme qué podía hacer yo por las cojas.

Una de las cortinas de terciopelo se abrió, la música sonó con más claridad y Ana apareció detrás de mí con su top emplumado. Me agarró de la cintura y me besó el cuello. Le resultaba mucho más ergonómica ahora que podía ponerme de pie de vez en cuando. Algunas de las que cruzaban la puerta de las mujeres nos miraron. En el hospital Ana ya me había dicho que con una amputación sí que se iba a disparar mi capital sexual.

—La verdad es que con lo que le gusta a una lesbiana un sonotone, un parche en un ojo, una bomba de insulina... Las voy a dejar tiesas con la prótesis.

No estábamos de broma, tampoco nos referíamos a una especie de *kink* fetichista. Sabíamos que en nuestro colectivo —el anterior, el de siempre— podíamos contar con una predisposición entusiasta a amar la diferencia. Definitivamente, esa era una buena manera de aportar algo a mi nuevo colectivo, cuyos bordes estaban aún

difuminados; ese era un buen detalle de bienvenida con el que traspasar la tercera puerta: una posibilidad de belleza independiente de la belleza obligatoria. Podía aportarme a mí misma, cuerpo confuso y recién nacido, libre de juicio y de sospecha. Quizá moviéndome entre unas puertas y otras, con curiosidad y anhelo, podría actuar como un virus, como un agente contaminante que contagia a unos colectivos con la sabiduría acumulada en otros.

Me propuse llegar a muchas camillas de fisioterapia y alfombras rojas para hablar del encanto de la desobediencia, del gusto de no plegarse, de no dejarse la vida tratando de agarrar la pertenencia absoluta, el ideal escurridizo. Me esperaban prodigiosas sorpresas queer entre las cojas. Me esperaba una cuarta puerta, una quinta, miles de posibles pertenencias simultáneas una vez destruida la pertenencia obligatoria.

10. Los límites

Prohibido rendirse.

Lema impreso en una pulsera de
merchandising de la Guardia Civil

Mi prótesis cuesta quince mil euros. Hay una parte de la historia de los amputados tan aburrida de narrar, tan lúgubre, que suele quedar eliminada de los relatos. Mi prótesis es muy cara, muy sofisticada, tiene una buena amortiguación pero no me permite correr sobre asfalto. Un autobús que arranca es un autobús perdido; si me cruzo con un atracador, seré atracada sin remedio; si rompe a llover, me mojaré antes de poder llegar a refugiarme en ningún soportal. Ahí está el límite. No puedo correr espontáneamente por urgencia, huida o placer, porque para los amputados correr por el puro entusiasmo de estar vivo y tener un cuerpo que late y suda es un lujo. Una prótesis adicional solo para correr ronda los siete mil euros. Conquistar un poco más de comodidad, un poco más de movimiento, un poco más de velocidad, nos exige superar nuestros límites —económicos, claro— o ser físicamente excepcionales. El eterno lugar común asociado a las personas con discapacidad, el de romper barreras, no implica un acto heroico voluntario en este caso, sino que es el único camino para acceder a las posibilidades del

cuerpo. En algunas situaciones, los deportistas paralímpicos pueden recibir ayudas o financiación, pero casi siempre son los patrocinios privados los que les dan acceso a mejores prótesis, y solo lo hacen durante su vida competitiva y con la condición de que cumplan sus marcas.

Sé que mi prótesis cuesta quince mil euros porque los pagué volteando una hucha cuyo contenido se había esfumado por completo en mi primer año y medio de discapacidad. Quince mil son muchos euros: imposible seguirles la pista a cada uno de ellos. Algunos me habían llegado fácilmente a través de publicidades de juguetes sexuales en Instagram o charlas en público con compañeras de profesión; otros los había cosechado uno a uno en las entrañas de la empresa privada, y para conseguirlos les había dado la razón a muchos imbéciles y había sentido la vida evaporarse en oficinas inmundas. Incluso en este, uno de los mejores sistemas posibles, tuve que adelantar el dinero de todas mis piezas de ortopedia y esperar meses a que, tras varias reclamaciones y mucho trabajo burocrático, la administración me devolviera una parte del dinero. El económico es solo uno de los sobrecostes de la vida discapacitada; se añade al físico, el anímico, el cronológico.

De todos los peajes, incluido el del dolor, el de la burocracia fue el más devastador. No hay forma de contar este tramo de la historia de manera literaria. A veces la batalla burocrática es tan laberíntica, tan absurda, que parece diseñada a conciencia para desgastar a la solicitante, expulsarla, humillarla, volverla loca, darle a entender con cada trámite circular, cada lista de espera, cada página web, que es insignificante. Soportar la burocracia me requirió tanta medicación como soportar las descargas del nudo de nervios atrapado en mi

muñón. Pensaba y pensaba tratando de comprender por qué me dolían tanto y tan profundo las ventanillas. En los trámites que se enredaban o se demoraban interminablemente conocí algo así como la tristeza política; si yo, con todos mis contactos y mi formación, con mi talante feliz, mi dominio de la lengua, con todos los dones materiales y afectivos que puede dar el primer mundo a una persona, estaba aplastada por la burocracia, ¿qué sería de quienes tenían menos facilidades? Me desesperaba con cada gestión y me desesperaba con tanta fuerza que sentía cómo la desesperación podía rebosar y envenenar la ciudad entera, el país entero, todo territorio comprendido en lo que llamamos «mundo civilizado».

Cualquiera con una cinta métrica podía comprobar la dimensión de mi pérdida, pero tuve que pasar por un tribunal formado por una médica, una psicóloga y una asistente social para evaluar mi grado de dependencia. El tribunal de discapacidad se llama tribunal porque se somete a juicio el dolor y funcionalidad de la investigada. De nuevo el cuerpo quedaba expuesto a numeraciones. La cita llegó por carta a una dirección equivocada casi un año después de haberla solicitado. Me presenté en un edificio triste, donde los tres exámenes —médico, psicológico y social— se desarrollaban tras tres puertas contiguas. Fui procesada al otro lado de cada una de ellas con preguntas estandarizadas: «¿Puedes asearte sola? ¿Puedes hacerte la comida sola? ¿Puedes bajar a la calle sola?». La respuesta era siempre la misma: a veces. Depende del día. El 5 por ciento de vida normal que el cirujano de Mallorca había vaticinado que iba a desaparecer se iba moviendo por mis días por sorpresa como un temporal de granizo. ¿Cómo se evalúa la intermitencia? A veces soy muy discapacitada y a veces menos. A veces me duele un dos y

otras un ocho. A pesar de que la sala de espera estaba llena de gente, por mi cabeza se cruzó el pensamiento absurdo de que yo era la primera amputada transtibial que habían visto. ¿Cómo se explicaba si no que las pruebas estuvieran tan lejos de mi experiencia? Después de meses preparándome para ese momento apenas era capaz de entender qué me preguntaban. Cada punto del cuestionario me arrastraba a un autochequeo angustioso, cada respuesta sobre lo que podía o no podía hacer era un inventario de escombros.

Antes de salir por la tercera y última puerta del tribunal, me dijeron que tenía que reiniciar los trámites para volver dentro de dos años a una revisión. Mordí una respuesta que salió pegajosa de odio: «¿Por si me crece?». Una asistente social respondió con tono de teleoperadora algo que seguramente habría repetido mil veces en el ejercicio de su profesión: que había que controlar si estaba mejor o peor cada cierto tiempo y que había que ver si me mantenían la tarjeta de aparcamiento «porque hay mucho fraude». En aquel momento no lo sabía, no sabía nada, estaba noqueada, pero el sello de persona con necesidades especiales que se estaba juzgando no iba a automatizar nada, ninguna facilidad, solo me daría acceso a nuevos trámites, que a su vez tenían sus propias listas de espera y sus propias páginas web que se colgaban. Aquel día se abrió para mí la entrada principal de un laberinto. El examen también representaba el ritual de bienvenida a un nuevo estado de vigilancia: el cuerpo discapacitado, igual que el pobre, debe justificar constantemente su falta de productividad.

Pregunté con más amabilidad y con mayor derrota por una horrible gestión concreta que llevaba meses atascada bajo una pila

de solicitudes iguales: la licencia para que empezaran a construir un ascensor en mi edificio. «Eso *te lo tienes que pelear* con el Ayuntamiento», me contestó la misma asistente social con menos automatismo, con más pesar. Pelear.

Aquella fue la segunda vez que una desconocida en una dependencia pública me mandó a pelear. La primera había sido peor.

Sucedió en la primera consulta con una médica rehabilitadora. La cita se situaba en un espaciotiempo lejanísimo; tardó tanto en llegar que me dio tiempo a cicatrizar, recuperar algo de masa muscular, espaciar las citas con mi psicóloga, pedir el visto bueno para empezar a usar una prótesis en otra parte y aparecer caminando lentamente en su puerta con una prótesis provisional. La médica estaba sentada detrás de un ordenador, escoltada por una residente de pie; torció el gesto nada más verme, volvió la mirada a su pantalla, me descartó con cada gesto de su cuerpo. Me acompañaba mi hermana, que nunca me dejaba ir sola al médico; siempre pensé que era por la posibilidad de recibir malas noticias, pero en realidad era porque temía justo lo que estaba a punto de suceder. La médica me explicó con irritación que no iba a prescribir una prótesis que ya llevaba, que lo había hecho todo mal, no había respetado los protocolos, «has ido por tu cuenta». Estaba enfadada. Sin saberlo, sin conocerla siquiera, yo había desafiado su autoridad y ante aquel acto imperdonable a ella solo le quedaba seguir tecleando sin dirigirme la mirada en ningún momento.

La consulta era grande y una de sus paredes estaba ocupada por un gran espejo, como un estudio de ballet que multiplicaba la aridez del espacio. Los asientos destinados a los pacientes estaban alejados del espejo y a una obsoleta distancia de pandemia de la doctora; la

disposición nos dejaba a mi hermana y a mí sentadas a la intemperie. Mi hermana-madre mantenía la calma, preguntaba por mis opciones para acceder a las coberturas sobre las que en teoría tenía derecho irrevocable, pero hasta ella, tan acostumbrada a susurrar a los burócratas, estaba nerviosa y confundida. Yo era un desecho; ni llena de tubos, cables y grapas, muerta de sed y borrosa por la morfina me había sentido tan desamparada como en aquel lugar. Trataba de hacer contacto visual para que la médica pudiera verme, coja, servil, rendida, y me diera por castigada, pero la pantalla del ordenador actuaba como un muro de contención, posiblemente muy calculado, entre las dos. Balbuceaba justificaciones, me disculpaba mientras trataba de averiguar por qué me disculpaba. Yo no lo sabía, lo siento. Quedaban cuatro meses para esta cita. Cuatro meses más en silla de ruedas. No podía. Tenía que empezar a moverme. Perdón. ¿Qué tengo que hacer ahora? ¿De dónde voy a sacar el dinero para comprarme todas las prótesis si no me lo devuelven? Todas. Todas las prótesis de lo que me queda de vida. ¿Cuánto dura una prótesis? ¿Cuánto dura una vida? Lo siento. No sabía cómo funcionaba. Es mi primera amputación. Prometo hacerlo mejor en la segunda. Si me cortan una mano, la otra pierna, prometo hacerlo todo en el orden correcto. Por favor. Por favor, tengan piedad conmigo en mi debut.

Sabía racionalmente que no era nada personal, que estaba pagando una deuda de hartazgo ajena a mí; era la última gota anónima de un vaso colmado. La médica no me odiaba; odiaba algo que esa mañana me había tocado representar a mí. Señaló un punto en la pantalla para la residente, otra vez como si yo no estuviera allí, o solo fuera la pierna amputada pegada a la prótesis no autorizada.

Intercambiaron unos brevísimos ojos en blanco, la risita cómplice universal, estandarizada, perfeccionada durante generaciones de las más hijas de puta del instituto.

—Veo que fue un accidente. En ese caso tendrás que pelearte con el seguro.

No se refería a una pelea de verdad sino a años de negociaciones, gastos legales, posiblemente a un juicio. En ese momento y en todos aquellos otros en los que alguien utilizó esta metáfora para referirse a un proceso burocrático pensé en la pelea real. Deseé la pelea real. Quise arrastrar la violencia burocrática al terreno de la violencia absoluta. Quise ganarme las prótesis a golpes, sacar mi expediente de una montaña de papeles con las manos todavía ensangrentadas y ponerlo el primero. Ganase o perdiese, solo la nobleza y la inmediatez de una paliza a muerte podían sacudirme la humillación acumulada en consultas y tribunales.

Es terrible salir del hospital como salimos mi hermana y yo aquel día: derrotadas sin siquiera haber tenido la oportunidad de pelear.

La pelea por el ascensor tampoco se dio nunca en un terreno justo. Ana y yo vivíamos en un quinto piso entre un cementerio y la guarida de un dragón. Nuestra casa había pertenecido a mi abuelo materno y su segunda mujer, que no construyeron un hogar especialmente feliz. Cuando murieron, mis hermanas y hermanos mayores se fueron mudando a la casa por turnos para pasar allí los primeros años de independencia. En mi infancia la visité con alegría los fines de semana. Desde sofás que los ocupantes dispusieron en diferentes puntos del salón, vi películas en VHS, luego en DVD, luego

un Blue-ray. Comí palomitas preparadas en los fogones y después en un microondas. Pinté sus paredes de amarillo huevo, celeste, blanco y rosa palo. A partir de una mudanza en concreto, imposible recordar cuál, algunas de las personas de mi entorno inmediato empezaron a escucharme y a responderme como se escucha y responde a los adultos. Acarreé las pertenencias de muchas personas queridas por aquellos cinco tramos de escaleras, pero nunca ninguna carga fue tan pesada como la que me tocaba subir cuando aquella se convirtió en mi casa.

Subía agarrada a la barandilla con una mano y me apoyaba en la muleta con la otra, mi cuádriceps todavía atrofiado flaqueaba en cada escalón. Cada subida era una expedición de escalada, cada bajada era una experiencia vertiginosa como una brevísima montaña rusa. Por fortuna, los tramos eran cortos porque los techos del edificio eran bajos. Estaba hecho para dar cobijo a españoles pequeños, encanijados por muchas generaciones de mala alimentación y por la pura congoja de la dictadura. La casa pertenecía a un conjunto de bloques construidos en los años cincuenta para sanear la zona de chabolas y viviendas ruinosas que se coagulaban sin ton ni son alrededor del inmenso cementerio de la Almudena.

La seña de identidad del barrio era un tobogán de hormigón con forma de dragón construido en los años ochenta. Hasta los noventa, los niños podían internarse en las entrañas de la bestia por un agujero en la cola para renacer contentos y excitados por su boca. Llegaron tiempos extraños para el barrio y empezaron a ser los yonkis quienes más entraban por el agujero, pero ellos no salían. Permanecían mucho tiempo en las tripas frías y pestilentes del

dragón, nunca veían la luz del tobogán. Nunca eran felizmente vomitados, quedaban atrapados y eran consumidos en la larga digestión del dragón, de la ciudad, de la heroína.

El Ayuntamiento quiso derribarlo, pero los vecinos se movilizaron para salvarlo. Lo amaban, con sus luces y sus sombras, lo querían cuando estaba drogadicto y cuando escupía niños en vez de fuego. No por ser bonito ni funcional, sino por seguir ahí, por corroborar los recuerdos que ellos tenían de su hogar. Quizá también porque, aunque tosco, horroroso y vandalizado, era el primer ornamento de una población enfocada en la supervivencia. Consiguieron salvarlo. Las autoridades solo tapiaron la cola del dragón cerrando su concurrido sistema digestivo para siempre. El barrio al que volví estaba acostumbrado a pelear por cada pequeña comodidad, sus calles no se asfaltaron hasta los años ochenta, cuando los españoles chiquititos de la dictadura que pasaron de las chabolas a las casas se agrandaron, se volvieron desobedientes, reclamaron ambulatorio, aceras limpias y una estación de metro. Me gustaba mucho mi barrio, una tierra de dragones acostumbrada a pelear por cada palmo de dignidad, el *ring* de una lucha comunitaria que no acababa nunca. Era un buen sitio al que volver después de sobrevivir.

Los habitantes de las diez casas de mi edificio se habían enterado de lo que me había pasado por el boca a boca y por la cobertura mediática. Yo subía y bajaba deseando no encontrarme con ninguno de ellos; la charla casual en aquella circunstancia era una tortura para ambas partes. Podían darse situaciones horribles provocadas por las buenas intenciones como cuando un día de lluvia en el que yo volvía de una grabación para la televisión demasiado maquillada,

con una coleta tirante y embutida en un vestido que dejaba la prótesis completamente a la vista, una vecina me adelantó y me dijo:

—Vaya campeona que eres.

Solo sonreí y le di las gracias. Era demasiado complicado articular una respuesta más larga. Lo peor de aquellos arrebatos en el mundo real es que le daban cuerpo y voz al goteo de comentarios bienintencionados que recibía en redes sociales prácticamente a diario.

Estás hecha una valiente.

A por todas, guerrera.

Lo único imposible es lo que no intentas.

Campeona.

Campeona.

Campeona.

Cuando los leía podía escucharlos en mi cabeza con el mismo retintín un poco emocionado de mi vecina, con su dulzura condescendiente, tan cantarina como si la destinataria de la admiración fuera una niña de seis años. Tal vez la vecina abrió la puerta de su apartamento de techo bajísimo convencida de que yo subía al quinto para poner a prueba mis nuevas limitaciones y no porque sencillamente no tenía más remedio si quería llegar a casa, besar a mi mujer, hacer pis, darles de comer a los gatos y sentarme a trabajar en el ordenador. No culpaba a la vecina ni a los comentaristas anónimos; era yo la que acababa de caer en la cuenta de que el mundo entero se enterneceía ante la *voluntad de superación* de las tullidas. El *copy* publicitario de la empresa que fabrica mi prótesis es *Life without limitations* (vida sin limitaciones);

los libros del famosísimo orador motivacional evangélico con síndrome de tetraamelia Nick Vujicic se llaman *Life Without Limits: Inspiration for a Ridiculously Good Life* (Vida sin límites: inspiración para una vida absurdamente buena, 2007), *Your Life Without Limits* (Tu vida sin límites, 2012), *Love Without Limits* (Amor sin límites, 2016), y recientemente se ha publicado una recopilación de historias de deportistas paralímpicos bajo el título *Sin límites* (2021). Cuando aún me desplazaba todo el tiempo en silla de ruedas, a mi hermana y a mí nos hizo gracia entrar en una librería y comprobar que justo el libro motivacional del deportista con parálisis cerebral Álex Roca estuviera en una de las estanterías más altas. Se titulaba *El límite lo pones tú* (2019). Hablamos de lo problemático que era decirle a alguien sin discapacidad: «el límite lo pones tú». Comentamos que era una frase que podía encajar en una serie de narcos o de magnates tecnológicos, pero que para cualquier persona integrada en la sociedad lo de poner límites unilateralmente y a voluntad era conflictivo en términos de casi todo: tributarios, de seguridad vial, de consentimiento sexual.

Había empezado a reparar en la manía persecutoria contra los límites dentro del relato de la discapacidad. Siempre había sentido los límites como fronteras saludables, flexibles y consensuadas para protegerse del mundo. Verse empujada a desafiarlos constantemente me parecía mala señal, una prueba de que los límites eran demasiado numerosos o demasiado estrechos. Lo que más me gusta de la vida es justo aquello que no hay que superar, lo fácil, lo que viene solo, la apetencia que se satisface con chasquear los dedos, el milagro de lo asequible que sucede rara vez pero que, como aspiración, es imbatible. ¿Cómo no desear la comodidad? Me

negaba a aceptar, mucho más a romantizar, una existencia basada en el sobreesfuerzo como constante, en salvar unos obstáculos a los que, por otra parte, no se estaba prestando suficiente atención. Nosotras las cojas empujando alegremente límites hacia todas partes formamos parte de un espectáculo que la cómica y activista Stella Young ha llamado «porno motivacional», gasolina inspiracional para que cualquiera se levante de la cama pensando que, por miserable que sea su vida, la de una discapacitada de Internet es peor.

Me poseía una rabia de una intensidad terrorista cuando gente desgraciada, aburridísima, lela, sometida a relaciones amorosas vacías y cutres, a trabajos repetitivos, a esquemas mentales dañinos, gente que pasa por la vida sin experimentar un solo instante de verdadera belleza o intimidad genuina con otra persona me miraba con pena y me llamaba valiente, guerrera, campeona.

Los demás me *campeonizaban*. Y cuando me *campeonizaban* me estaban ofreciendo lo que entendían como un pago justo por ayudarles a poner en perspectiva sus vidas. Además, a una campeona, en el sentido medieval de la palabra, es más fácil mandarla a pelear. La pelea y los límites dominan alternativamente el imaginario que rodea a discapacitadas y enfermas. Las imágenes bélicas sobre luchar o perder la batalla parecen válidas, fluyen en nuestras conversaciones por la fuerza de la costumbre, pero no hay campeona sin competición, igual que no hay batalla sin enemigo, y ahí el relato de la pelea se nos cae de las manos. Luchadora, puede ser, pero ¿contra qué? ¿Tu columna vertebral? ¿Tu hígado? ¿El ayuntamiento de tu ciudad? El supuesto enemigo puede ser tan pequeño como un puñado de células o tan grande como una multinacional de seguros cuyo negocio consiste en poner a prueba la

urgencia y la desesperación de los heridos negándose a pagar indemnizaciones hasta que no se presenta una amenaza de juicio. Me pregunto si quienes nos utilizan a las discapacitadas como protagonistas de una contienda imaginaria y como abrevadero de inspiración saben dónde se dan nuestras verdaderas batallas y hasta dónde alcanza nuestra sed de sangre. A veces somos nosotras mismas las que tratamos de disimular esto último camuflando o haciendo pasar por inexistentes los sentimientos de enfado, tristeza o frustración. Cuanto más me *campeonizaban*, mejor entendía lo que me había dicho un conocido enfermo de ELA poco después de mi amputación: no le debes buen humor a nadie. Él sabía que para nosotras, que necesitamos cuidados distintos de los que necesita la media, es fácil dejarse llevar por la culpa y empezar a pagar inconscientemente un peaje de simpatía y resignación forzada, contener la queja, extinguir la rabia y hasta emprender una guerra en soledad contra los límites.

Barbara Ehrenreich comienza su famosísimo ensayo *Sonríe o muere*[\[18\]](#) hablando de su propio diagnóstico de cáncer de mama y de cómo este la puso en contacto con el empalagoso universo de *merchandising* rosa, lacitos rosas, ositos y productos de belleza con envase rosa que rodea la cultura de la visibilización, concienciación y recaudación de fondos vinculada a esta enfermedad. La autora se encuentra no solo con una avalancha de productos que parecen hechos para niñas pequeñas, sino con un envoltorio emocional que únicamente deja espacio para el optimismo, la resignación y hasta el agradecimiento a la vida por la valiosa lección que trae consigo el cáncer. Ehrenreich se pregunta por qué la enfermedad es tan común en las sociedades industrializadas, por qué hay tan poca

investigación sobre sus causas ambientales, presenta reclamaciones, está cabreada. Sin embargo, en los foros de apoyo mutuo su indignación no tiene cabida. No es constructiva. No es positiva. *Sonríe o muere* disecciona cómo el pensamiento positivo se ha convertido en uno de los puntales del individualismo capitalista salvaje en Estados Unidos a través de una serie de discursos pseudocientíficos que sostienen que las proyecciones mentales pueden no solo hacer más soportable la realidad, sino directamente transformarla. La pobreza, la dependencia o la enfermedad son, según los dogmas del pensamiento positivo, el resultado de no desear una vida más cómoda con suficiente fervor. Esta convicción delirante se ha extendido por todo el mundo como una plaga, se ha colado en la política, en las lógicas financieras y sobre todo en los juicios a los que nosotras mismas nos sometemos.

La mirada *campeonizadora* por lo tanto me convertía en la mascota perfecta de un mundo que no registra el fracaso o la mala suerte y que le concede propiedades mágicas a la actitud positiva. Como dice Stella Young, usuaria de silla de ruedas: «Por mucho que sonría a una escalera, no se va a convertir en una rampa». Gran parte de mi identidad se había basado en no quedarme sonriendo a las escaleras, pero con el tiempo he aprendido que tampoco sirve de mucho subirlas a rastras si, cuando llegas arriba, el cuerpo y el alma están desgastados y los peldaños siguen en su lugar para quien venga detrás. Subía las de mi casa cada día con rabia dirigida no a la debilidad de mi pierna y media sino a las carencias de un barrio, de una ciudad entera, donde todo había que pelearlo. La rabia es un perro guardián de la dignidad que nos ladra dentro. Tiene el olfato muy fino, hay que hacerle caso. Un cuerpo rabioso es un cuerpo

enérgico, rebosante de voluntad; en un primer vistazo, ese dinamismo puede confundirse con actitud positiva, pero da mejores resultados. La actitud positiva acepta las reglas del mundo, es servil, su sonrisa perpetua es resignada y cabizbaja. La rabia siempre contesta. Está en permanente movimiento hacia alguna parte y por eso no solo es compatible con la alegría, sino que ambas se alimentan mutuamente.

No estaba lánguida de optimismo, ni atareada en la misión de superar límites; estaba rabiosa y alegre. Rabia y alegría habían sido los dos estados complementarios que habían gobernado mi vida, una vida que, incluso después del tajo del accidente y sus consecuencias, seguía siendo buena. Y aquí llegaba la sorpresa imposible para las miradas condescendientes. La buena vida. La imagen de una mujer destrozada les hacía sentirse inmediatamente afortunados por contraste y eso me convertía a mí en automáticamente desgraciada. Pero no vayas tan rápido. ¿Por qué estás tan segura de que mi amputación es peor que tu novio?

Cuidado. El desastre es muy visible, pero por el cuerpo también pasaba tanta dicha. Tuve una niñez acolchada, conocí más amor en mis primeros años que mucha gente en toda su vida. Mis amigas niñas y yo nos juramos lealtad eterna y el juramento sigue fresco. En mitad de un escenario, en la penumbra, había sentido el aliento contenido de mil personas esperando que acabara un chiste, habían rugido, habían aplaudido, habían vuelto a casa livianos y doloridos de reír para dejar sitio a otros mil en las mismas butacas al día siguiente. Pierdo la conciencia cada noche al lado de la mujer que amo segura de que ahí seguirá cuando la recobre. Después del

accidente, no me sentía más triunfante que una mosca sacada del café a tiempo, pero conocía la felicidad.

Una pierna de hierro enganchada por succión a una cicatriz está a la vista constantemente, no así otras calamidades. Comprendía a quienes me compadecían, pero mis principales tormentos, como los suyos, no estaban a la vista.

La resolución del tribunal de discapacidad llegó antes que el dinero de la prótesis. Ambas cifras me resultaron bajas, pero entré y salí de la decepción como de una charca fría. La pierna me dolía — me duele— en cada paso, pero resultaba mucho más fácil asumir el constante repiqueteo de los nervios que renunciar al movimiento. Cuando era niña y mis hermanos o yo le hacíamos notar a mi madre que estaba congestionada o febril, ella siempre respondía rápidamente que sí, que quizá estuviera acatarrada, pero que no pensaba «hacerle ni caso». Hablaba así, en tercera persona, trataba la enfermedad como un ente consciente que pretendía molestarla y que se acabaría cansando de ella si lo ignoraba consistentemente. Yo era distinta, entendía el malestar mejor que mi madre y sabía que casi siempre hay que darle la razón. Aun así, empecé a probar aquel truco suyo que había observado de tan cerca desde pequeña. Pensaba que, igual que la herida había pasado a ser cuerpo, con el tiempo las nuevas sensaciones pasarían a ser solo presencia, experiencia neutra. El umbral de la molestia iba subiendo día a día con cada paso: tenía la esperanza de que el dolor se cansara de mí, de que se rindiera el dolor en lugar de rendirme yo.

La vida en movimiento era tan seductora que, después de una temporada apartada de ella, había recuperado el sabor. Cuando Ana y yo visitamos Almería, quería andar y andar por todos los sitios

extraños y familiares, compensar meses de cicatrización, perder en el camino el miedo acumulado durante tanto tiempo. Arrastraba a mis amigas para que me acompañasen por la orilla de la playa, por las cuestas odiosas, por el paseo de Carmen de Burgos al que tantas veces le había prometido un rosario de pasos. Ellas, las más vagas del mundo, paraban con alivio cuando yo paraba por un pellizco o un calambre en el muñón, me consentían con amor y pereza, hasta que dejaron de hacerlo. Entre los prejuicios alrededor de la buena discapacitada que se supera se encuentra la idea de que nosotras las tullidas, angelitos de Dios, somos incapaces de ninguna manipulación. Las marginalizadas rechazamos también esta condescendencia, queremos conquistar el acceso a todas las opciones de lo humano, incluida la mezquindad. Las chantajeaba con las malas artes que había aprendido observando la cultura de la superación: «Chicas, si yo me levanto, vosotras también», «Si yo puedo, vosotras podéis». Pero ellas no estaban dispuestas a campeonizarme, aunque yo misma tratara de obligarlas. Aceptaron la trampa un tiempo para darme el capricho y luego pusieron fin a la tiranía.

—Nerea, cariño, no sé si podemos, pero desde luego no queremos.

Las tenía tan cerca que habían ajustado sus umbrales y desarrollado tolerancia casi al mismo tiempo que yo, así que empezamos a negociar los paseos en condiciones de igualdad, y ellas demostraron ser el último bastión de resistencia contra las ansias de superación. Salimos a bailar por primera vez juntas. Nuestra segunda primera vez. Bailé a Manuel Turizo llorando de alegría sobre un botellín de cerveza mientras un grupo de chicas

dominicanas en la barra me miraban con pena, pero no porque tuviera una pierna de hierro, sino porque no sé bailar bachata.

Colocando un paso detrás de otro, empecé a recorrer grandes distancias. Volvimos a viajar por fin, acompañé a Ana a una conferencia en París y, mientras ella escribía en el hotel, insistí en darme un primer paseo sola en territorio extraño como habría hecho la de antes. Comprobé en el mapa la distancia del hotel al Palais Galliera y la recorrí, decidí probar a llegar al Palais de Tokio, doscientos setenta metros, pude hacerlo, ya veía el río, decidí cruzarlo, ochocientos metros, once minutos, mil sesenta pasos. Lo crucé. Caminaba por la ciudad entre cientos de turistas excitados y autóctonos hartos; tenía ganas de abrazarlos y cogerles de las solapas y preguntarles a gritos si sabían que eran personajes de fondo en mi videojuego increíble, consistente en dar un paso detrás de otro; quería chillarles si acaso no se daban cuenta de que estaba caminando, de que además de alegre y rabiosa empezaba a estar gloriosamente acostumbrada. Al menos en ese momento, ya sentada en un banco junto al río desmontada de mi pierna sintética para descansar, la mala suerte que me había atravesado como una puñalada no le ganaba a la buena vida.

De vuelta en Madrid, la vista del dragón que guardaba las murallas de mi barrio me reconfortó. No volvía a casa triunfante sino plácida. Sabía que mi serenidad era intermitente, claro, como la de todo el mundo. El 5 por ciento de merma seguía moviéndose por mis días y mis fuerzas y lo seguiría haciendo para siempre. Le pedí a Ana que me dejara intentar subir mi maleta sola. Los cuádriceps aguantaron firmes mi verticalidad y el peso del equipaje mientras ella me escoltaba y me jaleaba, preocupada y contenta. Nada más

abrir la puerta de nuestra casa nos desplomamos juntas en el sofá. Me quité la prótesis, ronroneamos las dos, como gatos al sol, nos derretimos. En los primeros días de verdadero movimiento, el descanso había adquirido una intensidad desconocida: descansaba y notaba el alivio en cada célula de mi cuerpo, descansaba como nadie, como nunca, las sensaciones de mi propio cuerpo me narcotizaban como si estuviera produciendo una droga nueva que por primera vez no era para defenderme sino para premiarme. Ahí sí era una campeona. En el acto de descansar.

A este descanso no se llega si no se ha conocido antes un cansancio profundo, maratoniano. La experiencia de la vida se había ensanchado en todas direcciones, se desbordaba en paralelo por un lado hacia el horror y por el otro hacia la belleza, por un lado hacia el agotamiento y por el otro hacia el abandono. No había superado ningún límite; desafiar los límites es una manera de acatarlos, les da legitimidad, reconocimiento. Sí sentía que me había asomado por obligación a los bordes inesperados de la existencia. Esa frontera entre lo que se conoce y lo que no, entre aquello a lo que está habituado el cuerpo y lo que es completamente nuevo, no se rompe como una marca deportiva. Cada día negociaba las condiciones con los límites, les hacía preguntas, los masajeaba con la esperanza humilde de ablandarlos.

11. El mar

*Porque soy como el árbol talado, que
retoño [...].*

MIGUEL HERNÁNDEZ, *El herido*

Los barcos pasan a cierta distancia de nosotras, producen torbellinos de espuma batida. A Ana y a mí esa herida violenta en la piel del mar nos llega en ondas suaves que nos mecen. Remamos sincronizadamente en nuestro kayak hacia la playa de mi infancia. El sonido de los motores y el agua revuelta me sigue produciendo terror, nos lo produce a las dos, pero la alerta en mi interior se ha calmado. Es como un grito lejano, como la sirena de una ambulancia que se aleja del lugar del desastre, que ya está a punto de llegar al hospital.

Paramos de remar y Ana se recuesta sobre mí. Rodeo con mi pierna y media su cuerpo moreno recalentado por el sol. Nos dejamos acunar un momento a la deriva por la conmoción que producen los motores y contemplamos la silueta familiar de Cabo de Gata. Siempre habrá peligro, sorpresa, arbitrariedad; siempre habrá barcos pasando cerca. Solo queda esperar que no pasen demasiado cerca.

Estar sana y salva es una excepción intermitente, infinitamente inestable. La mujer aterrada en mitad de la noche sigue aquí y se revuelve con el zumbido de las hélices, también el trapo doliente que pasó una Navidad drogada. Sigue aquí la que recibe transfusiones en un avión. Todas ellas se acumulan en las capas geológicas compactas que me forman.

Nada desaparece por completo.

Incorporo a Ana suavemente y dejo caer las piernas por el borde del kayak, solo una toca el agua. Me casi morí en este mismo mar, el Mediterráneo, junto a una cala sin acceso por carretera, una esquina de la costa a la que no podía llegar la ayuda. No sé cómo me subieron a la cubierta del barco de alquiler aquel día; estaba completamente consciente pero con toda mi atención en los pocos tejidos que unían la mitad de mi pierna al resto del cuerpo. En la cubierta me hice un torniquete con toallas y miré a mi alrededor. Se habían acercado otras embarcaciones, los marineros trataban de ayudar. Uno de ellos conducía una Zodiac; era calvo y fuerte, llevaba gafas de sol. Se llamaba Antón. Me fijé en él porque su embarcación era la más pequeña y por lo tanto la que me sacaría de allí más rápido, pero también porque parecía tranquilo. Recibí algo que Antón emanaba, una confianza. Aunque no estábamos cerca, yo estaba en la cubierta de un barco alto y él seguía en el mar. Le escuché preguntarme, sin levantar la voz, si iba a aguantar. Llegué a dudar si aquello había sucedido realmente, hasta que muchos meses después él mismo me lo confirmó. Sí que me había preguntado si iba a aguantar, y yo le había contestado que sí, que lo iba a hacer, que no me iba a morir. Como si lo supiera.

Antón fue la primera persona que conocí ya amputada, nunca vio la anterior versión de mí.

Emprendimos el viaje a la playa donde vendría a buscarme la ambulancia. Yo le daba las gracias y bebía agua sentada en un charco de mi propia sangre, que crecía y crecía. Tardamos quince minutos eternos, la sangre fluyendo fuera del cuerpo también deforma el tiempo. Allí nos esperaban dos trabajadores de Protección Civil, un chico y una chica; la ambulancia aún no había llegado. Los dos subieron a la Zodiac, ella apoyó mi cabeza en su regazo y ahí empecé a sentir una debilidad desconocida. Miré el mar, mi entorno más querido, con nostalgia; miré las gaviotas planeando recortadas contra los acantilados y sobre todo miré la cara de Ana, que seguía siendo su cara pese al rayo de pánico que la atravesaba. Seguía siendo su cara amadísima, fuente irradiadora de felicidad. En mi flujo de pensamiento cada vez más lento, más entumecido por el desangramiento, lo situaba todo —el mar, las gaviotas, los acantilados, a Ana— en el pasado, como si ya hubiera cruzado al siguiente estado, como si estuviera ya muerta. Qué hermoso fue cuando estuve aquí. Cuánto te quise. Lo siento. Empecé a pensar como si ya fuera un fantasma.

En español «fantasma» también es un insulto, es sinónimo de presuntuosa. Una fantasma es una fanfarrona que se presenta a sí misma, su trabajo, su vida social o su influencia como mucho mayor de lo que es. Una fantasma puede ser una muerta o una mujer que amplía su propia identidad con una presencia espectral mucho más grande que ella, mucho más importante, que la acompaña en todo momento completando su deseo con la imaginación.

Apoyada en el regazo de la trabajadora de Protección Civil empecé a ver puntos pálidos, pequeñas explosiones de nieve. Debajo de mi cintura todo era rojo arterial, la sangre empezaba a enfriarse a la intemperie, fuera de mi cuerpo. Le susurré «me voy» solo a ella, la única que podía hacer que me quedara. Me hizo oler un pañuelo empapado en alcohol que me dio un tirón hacia el presente. Supe que era el último. Con la prórroga de consciencia tranquilicé a Ana, le dije que todo iba a salir bien aunque estuviéramos chapoteando en sangre, y en medio de esa promesa —en realidad era un rezo o un conjuro— la ambulancia llegó a la playa.

En el primer informe médico de aquel día decía que estaba «alerta, consciente, orientada». Jamás nadie ha escrito nada tan aspiracional sobre mí. Los tres adjetivos corresponden a una escala relativa al coma; son una convención médica, pero yo los sentí como una biografía y un epitafio a la vez. Cuando leí el informe, ya fuera de la REA, pensé que a aquellas palabras solo había que añadir «rabiosa, alegre y a veces acostumbrada» para completar los mimbres de la persona que siempre he intentado ser. Mi fantasmada consiste a partir de entonces en estar a la altura de mi informe médico.

El kayak para de balancearse porque el tránsito de barcos ha disminuido. Aprovecho para ponerme las aletas, una en el pie y otra en el muñón. Mi sobrina mayor, Jimena, me ha fabricado esta prótesis casera recortando una aleta del número 43 que llevaba años en un armario, sin que ninguno de mis cuñados la usara, y colocándole unas tiras de velcro. Es un ingenio único adaptado solo

a mí, hecho de desechos, moldeado a tijeretazos en la goma, una joya posapocalíptica muy parecida a mi propio cuerpo.

Me deslizo por un flanco del kayak con cuidado para no desestabilizar a Ana. Fue un regalo de mis amigos de Madrid por mi último cumpleaños antes del accidente. Era febrero, celebramos una fiesta diurna en una casa alquilada con jardín. Hablamos de cómo se hinchaba, de qué medidas tenía y de cómo, con toda seguridad, lo estrenaría aquel verano. Nos proyectamos vivos, sanos y enteros, quizá hasta eternos; hablamos con seguridad e inocencia, como si el futuro ya hubiera sucedido. Ahora todos hemos dejado de hacerlo, no solo yo. Aunque a primera vista parezca la única distinta, todas las personas que me rodean han dejado atrás una versión anterior al accidente. Todas llevan esquirlas del desastre dentro, para siempre, y es por eso que la vida nunca les va a pasar desapercibida cuando se presente ligera, fácil. Solo si se ha conocido el dolor se puede apreciar la maravilla de su ausencia.

Me muevo a toda velocidad en el agua con mis aletas, con Ana remando despacio a mi lado. Me he habituado a la asimetría de mi cuerpo, a manejar cada lado de una manera distinta.

En la playa me espera todo el mundo.

Mi sobrina lee en la arena bajo una pámela gigante; una de mis hermanas pasea por la orilla hablando por teléfono. Cuando cuelga, me hace un gesto que significa «todo bien». En su mano levantada se cristalizan sus hijos haciendo la comida para todos tranquilamente en casa, bajo el ventilador; nuestros hermanos llegando sin inconvenientes en coche a sus destinos vacacionales; mi madre en su residencia de la sierra, dormitando como un gatito en su mecedora y suspendida en una placidez sin recuerdos. Todo y todos

estando bien. Recibo el gesto que en realidad no era para mí, sino para mi otra hermana, que flota en una colchoneta hinchable con su marido. Responden levantando los brazos, se estaban riendo de algo. Él no ha dejado de llamarnos «las niñas». Nada desaparece por completo.

En este vértice perfecto que es nuestra playa de siempre, en el que hoy está todo y todo está bien, también está mi padre muerto hace unos meses. Justo aquí está su tumba de agua. Aquí está a la vez el recuerdo del hombre fuerte zambulléndose y la ceniza del anciano arremolinándose en el lomo de los peces. Antes de morir, le dio tiempo a entender que iba a poder convivir con lo que me había pasado. Si llevaba ropa que dejaba ver mi prótesis, se enorgullecía por mi desvergüenza, celebraba sin saberlo el acto de autoafirmación queer. Si llevaba pantalones largos y anchos que escondían mi condición cibernética, se enorgullecía también porque mi aparente facilidad de movimiento camuflaba la herida. Él me acompaña en todos esos estados, seguimos teniendo una intimidad firme en la muerte. Los días están llenos de gente que no está en ninguna parte.

Salgo del agua arrastrándome como un cangrejo primordial y me tiendo en las piedras calientes. Las olas débiles rompen en una mitad de mi cuerpo antes que en la otra, mi lado derecho sencillamente termina antes. Nunca he sentido el miembro fantasma. En el espejo ante el que siempre estoy en mi mente, mi cuerpo acaba en un tajo por su flanco derecho. Cuando hay difunto pero no fantasma es que poco o nada queda por resolver en el plano de los vivos.

En la claridad que llegó inmediatamente después del accidente tuve dudas sobre si iba a desangrarme o no. Escuché a los marineros que se acercaban a ayudar, a Antón, calcular la distancia hasta la costa, lo que tardaría la ambulancia, y supe inmediatamente que lo que estaba en juego era mi vida, que mi pierna ya estaba perdida. Tuve una conciencia instantánea de lo que había pasado, tan profunda que me caló hasta el subconsciente: nunca he vuelto a soñar con mi pie perdido.

Un ruido me sobresalta, pero no es un motor. Ana está arrastrando el kayak fuera del agua y se tiende al sol a mi lado. A veces se cruza por mi mente la idea, nublada, de que nunca tenía que haberme subido a ese barco. Inmediatamente después pienso en todas las veces que me subí a los barcos de marineros inexpertos y me salvé. Es una manera ingenua de verlo, pero no es mentira: siempre que estás viva es porque te has salvado de estar muerta.

Lo que perdí, todo lo que he perdido, permanece como recuerdo, no como espectro o como alma penitente. Miro mis heridas ya cicatrizadas expuestas al sol y a la sal y al amor de todas las presencias de la playa y pienso que la falta de fantasma quizá fue un regalo por haber sabido perder con elegancia y sin apenas entrenamiento. La idea de que esto también pasará —porque todo pasa— es reconfortante, pero es falsa; implica contar con una especie de estado neutro al que regresar que simplemente no se da en la vida.

Hay sucesos que dejan un vacío permanente, muchos vacíos permanentes; en la vida estamos siempre rodeadas de un enjambre de ausencias. Pero queda, eso sí —eso siempre—, la posibilidad de

reconstruirse alrededor del agujero. De dejar que con el tiempo nazcan brotes inesperados, justo a la orilla del abismo.

Agradecimientos

Gracias a Carme Riera, mi editora, y a Maria Cardona, mi agente, por hacer fácil lo extremadamente difícil y por darme confianza.

Gracias a todas las personas que estáis en la militancia anticapacitista, os pido perdón por mi ignorancia, soy nueva en esto, os agradezco infinitamente vuestra generosidad, vuestra paciencia y la lucha de tantos años que ha apuntalado los derechos y las coberturas sanitarias que tengo ahora. Este libro también tiene que incluir desagradecimientos. Se ha escrito a pesar de la avaricia y la maldad de los seguros de accidente, la burocracia a la que está sometida la gente con discapacidad y la hostilidad de mi ciudad Madrid gobernada por la avaricia. El mundo es inhabitable para las personas con discapacidad y a pesar de todo aquí estamos. Y muchas de nosotras, al menos algunos días, conseguimos ser felices.

Gracias a todos los profesionales sanitarios que siguen sosteniendo con su sobreesfuerzo lo mejor que tenemos, en especial a las personas que me atendieron en el Hospital Mateu Orfila de Menorca, el Hospital Universitario Son Espases y en el Ambulatorio de Tres Cantos, sobre todo a las auxiliares y al personal de enfermería. Os llevo en el corazón.

Si no me hubiera pasado lo que me pasó, nunca habría conocido a Arancha Cortés, mi fisioterapeuta, y a Jens Müller, mi ortopeda, y lo cierto es que me siento muy afortunada por tenerlos en mi vida. Sois unas personas increíbles, os quiero muchísimo. Gracias también a mi

cirujano, Luis Landín, por mi muñón funcional y a mi psicóloga Magda Bonson por los exorcismos.

Gente que sabe más que yo de los misterios del cuerpo me ha regalado sus conocimientos: Su, Arancha, Costa, Christo y Alba, entre todas habéis completado este libro, es también vuestro.

Gracias a Antón por la tranquilidad en aquel viaje decisivo en su Zodiac. Y a todo el dispositivo de personas que me salvó la vida en Menorca y que nos arropó en Mallorca.

A Orson y Paloma para los que siempre estoy entera y a Karol G por hacerme mover el cuerpo.

El mayor tesoro que tengo son mis amigas. Gracias a Victoria, Candela, Rebeca, Menchu, antídoto eterno contra el dolor; a Popi, David, Franco y Carmen, por estar presente en esta nueva vida y en casi todas las anteriores; a Inés porque de todas las cosas que hace bien ser amiga es la que hace mejor; a Juan y Allegra por llevarme a Torrechiara a encontrar la portada de este libro; a Lidia por presentarse en el hospital; a Eva por el cariño y el papeleo; a Bea por ser mi guardesa; a las amigas y exnovias que me ha regalado Ana: Susana, Ainara, Elena e Icíar; a Rebe, Rosario y Susana por la preocupación y las risas diarias.

Por supuesto a Olga, que obviamente es la auténtica protagonista de este libro.

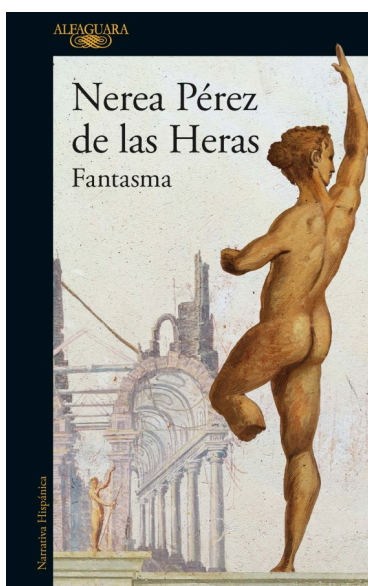
El agradecimiento más profundo es para mi hermana Belén, cabeza de familia. Gracias a ella, a Andrés y a sus hijos, Pepe, Manu y Juan por incorporarnos a su hogar y cuidarnos sin que se notara, gracias por la seguridad, por las soluciones para todo, por las risas, por hacer de un bache casi insalvable una temporada feliz. También

a Aurora, Ignacio, Nano, Jimena y Diego, tengo mucha suerte de tenerlos. Gracias a Pino, por ser una madre maravillosa.

Gracias a Ana, por la alegría de vivir, por sacarme del agua una y otra vez cada día. Este libro es para ti para que tengamos siempre presente que la vida es muy hermosa incluso ahora.

Gracias a mí, que he sido una bestia, la verdad.

La premiada periodista Nerea Pérez de las Heras da el salto literario con un testimonio íntimo y universal. La memoria de una pérdida, pero también un ensayo lleno de hallazgos y preguntas



En el verano de 2023, en un archipiélago del Mediterráneo, la hélice de un barco le hizo un cuerpo nuevo a la autora de este libro. Perdió parte de la pierna derecha, que se convirtió en el fantasma que cruza este libro escrito con sensibilidad, sentido crítico, humor y belleza. Esta es la memoria de una pérdida, pero también un ensayo sobre la sanidad pública, la fama, la guerra, los chistes del sistema nervioso, el amor y la amistad. Fantasma es la historia de un accidente y sus consecuencias, pero también un intento de dibujar un mapa de lo que significa reconstruirse, adaptarse y redefinirse. Un libro que trasciende lo autorreferencial para preguntarse por el

cuerpo y sus límites, por la identidad y su construcción, por la memoria y sus trampas, por la pérdida y lo que viene después.

Nerea Pérez de Las Heras (Madrid, 1982) es conocida por su trabajo como periodista y comunicadora en diferentes plataformas siempre usando el humor como herramienta de reflexión y concienciación. En la actualidad dirige y conduce los pódcast *Saldremos mejores* junto a Inés Hernand y *Lo Normal*, junto a Antonio Nuño. A lo largo de su trayectoria profesional ha escrito en medios como Radio Nacional, RTVE, *El País*, *SModa*, *Vogue*, *Esquire* o *Glamour* y continúa colaborando en algunos de ellos así como en diversos programas de radio y televisión. Se dio a conocer a través del show *Feminismo para torpes*, que se convirtió en un libro y en una serie de vídeos para el diario *El País*. Entre 2021 y 2023 creó y representó junto a la guionista y actriz Olga Iglesias la obra teatral *Cómo hemos llegado hasta aquí* en una gira por toda España. Ha sido reconocida por su lesbianismo militante con los premios Arcoiris (2022), Fancinegay (2023) y Pluma (2024); y por su labor como comunicadora, con el premio Ondas del Podcast al Mejor conversacional (2024).



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Nerea Pérez de las Heras

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: Cesare Baglione (1525-1590), fresco, Castillo Torrechiara.
Dea Picture Library / GettyImages / Sebastià Martí.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-204-7937-8

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: AlfaguaraES

X: @AlfaguaraES

Instagram: @AlfaguaraES

Youtube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   penguinlibros

[1] Josep Bernabeu Mestre, «La utopía reformadora de la Segunda República: la labor de Marcelino Pascua al frente de la Dirección General de Sanidad, 1931-1933», *Revista Española de Salud Pública*: <https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1135-57272000000600001>.

[2] Marciano Sánchez Bayle (coord.), *La contrarreforma sanitaria. Análisis y alternativas a la privatización sanitaria pública*, Madrid, Catarata, 2013.

[3] Jaime Palomera, *El secuestro de la vivienda. Por qué es tan difícil tener casa y por qué esto puede romper la sociedad*, Madrid, Península, 2025.

[4] Rosemary Garland Thomson, *Extraordinary Bodies: Figuring Physical Disability in American Culture and Literature*, Nueva York, Columbia University Press, 1997. En inglés en el original: «The narrative of deviance surrounding bodies considered different is paralleled by a narrative of universality surrounding bodies that correspond to notions of the ordinary or the superlative. Cultural dichotomies do their evaluative work: this body is inferior and that one is superior; this one is beautiful or perfect and that one is grotesque or ugly. In this economy of visual difference, those bodies deemed inferior become spectacles of otherness while the unmarked are sheltered in the neutral space of normalcy».

[5] *Ibid.* En inglés en el original: «To be granted fully human status by normates, disabled people must learn to manage relationships from the beginning. In other words, disabled people must use charm, intimidation, ardor, deference, humor, or entertainment to relieve nondisabled people of their discomfort».

[6] Robert Gottlieb, *Sarah: The Life of Sarah Bernhardt*, New Haven, Yale University Press, 2013. En inglés en el original: «She is so habituated to scenes of violence and torture in Sardou that she has little by little lost the facility of expressing ordinary daily sentiments. She becomes herself only when she's killing or when she dies».

[7] Ignacio Ramos-Gay Atlantis, «"Partly American!": Sarah Bernhardt's Transnational Disability in the American Press (1915-1918)», *Atlantis English Studies* vol. 40, n.º 2 (Diciembre 2018), pp. 63-80.

[8] Robert, Frost, «A Servant to Servants», publicado por primera vez en la colección *North of Boston*, Londres, David Nutt, 1914.

[9] Jenny, Odell, *Reconquista tu tiempo. Vivimos con el reloj equivocado y nos está destruyendo*, Madrid, Ariel, 2024.

[10] *Ibid.*

[11] V V. A A ., «Toe Prosthesis from TT95», University of Basel. Department of ancient civilizations: <<https://lhtt.philhist.unibas.ch/research/toe-prosthesis-from-tt95/>>.

[12] Vivian Sobchack, «A Leg To Stand On: Prosthetics, Metaphor, and Materiality». En: *The Prosthetic Impulse: From A Posthuman Present To A Biocultural Future*. Cambridge, MIT Press, 2006, pp. 17-41.

[13] Stephen Mihm, «A Limb Which Shall Be Presentable in Polite Society Prosthetic Technologies in the Nineteenth Century ». En Katherine Ott, David Serlin y Stephen Mihm, *Artificial Parts, Practical Lives*, Nueva York, New York University Press, 2002.

[14] *Ibid.*

[15] Elizabeth Guffey y Bess Williamson (coordinadoras), *Making Disability Modern. Design Histories*, Londres, Bloomsbury Visual Arts, 2020.

[16] Ruby Grant, «Going Commando: Prosthetics and the Politics of Gender», *Journal of Media and Communication*, vol. 6, n.º 2, pp. 61-73, Universidad de Melbourne.

[17] Monique Wittig, *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Madrid, Egales, 2006.

[18] Barbara Ehrenreich, *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*, Madrid, Turner, 2018.

Índice

[Fantasma](#)

[1. El hospital](#)

[2. El amor](#)

[3. La familia](#)

[4. El fantasma](#)

[5. La fama](#)

[6. El dolor](#)

[7. El tiempo](#)

[8. La prótesis](#)

[9. Lo extraño](#)

[10. Los límites](#)

[11. El mar](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Nerea Pérez de Las heras](#)

[Créditos](#)

Notas

Índice de contenido

1. [Fantasma](#)
2. [1. El hospital](#)
3. [2. El amor](#)
4. [3. La familia](#)
5. [4. El fantasma](#)
6. [5. La fama](#)
7. [6. El dolor](#)
8. [7. El tiempo](#)
9. [8. La prótesis](#)
10. [9. Lo extraño](#)
11. [10. Los límites](#)
12. [11. El mar](#)
13. [Agradecimientos](#)
14. [Sobre este libro](#)
15. [Sobre Nerea Pérez de Las heras](#)
16. [Créditos](#)
17. [Notas](#)